

# LA VOZ DE LA VIOLENCIA

BELLA CLARA VENTURA    CARLOS GARRIDO CHALÉN



Universo como pavorosa expresión de "fuerzaoculta" con maquiávelicos tentáculos. Baño de sangre se hace sentir con pisada fuerte y sonido estridente. Rasga entrañas del hombre y fija en su rostro rictus de horror con manchas rojas en el alma, destilando un veneno sin antídoto a la vista.

Cuando la voz de la violencia le dijo a Caín que no era "cagada de cualquier culo", no se había inventado la palabra "culo" y si bien el hombre era malo y no había explicación alguna en cuanto a quién le había heredado esa conducta reprochable, en verdad parecía una "cagada" del infierno desde el fondo del planeta Tierra. Más no alcanzó a dimensionar por qué esa entidad invisible le decía esas palabras. Pensó que estaba siendo alabado; que debía reclamar preeminencias frente a un hermano como Abel, que al parecer tenía pacto de amistad con la deidad.

\_ Eres hijo de Adán, Padre de la especie humana y Tú mereces mejor trato que el que está recibiendo tu hermano Abel- susurró la voz al oído de Caín.

\_ ¿Y qué debo hacer?, si pongo el mismo holocausto que mi hermano Abel propicia y el Gran Yo Soy ni siquiera me mira de soslayo.

\_ Insiste y conquistarás el Cielo, hombre de poca monta – dijo la voz que aún se verificaba interior, antes de hacerse exagerada, mientras Caín intentaba darse explicación sobre el significado "monta" y se preguntaba dónde estaba el Cielo y de qué diablos hablaba ese "ocultopoder".

Abel mientras tanto navegaba en barca complaciente y hacía todo lo que Adán y Eva le mandaban. A Caín le molestaba todo. Había nacido con un mal adentro. Rumiaba su suerte agarrando a patadas los arbustos y las flores que el otro, que era pastor, a veces sembraba con beneplácito en las afueras del Edén de donde habían sido expulsados para reinventarse de otra manera.

\_ Ese hermano tuyo debe tener hartito – espetó la voz al meter intriga, ardid útil para sus fines, que siempre buscaban la discordia como su mejor arma.



\_ A ver hermanito, ¿qué quieres? – preguntó Abel, atento a la voz de Caín.

\_ No me digas hermanito huevón o eres marica.

\_ No sé de qué hablas Caín y por qué siempre estás enojado con la existencia.

\_ No siento ira por nadie. Soy así pues me hicieron diferente a ti y por ello me enorgullezco. Y tus delicadezas me están llegando al asterisco.

\_ ¿Al asterisco? – preguntó intrigado Abel.

Caín no supo qué contestarle. La voz le había dicho que tenía en alguna parte de su cuerpo un asterisco, pero no le dijo dónde ni comentó su forma.

Sólo se le ocurrió decirle a su hermano que sus maneras le llegaban a ese lugar, mortificándolo.

\_ Pero yo no te hago nada malo, Caín.¿ Por qué no te portas bien conmigo?

Ya establecidos los conceptos del Bien y del Mal en la descendencia de Adán.

\_ Y por qué tendría que hacerlo si te la pasas obsequiando cosas a Dios y no me tratas como en verdad yo me merezco \_recriminó Caín con vehemencia.

Abel recapacitó. Tal vez Caín tenía razón, pues en efecto la suya era una naturaleza distinta. Después de reflexionar, decidió ponerle más cuidado a la relación. Y trató de conversar con él sobre las cosas. Juntos deberían planificar lo que harían por sus padres, quienes con achaques comenzaban a envejecer. Y aunque tenían que luchar a brazo partido porque ya no tenían las facilidades de antaño en el paraíso a la merced de la mano, que sólo debían estirarla para recoger la alimenticia fruta jugosa, el Creador no los abandonaba. Sembraban cerezos y allí nomás los cosechaban. Anhelaban nutrirse de aves y Dios ponía algunas para la caza como muestra buen sustento. Vigilante La Fuerza Superior amaba a sus criaturas a quienes ya había concedido el libre albedrío. Caín

estaba siendo azuzado por un poder que venía de su adentro. Y la voz, ese ente de ultratumba, ahíto del infierno, estaba interesada en que su violencia reprimida se exteriorizara para justificar su esencia, la otra cara del bien que le permitía al ser gozar de la libre voluntad concedida, virtud que pocos entienden como el sentido de vuelo del alma, tal y como le sucedió a los judíos en Egipto. Fueron sacados por haber caído en grado máximo de bajeza hacia otros confines que los liberaban de la esclavitud, no sólo del cuerpo sino del espíritu.

La voz de la violencia tenía la facultad de pasearse por la Historia sin coordinación precisa ni exacta. Tomaba sus tiempos y espacios al antojo. A ella también le fue otorgada la libertad, como voluntad máxima del Creador, ya que en su infinita bondad quiso que cada ser animado tuviera su propio proceso para hacer de su existencia lo que le conviniera más, según su estado de conciencia, listo a librar un proceso de evolución contemplado por Dios en plan divino. Pero ella, rebelde como era, no tenía ni la más remota presencia de conciencia a flor de su esencia, aunque algo escondido vibraba de otra forma sin que ella lo supiera a comienzo de los tiempos.

\_ Oye Abel

\_ Si hermanito.

\_Ya te dije, mierda, que no me digas hermanito. Caín nomás, a secas y como hombre con la voz gruesa.

\_ Está bien, Caín. ¿Para qué me llamas? – dijo Abel con voz más ronca.

Caín miró hacia todos los costados para comprobar que no hubiese testigos. Observó hacia arriba y hacia abajo, para el norte y para el sur. Cuando se dio cuenta que estaban solos con aire solemne habló.

\_ Sácame de una duda.

\_ Sí, hermanito

\_ Hermano, mierda

\_ Está bien hermano mierda

\_Eres un imbécil o qué, "mierda" no soy yo; te digo que no me digas más hermanito. No soy ni chiquito ni maricón como tú.

\_ Por qué me dices eso hermanito. ¿Qué significa maricón?

\_ ¡Carajo! Ya no tienes cura, pero bueno, no te he llamado para hablar pendejadas. Sólo quiero que me digas una cosa, huevón.

Abel ante tanta parsimonia lo miró con ojos de interrogación.

\_ Tú has dicho algo contra mí a Dios?

\_ ¿Por qué lo haría si eres hermano mío?- respondió con otra pregunta.

\_ Y entonces cómo es que Él no mira mis ofrendas con beneplácito, mientras que las tuyas reciben su aprobación y bendición.

\_ Es una percepción errada. Te parece que Dios no te mira bien, pero Él no hace diferencia entre las personas. Y seguramente tú crees lo contrario porque no tienes limpio el corazón. No te olvides que de la abundancia del corazón habla la boca y...

\_ Estás bien cojudo, pues cómo puedes saber si tengo enmierdado el corazón. Qué te crees? Adivino, profeta. No me jodas, oye malnacido.

\_ Tienes razón, me pasé de boca. Pero en todo casi my brother, por qué tengo que pagar yo la copa rota. Y a cada rato no me vas a tratar como enemigo, bajo pretextos que son insubsistentes y de mala gente.

Cuando Abel dijo eso, una loca tempestad azuzó el corazón de su hermano, nacido con propensión a la locura. Se puso rojo de ira y comenzó a temblar enardecido. La voz aprovechó la circunstancia para promover una oposición.

- No te dejes Caín. Si ahora dejas que te falte el respeto, te lo faltará siempre.

Entonces Caín agarró a patadas y puñetes a su hermano, que sin experiencia pugilística, y lanzando ayes que el eco repetía en la montaña, sólo atinaba a cubrirse el rostro de rodillas, mientras la andanada de golpes le llovía inacabable. Sólo se detuvo cuando vio a su par totalmente exangüe, ensangrentado, e incapaz de remediarlo, se dio cuenta que se había convertido en el primer fraticida de la historia. Daría pie a una larga lista de asesinos, dueños de arquetipos descritos en las obras de genios como Shakespeare, gran conocedor de las calamidades del alma.

Cuándo el Creador con su voz de trueno, le preguntó por Abel, sus manos estaban pintadas de sangre derramada; Caín le contestó malhumorado que no era "guarda" de su hermano.

La voz desde su rincón gozaba esa escena que le daría voz sonora en el mal. Esta historia no empieza ni termina con un hilo conductor sino con una voz conductora de los males hacia nuevos confines por descubrir al hacerse portadora de una misión especial como la que tuvo a bien desarrollar en cada paso de la Historia y en historias personales encontradas en páginas ensangrentadas de los diarios más amarillistas y vendedores de la Humanidad, pero también en hogares, nido de esa voz en la violencia más absurda, diseñada desde los tiempos bíblicos con personajes con sus propios cuentos como: Lilith, Onán, Amaleck, Balak, Esav, Lot, El faraón en tiempos de Moisés etc, que tuvieron su corazón endurecido para el Bien, en busca de otro camino, guiados por la misma voz de la violencia que no cesa de fomentar universos de maldad a sus anchas, tanto en la Antigüedad como en Tiempos Actuales.





## CAPÍTULO II

### HORTENSIA Y LINA

–¿Por qué empezar a hablar de la violencia en campos de batalla?, parecería lo más obvio, cuando en casa se presentan tantos actos que nos remiten a una viveza de marca mayor –pensaba Hortensia del Llano, mientras se arreglaba las uñas. Tal vez en su interior las limaba para no enterrárselas a la victimaria que aún guardaba en su mente como una imagen difícil de borrar. Se mordía los labios en señal de impotencia pues agarrar de manera infraganti a una amiga íntima en robo en su propia casa no resulta escena fácil de digerir, aunque se justifiquen sus males desde el afecto. Quiso pegarle pero detuvo la bofetada en el aire, que de seguro sería golpe de estómago, por no ser ella de violencias acusadas, sino más bien de aquellas personas impulsadoras de paz al sentir que en su yo interior había sido conquista ardua llegar a quererse y aceptarse con su metro y medio de estatura.

–Eres una enana –le decían en clase ya a sus seis años los compañeritos que se median entre sí calculando su fuerza por el tamaño.

Y efectivamente era de lejos la más pequeña, más quizá fue ese mismo defecto que la hizo crecer en inteligencia y sensibilidad.

–Los perfumes finos vienen en envase pequeño –le enseñaron sus padres a revirar a modo de defensa.

–Y las muestras gratis también –respondían otras voces para contrarrestar su reflexión y sumarse a las agresividades que los niños comparten.

Los insultos le arrancaban lágrimas pero los padres conscientes de ese gen recesivo que había heredado, hicieron lo imposible para fortalecerle otras aéreas como ponerla desde muy temprana edad a tocar piano, hasta en virtuosa convertirse.

–Ya no será importante tu estatura cuando te desempeñes en la vida con fortaleza y talentos –le decían siempre atentos a su buena educación.

Chopin, Mozart, Berlioz y otros famosos compositores se paseaban por sus dedos como gnomos en su fantasía. Con ellos hablaba para regar sus lamentos cuando al jardín salía a rociar matas con su llanto.

–¿Por qué me hicieron tan pequeña? –le inquiría a su más profundo silencio.

–No te afanes que por pequeña jamás sufrirás. Tus cualidades se basan en otras aptitudes que te llevarán lejos –recibía como respuesta de una voz interior con la que solía jugar y la apodaba: mi hada madrina.

Mientras en otras oportunidades recibía el peso de una voz que pensaba interior pidiéndole que se vengara del mundo.

\_ Odia a tu semejante, culpable de tu mal- escuchaba en su oído medio.

Espantaba la voz como quien se libera de una mosca que ronda, y se dejaba llevar más bien por sueños fantásticos. Guardaba el secreto, convencida que hadas y duendes existían por las lecturas que hacía a la luz de su propia conciencia. Le atribuía las buenas propuestas de transformación a un mundo mágico, anfitrión de los diálogos con los elementales, sus más fieles amigos en las malas o en las buenas. Llevaba sus emociones al jardín con un paso a veces saltarín y otras arrastrado como se le hace a la pisada que se agota en su andar.

–Hada madrina, Hada madrina –invocaba en voz baja para que nadie supiera de su juego.



Nervioso el progenitor tiraba el balón para aprovechar que otro lo gambeteara y él se acercaba al rincón donde Hortensia hacía de las suyas con juegos a su antojo.

–¡Otra vez con tu cuento! – le reprochaba manoteando su rostro con autoridad de padre.

–No es un cuento –los veo como te veo a ti o a mamá- contestaba la pequeña convencida de su realidad.

Por la noche al calor de la almohada la pareja comentaba con su esposa los temas que le mortificaban y en primer lugar situaba lo referente a su hija.

–Me preocupan los pasatiempos de Hortensia.

–A mí no –respondía la madre con voz melosa y atenta a la caricia.

–Pues a mí me sobrecoge la duda si, ¡Hortensia está bien de la cabeza o no!

–En cambio yo la creo en perfecto estado. Lo que le falta de estatura le sobra en espíritu –reviraba la esposa, dándole una palmadita en la espalda en son de tranquilidad.

–¡No me digas que tú te tragas esos asuntos raros! –colegía en tono un tanto desconcertado el hombre de los números.

–El mundo espectral maneja sus propias leyes y no es de extrañar que tengan protectores que se manifiestan cuando encuentran campo fértil. Nuestra hija es diferente. Ella, desde su sensibilidad puede sentir cosas que nosotros no discernimos –contestaba la madre orgullosa de su vástago.

Segura de una verdad vedada que no le inculcaba a la hija por saber que de estos temas no se conocen sus facetas pero se intuyen, prefería callar sobre el asunto pero tampoco le impedía darle rienda suelta a la imaginación de la

infante. Guardaba un punto de respeto. Pensaba que cada quien en el camino de los días va resguardando mitos y leyendas a voluntad. Para la progenitora, su cría era demasiado inteligente para borrarle una sensibilidad que le ayudaba a darle color a la existencia. De forma soterrada, sin confrontarla, la madre de manera respetuosa la observaba sin interceder, pero tampoco quería llenarla de fantasía. Sólo anhelaba permitirle un espacio, que sabía sagrado para la chiquilla, al considerar que era inofensivo dejarla soñar con un mundo a su medida. Con esas ilusiones le consentía armar un mundo mejor mientras el padre, cansado del ejercicio dominguero a campo abierto, en sudor prefería al retornar a casa tarde abrazar a Morfeo anidado al cuerpo de su mujer.

–Esto es lo que me gusta, lo que toco y veo –le decía al contacto de una caricia en el seno.

–Estás igual que santo Tomás: ver para creer.

Ambos retozones rasgaban la noche con sus risas. Se internaban en juego de sábanas como quien arma la presencia de dos fantasmas en deleite, formando pirámides con la tela. Cualquiera que hubiese entrado a la habitación con una linterna en mano, hubiera alumbrado la presencia de almas en pena alcanzando la gloria gimiendo de placer.

–Y no niegues tanto los fenómenos de otras dimensiones que un día te llevarás una sorpresa –le advirtió la esposa mientras en posición amenazante cual gorila bajo la sábana agarra a su presa para devorarla.

– ¡Que me vas a cortar la cabeza o las bolas! –divertido musitaba a manera de canto el hombre de tangentes en la razón.

A carcajadas terminaban haciendo el amor antes de fundirse en el sueño para no enfrascarse en una discusión un tanto bizantina, que empezaba como una pelea de niños y luego con el abrazo del deseo.

Ágil en sus percepciones, la pequeña intuía que sus padres no coincidían en la forma de educarla pero los veía cogidos de la mano y eso la tranquilizaba. En su clase la mayoría de los niños obedecían a una situación de hogar disfuncional o desbaratado. No hay duda que la niña crecía con la seguridad que da un ambiente más armónico. Por eso siempre se rodeó de amigas al brindarles consejo y afecto. Y Lina Malón no había sido la excepción. La conoció un tarde de lluvia en la Universidad mientras escampaba de truenos y centellas bajo el umbral de la puerta de entrada a la facultad de periodismo.

—¿También estudias Comunicaciones? —preguntó la mujer de un metro ochenta.

Lina sonrió pues su estatura marcaba respeto. Hortensia a pesar de haberse adaptado a su pequeñez, no podía dejar de asombrarse con mujeres de mayor estatura que la suya. Frente a la muchacha de altura de rascacielos, más parecida a un monumento, Lina se elevaba ante sus ojos. Tal vez le recordaba el complejo superado gracias a la ayuda de múltiples terapias y cursos de crecimiento interior.

—¡Sí! —fue la escueta respuesta de la compañera que no pasaba del metro y medio.

—Pues yo acabo de llegar de Nariño —dijo con acento pastuso.

—¿Y a qué curso entras?

—A tercero. Me validaron las materias.

Solidaria, Hortensia sonrió.

—Pues entramos al mismo.

—Qué bueno, así me sentiré menos desorientada.

La tormenta sacudía los ventanales y gotas de agua salpicaban sus rostros. En albricias se alborotaban con la lluvia ante un salón ultramoderno, que recordaba los diseños de uno de los principales arquitectos que tuvo Colombia, Rogelio Salmona, un francés radicado en Bogotá. Inundó la ciudad con su presencia arquitectónica, cambiándole la faz con el modernismo que anunciaba su viso. Construyó un amplio conjunto residencial que hace juego con la plaza de toros, la Santa María, una joya en ladrillos que contrasta con el verde de las montañas.

Rony Chávez Monge, un Pastor evangélico de Costa Rica quien visitó el país, llamó la atención de muchos cuando en lugar de conmovirse por la belleza citadina, alegó que no había que dejarse sorprender por ese talento, porque Satanás existe y toma miles de ciudades y zonas rurales de la tierra, para levantar sobre ellas, con la ayuda de arquitectos e ingenieros, ocultistas supersticiosos, y no ocultistas usados inconscientemente por mentes malignas, militares, gobernantes y políticos seducidos por místicos, gurúes y chamanes, rosacruces, gnósticos y seguidores del diablo, una serie de construcciones mágico geométricas levantadas bajo principios babilónicos. Monge, dijo a los seguidores de Salmona, que el enemigo divide a su parecer los territorios, sectorialmente, formando triángulos, hexagramas, polígonos, rectángulos y círculos, bajo alineamientos invisibles perfectos, que se comunican entre sí, para influenciar demoníacamente en ellos. Y aunque era imposible probarlo, aseguró que, trazando una línea recta desde Stonehenge (Inglaterra) –el monumento prehistórico más famoso de Europa, asiento de los rituales religiosos de los druidas en la Edad de Hierro –hacia el centro de Europa, dicha línea cruza París, Dijon, Roma, las pirámides de Egipto y La Meca en Arabia Saudita; y que otra línea sale de Stonehenge, pasa por París, Roma, las Pirámides, La Meca y sigue cruzando el mundo y que es a través de esas líneas, que son como avenidas, calles, veredas o vías invisibles dentro de un enorme circuito de conexión e influencia demoníaca, opera el enemigo en todo el mundo.



A la distancia una voz que no era la de ellas gozaba con todo aquello que pudiera tener connotación diabólica. Era la voz de la violencia en persona que se movía con sigilo entre la gente para aterrizar su movimiento sobre cualquier escena que le reflejara su esencia de maldad.

Ajenas a las expresiones arquitectónicas, entre molestas y divertidas por las gotas en la cara se prendieron al buen humor.

–Parece que estuviéramos llorando –dijo Lina en amplia sonrisa.

–A periodistas en ciernes no les cabe tal postura. La carrera nos exige podernos acomodar a todo sin remilgo y con buena actitud. Debemos conocer el poder de adaptación frente a cualquier revés y estar preparadas para afrontar cualquier combate al dejar timideces e inseguridades de lado. Tampoco hacernos a las lágrimas que son según los hombres son marcas de debilidad.

–O de fortaleza –reviró Lina secándose la cara.

La más pequeña en tamaño suspiró mientras miraba a lo lejos a algunos compañeros con gestos de fraternidad.

–Tampoco es fácil adaptarse cuando se llega de provincia- comento la alta.

–Es una forma de fortalecerse. Ante el temor sólo hay que sacar valor, respondió como si fuese la más segura de la comarca la mujer de tamaño avaro.

Se observaron la una a la otra con ese aire de rareza que produce la desigualdad de cualquier tipo. Y una risa se desgajó entre el aguacero confundiéndose con algún trueno.

Desde ese momento iniciaron una amistad, que si bien al principio algo extraño no le encajaba en la personalidad de la chica de Túquerres por ser joven

insegura y pronta a la competencia en extremo, luego de un tiempo le pudo su lado bueno, y entabló una hermandad basada en socorrerla cada vez que tenía algún problema o un tras pie de desadaptación. Con el tiempo intimaron cada vez más.

–Quien te conociera con semejante tamañito jamás supondría que eres la más fuerte de las dos –le repetía Lina.

–¡Qué importa quién es la más fuerte, con tal de contar siempre la una con la otra –respondía sellando un pacto de amistad para el presente incluyendo días venideros.

Así se fundieron en un registro de entrega. Se graduaron juntas. Cada una escogió diferente especialización. Lina por su tamaño y elegancia entró a trabajar en los medios de comunicación como presentadora estrella de un noticiero, y Hortensia más curiosa, quiso abrazar el periodismo de guerra. De vez en cuando se veían por asuntos de trabajo y también por la hermandad que las unía, ya en su etapa de adultas cuando ambas tenían su propio hogar. En varias oportunidades Hortensia le dijo a modo de confesión.

–Lina, nuevamente se me perdió una joya en casa.

–Debe ser la empleada. Hoy día no se puede confiar en nadie.

Y así de empleada en empleada iba saliendo de ellas porque en casa de la más bajita siempre se perdía algún objeto de valor.

Pero esa tarde de jolgorio en casa de Hortensia, mientras la petisa peinaba a su madre también de visita, algo le habló a su corazón y dejó el secador prendido para llegar a la sala mientras el ruido del aparato confundía sus pasos. En ese momento vio que Lina de espaldas se asustó. Pegó tal brinco que Hortensia supo que algo se traía entre manos.

De inmediato un olor a sangre marchita se hizo presente, nauseabundo como cualquier podredumbre que asfixia los cornetes.

Ambas de forma automática se pellizcaron las narices para evitar la penetración de la hediondez en sus fosas nasales. Y casi como sospechando del gas de la una o de la otra, prefirieron callar la molestia y proseguir con la escena que a todas luces era incomprensible.

–No te vi llegar –dijo Lina mientras tomaba su cartera con sonido de loza que se choca entre sí.

Hortensia en perspicacia se acercó.

–¿Qué suena en tu cartera?

Lina fue sacando estuche de lentes, billetera, bolsa de maquillaje y otros efectos personales.

–No tengo nada más –aseveró con el ceño fruncido.

Abrió aún más la boca de su cartera para volver a meter los elementos que había sacado, pero terco el sonido de loza se desprendía del cuero como una señal. Ni corta ni perezosa, Hortensia le arrebató el bolso y miró en su interior. No podía creer lo que sus ojos en redondez observaban.

–¿Qué hacen mis tazas de Limonge en tu cartera? –preguntó con la mandíbula descolgada.

Lina palideció y trató de aclarar la exclamación de sorpresa entre una tos nerviosa y un silencio unido al mal olor.

–¡No sé! –atinó a contestar con la mano apretándose la nariz.

Más lívida aún, la amiga sacó del bolso cuatro tazas con sus respectivos platos de café de una vajilla fina traída desde París hacía por lo menos 10 años.

Guardada en un mueble de la sala bajo todos los cuidados que lo fino exige. Era un salón de un apartamento bien decorado con vista hacia la ciudad en una zona a la falda de la montaña, para divisar mejor la capital. Ambiente equipado con todos los lujos como muebles de cuero y alfombras persas, entre arcos y un gigantesco ventanal, que ya ante el ocaso mostraba las primeras luces encendidas como un pesebre a la distancia.

–Entonces eras tú la ladrona y yo, ingenua, inculpaba a las empleadas.

–Déjame explicarte –repuso la grandota dejándose caer sobre un sillón lleno de cojines de vistosos colores de primavera que le daban alegría a la atmósfera.

–¿Explicarme qué?... que tengo una amiga cleptómana por no llamarte vil ratera o ladrona de mierda.

En ese momento el mal olor se intensificó.

–¿Y a qué hueles ahora?–preguntó indignada.

–¡Pensé que eras tú! –exclamó.

Con el rostro enrojecido y un puñado de lágrimas en el viso se le acercó desafiante y tratando de ahuyentar el olor.

– Imbécil yo, iy no me había dado cuenta! –gritó tomándose el cabello entre las manos.

En llanto histérico estalló Lina como defensa a la actitud de su amiga.

–Y no me vengas con lágrimas de cocodrilo que esas no me hacen mella y menos disculpan tu violencia contra mí.

Al escuchar la palabra “violencia”, un gemido se introdujo con ese sonido que Hortensia reconocía y lo creía propio. Jamás le había confesado a nadie ni su madre que en ella habitaba ese sonido por creer que era alguna marca de su



De inmediato y como entrando en razón, Hortensia detuvo el acto. Entonces calculó que su amiga padecía de un cierto desorden mental, que la obligaba a robar cosas, y aunque la escena la descentró, intentó justificar la reacción de su amiga. No podía ser una ladrona que actuaba por diversión, o para satisfacer un bienestar material, económico o social, sino una cleptómana; padecía de la falta de control sobre sus impulsos basado en la abulia: enfermedad de la voluntad, que muchas veces conduce al robo compulsivo a escondidas de la víctima por supuesto, como forma de enfrentar la enfermedad. Se vive en negación del mal, aunque exista conciencia del mismo pero sin deseos de remediar la base del síntoma.

–Siento mucho lo que te pasa y espero que me devuelvas cada cosa cogida sin permiso –pergeñó Hortensia en tono cínico y retador.

En ciertas ocasiones se daba esos aires de humanitaria que a Lina le parecían falsos y patéticos; aunque su intención siempre era la mejor. De inmediato y para mostrar el arrepentimiento amplió la confesión.

–Lo peor de todo, Hortensia, no es sólo que sustraigo cosas como un trastorno del control que me avergüenza, sino que además debo confesar que gozo sacándole partido a todo; cuando vendo los objetos robados tengo orgasmos.

Los ojos de la petisa se tornaban cada vez más desmesurados.

–Y sufro una violencia sexual incontrolada –manifestó entre sollozos.

Nuevamente la pestilencia se dio a la tarea de presentarse en concentración.

–¿Cómo? ¡Explícate! –anotó Hortensia, poniéndose del color de la blusa que llevaba puesta, un tono de cajetilla de Marlboro.

Su voz pareció perder consistencia, ganada por el asombro tanto por el acto de su compañera de estudio como de la filtración del perfume a veces convertido en aroma y otras en asquiento hedor.

–El robo me provoca excitación sexual y la venta del mismo me produce éxtasis.

Hortensia la miró con ese aire que no computa lo escuchado mientras nuevamente la pestilencia se precipitaba en su olfato.

– Huele inmundado, ¿qué será?

– Ni la menor idea –dijo avergonzada y tratando de cambiar el tema.

Amabas husmearon el ambiente y se fijaron debajo de muebles y alfombra a ver si encontraban a un ratón muerto.

–No me resulta un olor familiar –aseguró Hortensia algo confundida por la incomodidad.

Trató de seguir en el tema para ahuyentar el efecto.

– ¿Acaso eres sexópata? –preguntó con cierto tartamudeo.

–Te digo la verdad: sufro de cleptofilia

Sorprendida ante la confesión de Lina Malón, no por parecerle que ese fuera un caso anormal de escándalo imperdonable, sino porque ella misma sufría de un apetito sexual exagerado. Sus preocupaciones sobre erotismo tendían a dominar su pensamiento consciente aún después de ejecutar el acto sexual. No era promiscua. Simplemente ninfómana, y su deseo sexual aumentado y compulsivo de la cópula, implicaba una obsesión deliberada hacia actos sexuales, con o sin deseo sexual o placer. Un especialista le diagnosticó que su hiper sexualidad orgánica se debía a lesiones en la zona límbica del encéfalo, por tumores o accidentes angioencefálicos ocurridos en la infancia. Se le metió en la cabeza que los accidentes hubieran podido ser causados por su afición a la equitación, pero jamás se lo comentó a nadie. Guardó el secreto sin entender esos dichos, ni por qué ella precisamente tenía que enfrentar ese





Al escuchar la palabra ROBO, la voz de la violencia se echó una carcajada mezclada con hedor.

-¿Que fue eso? - preguntaron al unísono Lina y Hortensia ya con algo más de temor.

- Ya somos tres las que estamos en confesión- contestó con voz ronca en la invisibilidad de su cuerpo la Voz de la Violencia.

- ¿Quién eres?

- Soy Violenta Barrios, Maluca Puentes, Dolores de Barriga, La Puta que te parió y tantos otros nombres que me atribuyen. Ja, ja, ja, nada más ni nada menos que la Voz de la Violencia que encarno en cada acto cuando el nivel del Mal aumenta.

Apenas en ese momento Hortensia asoció la ide que ella conocía a ese personaje, huésped de su dentro y que se manifestaba sólo con sonido, ahora en su mal olor también, explosión en medio de ambas.

\_ Yo te conozco- dijo Hortensia. –

- Claro, todos me conocen pero algunos me identifican mejor.

- Y por qué no te muestras.

- Tengo la virtud de ser invisible porque lo esencial es invisible a los ojos, y yo soy esencia pura en los seres humanos. ¡Jejejejeeje! ¡Y no me las doy!

- Y mal olienta además de pura mierda también- reviró Hortensia no sin cierto asco.

Y como si el personaje no le fuera del todo extraño Lina prosiguió con su confesión, más animada de verse rodeada por nuevos cómplices en su zona densa.

-Como iba diciendo antes que me interrumpieran, cuando hurto siento que me aproximo al Cielo... y es como si de mis entrañas naciera con textura imperiosa la necesidad de ser copada sexualmente, para ser amada y protegida – contestó la mujer con un suspiro de satisfacción.

– ¿Y si no eres copada? –inquirió la Voz de la Violencia.

–Siento que me desaparezco, que me muero de abandono, de ausencias y de carencias cuyas causas desconozco.

–¿Acaso el mero hecho de sustraer algo te excita a tal extremo? – pregunto Hortensia.

–Me convierte en esclava de un deseo sexual que me subordina –añadió la pastusa al tocarse las partes bajas como queriendo ratificar el lugar del gozo.

–¿Y si no robas? –le manoteó la voz frente al rostro.

–No me echas vientos en la cara.

\_ Hago lo que se me venga en gana- repuso la voz con mayor acción.

\_ Si crees que vas a interrumpirme el placer contando, bien equivocada estás, lambona espantosa- contestó ventilando el aire.

\_ Y si crees que me vas a agarrar, primero muerta. Y más bien sigue echando el cuento que suena interesante-\_ la convidó a seguir con la palabra.

\_ Pero ya no interrumpas más con tu hedor ni con manoteos. Me pierdo la hermosa posibilidad de ser ganada por ese impulso que me vuelve importante y me hace querida ante mis ojos. Gano con el hurto. Los objetos sustraídos me llenan de carencias. Una violencia imprescindible se me ha alborotado con los años.

La voz de la violencia gemía de felicidad.

\_ Curiosamente antes la lograba controlar por aquello de la culpa, pero con el tiempo se me hizo callo la vergüenza. Me puede más el placer logrado.

Otro extenso gemido de placer se presentó desde un ángulo del salón.

\_ Ya deja tus maniobras que nadie te invitó a la fiesta de mis sentidos- espetó Lina con la mirada hacia la dirección de los gritillos de alegría.

-¿Acaso hay una violencia permisible? -dudó Hortensia.

-Así como la paz es una guerra contra la guerra misma, la violencia sexual es prueba de que no todas las violencias hacen daño o matan al que la sufre. Es que no puede haber victimario sin haber sido víctima a su vez.

Hortensia percibió que muchas cosas inexplicables adquirirían en ese momento la calidez de las materias comprendidas. Había una violencia que causaba paz, obligando a capitular a los demonios escondidos, pero a un costo demasiado elevado e involucrando el dolor ajeno: el suyo en este caso por constatar que desde el principio al conocer a Lina, había sentido un escozor sin saber a ciencia clara que era lo que la mortificaba. La intuición no le falló. Tras bambalinas existía una conducta oscura que no conoció sino hasta aquella noche, donde la tomó por sorpresa y de manera in fraganti.

Se escuchaba una frotada de manos en son de victoria desde otro ángulo, como si la Voz de la Violencia estuviera dando saltos.

\_Quédate quieta, Voz, que nosotras no somos malas ni violentas.

Otra espesa carcajada irrumpió como contestación a la duda.

-Creen no serlo pero nadie escapa a esa faz- dijo con voz pastosa seguida del infernal ruido que la caracterizó desde el nacimiento cuando el mundo fue creado desde la oscuridad. La voz de la violencia adquirió sonido y mando. Ggggggggggrarrrrhhhyyyyyjjjjjsssshhhhhhtttttbbrrrrrcrukalpefroññññññññ



la segunda de seis hermanos, por lo tanto su familia tenía otros gastos. Hortensia, sin ser malcriada, gracias a su pronunciada inteligencia con capacidad de análisis compensaba los desafueros de los padres con una rebeldía que la hacía ver más modesta que otros. No vestía con arrogancias ni de forma atrevida. Se cortaba el cabello color azabache casi a lo varonil para resaltar sus facciones: ojos grandes que le devoraban el rostro, de un tono aguamarina con visos cambiantes según el matiz de la pinta. Tenía unas facciones perfectas que la hacían lucir como una muñequita: nariz pequeña y algo respingada y una boca ancha de labio carnudo, expuestas al piropo. Era clásica como su estatura lo exigía, mientras Lina le jalaba de frente a la extravagancia. Minifaldas a la orden del día para exhibir la longitud de sus piernas, y el cabello en despeine para darse un aire de "femme fatale" con sus ojos rasgados de gata en celo, amielada y bien coqueta su mirada. Este par de estilos tan disimiles con el tiempo se fueron acentuando pues cada una disfrutaba de su manera de ser con el respeto debido por la otra. Al fin y al cabo estaban en etapa de construcción de ellas mismas, y alguna fuerza con textura propia las unía. Pasaban vacaciones juntas ya fuera en Nariño, en casa de los padres de Lina o en la costa de Martinique donde los padres de Hortensia tenían una villa junta al mar, y donde ella había aprendido el sexo con los negros, recordando el dicho de los gringos, "once you go black, you never come back", o sea que quien conozca el amor con un negro le queda difícil renunciar a él. Ambas de ancestros europeos sabían disfrutar del trópico por ser curiosas en esencia y mujeres de vanguardia, que no tragaban entero lo que se les decía sino sometían cada verdad al sesgo de un microscopio, que les devolvía una visión personal sobre el asunto. A veces se enfrascaban en discusiones sobre un tema, Lina más de derecha que su amiga, quien en el otro veía la necesidad de entrega para darle mayor dimensión a su posición de generosidad de alma. Pero juntas llegaban al punto de concordia porque les era vital ver un mundo más en justicia social, concebido sin los atropellos de la violencia.

En el abrazo reencontraban muchas vivencias, aunque para las dos había sido un shock expresar el adentro a la luz de una escena que les perfilaba el secreto interior de cada una. Jamás a través de los años habían desvestido su alma como en esta ocasión, donde las pulsiones negativas habían encontrado su fase al descubierto por un evento que se antojó ataviarse de causalidad.

En ese momento la madre de Hortensia salió de la habitación de su nieta, ajena a lo que sucedía en el salón.

–¡Vaya abrazo! Y me dejaste con los crespos hechos –interrumpió la señora que llevaba cartera de cocodrilo en mano justo en el instante de la manifestación del sentimiento.

Como tomada por asalto, Hortensia se acercó a su progenitora.

–Veo que ya te vas, mamá. Lamento haberte dejado sola, pero Lina me necesitaba –confirmó en tono tranquilizador.

–Y yo también. Menos mal, me entretuve con tu hija hasta dejarla bien dormidita pues francamente no pensé que me dejarías con el pelo parado.

–Te pido disculpas, pero un asunto urgente me ocupó con Hortensia.

–Ya veo –suspiró con ironía.

–De veras, mamita, no es broma.

–Uds. dos siempre se las ingenian para hacer de cualquier bobada, evento de importancia. No en vano son periodistas que a todo le sacan punta.

La voz de la violencia escuchaba atentamente pues era parte de su labor empaparse de todo en cada caso y gozarse las bajezas. Guardando silencio sobre lo ocurrido, las amigas sellaron el secreto con atisbo de complicidad.

La madre se detuvo a olfatear un aroma que le parecía familiar.

–Huele delicioso –aseveró mientras aceleraba el paso.

– ¿Verdad? Mamá, lo siento por dejarte en abandono, pero...

–¡No hay peros...! ¡Ya veo cuán urgente!, acaso un abracito no podía esperar!

–De vez en cuando nos hace falta el abracito que nos solíamos dar antes de salir de rumba con nuestro respectivo consorte –repuso Lina para no ahondar más en la demora ni en la excusa.

Apurada, la mujer a medio peinar se despidió con un beso en la mejilla de cada una por considerar que ya la había cogido la tarde, y podía incomodar a su esposo, quien estaría en ascuas esperando la cena. Hortensia con sus manos le bajó al despeine al acomodarle un tanto el cabello a su madre.

–Así te ves mejor, no ibas a salir como una loca –acotó la hija en ternura.

–Gracias, mi amor, pero me agarró la noche. Voy de afán. No quiero enfrentarme a la cantaleta de tu padre.

Tras el golpe de la puerta, Lina tomó el candelabro de plata.

–Y no te llevarás esto –chilló Hortensia mientras se lo arrebatava de las manos a modo de broma.

–Sólo quería ver tu reacción –respondió con una risotada la señalada como ladrona.

Era una preciosa Menorah, o candelabro en plata de ocho brazos comprado en el mercado de Jerusalén en uno de sus viajes, como objeto de anticuario: mezcla de orfebrería ultra moderna con toques del pasado para satisfacer un gusto vanguardista que aprende a amalgamar estilos.

Como en tiempos idos fue un cruce de risas tan intenso que el marido de Hortensia asomó la nariz para ver si no estaban ebrias.

–¿Qué pasa, muchachas, se bebieron el bar? –preguntó en voz alta.

–No te preocupes, Juan, es sólo el reencuentro con la vida –dijo Hortensia.

–¡Vaya si resulta escandalosa esa cita con la existencia!

Y sin detenerse en la respuesta, se encerró en el cuarto, dejando al par de mujeres nuevamente en diálogo.

Aflojadas las tensiones, ambas siguieron intercambiando impresiones sobre la violencia en el sexo, en la guerra, en la pareja y tantas violencias al alcance del ser humano que lejos de hacerlo hombre lo trasforman en bestia. Y mientras que hablaban sobre lo divino y lo humano, la voz intervenía con sus expresiones aunque ya estaba algo cansada y domritaba en un rincón para tomar fuerzas para seguir sus caminos a otros lugares del planeta y asir otras realidades donde sentirse a gusto. En silencio transformaba en mal olor sus esencias según lo narrado, hasta causarles tal curiosidad que se preguntaban olvidando la presencia de la voz de la violencia en reposo si algo ocurría con sus olfatos, ya entradas en traguito pensaron que era la reacción al licor.

–Júrame que no te llevarás nada más de mi casa, ¿verdad?

–Prometo que nunca más de la tuya, aunque quien sabe si de la de otros logre contenerme.

–Pues trata, porque bien mal rato que pasaste y me hiciste pasar.

Bostezaron a la luz de las estrellas, mientras empinaban su última gota de alcohol.

– ¿Y nunca nadie sospechó de ti?

–¿Acaso tú que me conoces tanto, tuviste alguna vez la menor duda de mi honestidad?



–Tienes razón, engañas al más diablo y nadie puede recelar de ti.

–Una maneja sus tácticas. Me cogiste en un momento vulnerable por confiada pues seguía oyendo el secador a full, pero sé hacer mis cuitas por tener la costumbre de salirme con la mía.

– ¿Y eso merece tu aplauso?

– ¡No, por supuesto que no! Me pondré en manos de siquiatra, tal vez alguno dé con el chiste y me borre la necesidad de usurpar.

–No quiero ni pensar en las cosas que oirán esos profesionales de la psiquis, quien quita que hasta con asesinos hayan tenido que lidiar o que de cierta forma expongan su vida ante la locura desatada de algún paciente en desespero o haciendo una substitución de personaje.

Quedaron medio dormidas sobre la alfombra como en antaño: que el sueño les agarraba donde fuera sin necesidad de pedir cama, a lo bohemio que bien conocían sus espíritus por ser de corte liberal. Sus cuerpos formaron una ele, unida por los pies de ambas y las cabezas al final de cada recta se tocaban como quien le acerca la inteligencia al otro.

La voz de la violencia aprovechó tiempo y espacio para echarse una pestañada sobre una lámpara que permaneció prendida y así hacerse a su calor, elemento que le retroalimentaba su fuerza. Roncó de lo bueno mientras Lina y Hortensia dormían profundamente, sin darse ya por enteradas que en compañía de otro ente se habían entregado a los sueños.

### CAPÍTULO III

#### ECO DE LA VIOLENCIA

Ya entrada la madrugada con la luna desdibujada sobre sus ojos, ambas despertaron por el movimiento que hicieron para acomodarse. Miraron por la ventana a ver si alguna estrella les atendía el llamado de la noche, sin pensar que ya fuera de mañana, mientras la voz se desperezaba a sus anchas con un ronroneo que parecía de gato.

En ese momento, Hortensia no pudo evitar recordar, como un rompecabezas que se arma en la memoria, aquella historia contada hasta la saciedad por su abuela Grimanesa, matrona nacida en el Perú versada sobre magias, mitologías y leyendas. Narraba de manera histriónica que cuando Dios permitió la existencia de la oscuridad, para que aparecieran los astros, hacia la sombra se dirigió para engendrarla. La miró y le dio forma, la que no siempre resulta evidente para el objeto o la persona que la producen, ni para su misma esencia, que a veces se manifestaba en la voz de la violencia reina de las sombras más densas y basurero interior del hombre.

La abuela seguía contando esa historia de leyenda cuando la nieta la visitaba en Cajamarca, su sitio de residencia.

\_ Mijitica, entonces imprimió una imagen en el velo con que había cubierto su gloria, y esa estampa le sonrió; y quiso que tal fuera la suya para crear al hombre a semejanza de ella. Ensayó en cierto modo la prisión que quería dar a los espíritus creados. Formateaba la figura que debía ser la del hombre, y su corazón se enterneció, presumiendo las quejas de su criatura como ésta: "tú, que quieres supeditarme a la ley, pruébame que es justa someténdote tú

mismo a ella". Y Dios se hizo al hombre para ser amado. Comprendido por los seres en su nuevo estado, luego regresó para predecir el porvenir de los mundos al sentarse en un trono del que se escapan millones de chispas; y ahora su cabellera brillante se halla sembrada de estrellas.

Por ello, Hortensia luego de haberle contado a su amiga la leyenda de la abuela, la invitó a mirar por la ventana a ver si alguna señal les atendía el llamado como un enlace poético con el mundo. Resultaba una intención de buscar esa parte de Dios que vierte un rocío de esplendor por su cabeza luminosa y por los bucles de la cabellera sombría donde se resbalan las lágrimas de la aurora sobre los humanos.

–El Reino de Dios se ha acercado, y sólo los violentos lo arrebatan –dice la Palabra. Ergo: se puede inferir que la violencia es del Todopoderoso y tenemos que admitirla –comentó Lina, como para ponerse a tono y no quedar como una ignorante frente a lo que su amiga relataba con emoción.

–Dios es un recipiente inviolable. Contiene la sabiduría como un delicioso vino estacionado que sabe a elixir de los dioses y jamás se agita.

Los rayos de sol del alba las invitaban a dimensionar sus pensamientos a la merced de una alfombra que quería volar.

–De acuerdo, pero sin violencia no se hubiera hecho el Universo. Es que acaso hay una violencia que viene del cielo y otra del infierno? –insistió Lina como quien no entiende bien la ecuación.

–Dios se oculta al espíritu del hombre, pero se revela a su corazón. Y donde se aposenta, allí está el equilibrio. Cuando su potencia se acumula en un centro, se crea un universo y todos los demás se desplazan para gravitar alrededor de éste, pues Dios anda y se sienta para continuar andando –comentó Hortensia en voz pausada.

Ya la voz que no le gustaba que le mencionaran a Dios empezó a toser para incomodar el diálogo.

\_ Otra vez esa maldita voz – formularon al unísono el par de amigas.

\_ Y es que creen que me van amedrentar con sus vocecitas implorando conocimiento de una fuerza que aborrezco.

\_ Deja ya la chachara que nos molestas – dijo mientras con la mano insistía por una respuesta.

La voz se arrunchó contra la lámpara y sopló tan duro que la apagó. Ambas miraron con sorpresa, y continuaron charlando.

–Sí, pero no contestas mi pregunta.

–No hay nada oculto que no deba ser manifestado y lo que se murmura al oído debe gritarse por encima de los tejados. La luz no fue creada para ser puesta bajo el celemín; hay que colocarla en el candelero para que ilumine a todos en la casa. Todo lo material en el Universo es también espiritual- confirmó Hortensia, que bien conocía las rutas del camino interior.

Con el rezago de los tragos en la cabeza se dejaron llevar por la filosofía, tema que les encantaba discutir por poseer dos mentes inquietas y prontas a hacerse preguntas sobre el devenir del hombre.

–Me quieres decir que por ejemplo: atrás o delante de la violencia material hay una violencia espiritual; ¿y que en consecuencia es regida por un espíritu?

La voz bebió de la botella hasta dejarla vacía. Le encantaba el sabor del licor y sobre todo sus efectos de inconsciencia. Empezó a tener vahos en la voz y en las ideas. Lo relacionado con el vicio era de su gusto y de su empeño.

–Sin duda, como es arriba es abajo, como es adentro es afuera, y todo se correlaciona de la misma manera –manifestó sin titubeo Hortensia, segura de sus convicciones y de los estudios que realizaba a nivel teológico.

Así como era de pequeña en tamaño, era gigante en curiosidad. El estudio de la metafísica y del más allá representaba su mayor foco de interés.

–¿Susceptible entonces de ser invocado? ¿Y con personalidad propia, pensamientos autosuficientes y autónomos? –inquirió Lina cerca a la duda.

– Cierto. Haz dado en el clavo –contestó, Hortensia.

Ambas se encararon la mirada al tratar de trasvasar cada pensamiento, llevado al extremo de la minucia como buenas profesionales en su ramo, que saben ordeñar la información hasta la médula.

Retraída la voz de la violencia en un rincón, escuchaba atentamente todo lo que se refería a ella en boca de las amigas mientras que masticaba un chicle que había encontrado en un cenicero y hacía bombas.

–¿Qué son esas bombas en el aire? –preguntó Lina más divertida.

Desde una bomba gigante que reventó, gritó con aire de autosuficiencia.

– Pues soy nuevamente la voz de la violencia. Heme aquí de cuerpo presente y borracha.

–Entonces hazte presente sin solamente el alarde de tu voz y muéstranos en qué consiste ser la voz de la violencia - la increpó Hortensia en desafío.

Picarona, la voz se mantuvo en silencio para causar más suspenso.

–¡Je! ¡Je! Imbéciles no ven que la voz de la violencia está en todo lo existente.

–¿Cuál es entonces tu naturaleza?¿Cuál tu razón de ser? –preguntaron.

Hortensia aclaró su propia voz como si el eco en resonancia fuera la forma de apelar a lo oculto y sacar a relucir lo indescifrable. Impaciente, Lina le mostraba con el movimiento de las manos su afán por las respuestas.

–Tengo la costumbre de estos fenómenos, de niña solía invocar a las hadas y a los duendes, iy ahora pretendo asir la esencia de la voz de la violencia, que reconozco haberme topado con ella muchas veces sin saber de su real existencia como ahora! – al decir esto la petisa respiró hondo.

– Cabezas de chorlitos, empiecen a comprender que las manifestaciones del olfato son respuestas. La violencia tiene hediondez –retumbó la voz desprendiendo un olor a cloaca, difícil de precisar su contenido.

–Me estás hablando en chino –dijo Lina.

–Mujer, espera que yo ate cabos. Luego te explico pues me tiene un tanto confusa lo que está sucediendo –aclaró la amiga al poner puntos en las íes.

“La enana” como le decía Lina por cariño se detuvo a inhalar mejor el aire de la atmósfera cargado de un olor nauseabundo que no lograba adivinar.

Otra vez impaciente Lina le manoteaba a la cara.

–¿Vas a dejarme en incertidumbre por mucho tiempo con este olor a diablo?

Hortensia con un gesto expresó: espera ya todo se me aclara.

Lina empezó a tararear una canción improvisada que decía, “ahora Lina que se las sabe todas nos dará la respuesta acertada” mientras ambas olfateaban.

– Deja el apuro. Con asuntos de otras dimensiones hay que saber guardar silencio para que la manifestación sea cierta y no se preste a equívocos. Podría ser un mal espíritu que se esté burlando de nosotras.

–¡Je! Je!, son más pendejas de lo que pensaba –arguyó la voz en hipos.

La canción siguió en tonada de sonata en desafine. Concordaba con la ronquera de quien ha bebido y el desatino de una voz sin talento. “ Y ahora se las da de maga, en pocos momentos nos dará el resultado de su visión, que paga”, canturreaba Lina en plan ebrio. Inventaba frases a su acomodo.

Se bamboleó sarcásticamente tirando sus zapatos hacia costados opuestos.

–No fastidies más, Lina, que aunque este asunto no parezca serio, reviste toda la sensatez del mundo- argumentó Hortensia ya fuera de sí.

El olor a muerte que percibieron con anterioridad al discutir hizo nuevamente entrada triunfal a sus fosas nasales con mayor hediondez.

–¡Fo mierda! ¡Huele a podrido! –exclamó Lina espantando el aire.

Una risa sostenida se hizo presente.

–Ves que es asunto de gravedad. Cuando empezamos a pelear, la violencia aparece. De seguro nos quiere dar una lección –repuso Hortensia tratando de agarrar con la mano el objeto invisible que desprendía semejante olor.

–Aunque crean que pueden atraparme no lo lograrán, soy la esencia del mal hecha a imagen y semejanza del hombre. Y como tal me manifiesto de igual forma –reviró la voz en tono grave con carcajadas intermitentes y eructos cargados de pestilencia, como si se hubiera comido todo el basural.

Lina con el aliento agitado se le tiró a los brazos a su amiga.

–No la invoques, no quiero oír esa voz. Suena a monstruo. Me asusta y el olor resulta inaguantable. Me regresa a la infancia con sombras en la pared.

– Ya no tiene reversa. Ustedes no me dejaron ir cuando quería, de ahora en adelante estaré a la merced de vuestra palabra –chilló la voz.

–¿Y te veremos? –preguntó Lina temblorosa.

–No hace falta que yo me muestre, ustedes podrán verme por doquier. Soy el fruto del hombre con garras y pezuñas.

Atentamente Lina miró a Hortensia. Esperaba sacarle alguna reacción. Impávida la amiga, anfitriona de artilugios en otras vibraciones, se mantuvo en silencio durante un segundo, sentada cómodamente en el sillón.

–¿Quién nos dice que eres la voz de la violencia? –exigió Hortensia.

–Yo que les puedo aruñar la cara sin ser vista, sin que ni siquiera se den cuenta de dónde viene el zarpazo –vociferó con lanza llamas y centellas.

–Se protegieron el rostro con las palmas.

Risas y más risas sobrevolaron los cuerpos de las colegas.

–Será que nos estamos prestando ingenuamente a un acto espiritista de suplantación. Lo que nos pudiera llevar a conclusiones fatales que no podríamos luego manejar –glosó Lina.

Con eco de espanto la voz ventiló una nueva risotada de burla.

–¿Acto espiritista? Se nota que saben que existe un mundo que ustedes llaman irreal o espectral que es igual al real en el que viven –arguyó la voz.

– ¿Y tu origen viene de Dios o del diablo? –preguntó afanosa Lina.

Ya con el tono más impaciente reviró mientras despedía gases de colores tan malolientes como su aliento encendido entre olor sobaco y pecueca.

–¿Para qué tanto te afanas preguntando cosas que no vas a captar?

–No me subestimes huevona –contestó Lina ya envalentonada por los vinos que había ingerido y que todavía le tenían la mente en revuelo.



Hortensia hizo un gesto con el dedo sobre los labios para obligarla a callarse.

–Desgraciado quien extiende una mano profana hacia la majestuosa existencia del espíritu. Pero voy a hablarles porque me parecen inocuas.

–¿Inocuas? ¡Tu abuela! –expresó Hortensia mientras Lina que ya se había mimetizado con el entorno prorrumpía en carcajadas por la ocurrencia.

–¿Quieren entender cómo se mueve el mundo espiritual o mejor me despido. No tolero a ningún mentecato.

–Mentecato, menticinco, mentiseis –bromeó Lina para aflojar la tensión.

–El diablo es la majestad de todas las majestades, la malevolencia de todas las benevolencias, el bello placer de los excelsos placeres. Cuando el hombre afirma no creer en Dios, es como si dijera me amo porque se ve fuerte.

–¿Epa, cómo distorsionas la imagen de todo! –exclamaron al unísono.

La voz ignorándolas se hizo a su discurso como para escucharse a sí misma, tomando aires de bruja que conoce los maleficios.

– La imagen es doble. Tiene la cabeza luminosa y la cabeza sombría.

– Como el hombre que lleva dos cabezas –bromeó Lina nerviosa.

\_ Y si hablas del Diablo, tienes que concebir a Dios- añadió Hortensia.

–El que ustedes llaman el Altísimo está contenido en el ideal blanco y el ideal negro, la cabeza superior y la cabeza inferior. Una es el sueño del Hombre–Dios y la otra la suposición del Dios – Hombre. Una la forma del Dios de la sabiduría; la otra el ídolo del vulgo. Y yo que vengo a unir esas fuerzas para anular sus beneficios a manera de tentaciones, que bien que las sé hacer. Nadie mejor que yo en ese oficio- rió con estruendo y mal olor.

–Nos cagaste –dijo Hortensia en el limbo, sin entender lo que escuchaba.

–Es que toda luz supone una sombra, y no llega a ser claridad más que por oposición de esa sombra que soy yo.

–Y dime ¿todo procede de Dios? –interpeló Lina con ganas de averiguar si el personaje interrogado tenía sexo y características humanas.

–Nada surge ni sale de Dios, ni nada le entra por ser impenetrable e inmutable. Todo lo que comienza o aparece, todo lo que se divide, todo lo que obra y pasa, comienza, aparece, se divide y pasa en su sombra. Él es inmanente y permanece tranquilo mientras hago de las mías a sus espaldas.

\_ Como el vino de cava que reposa en tonel y no se agita –agregó Lina.

En presencia de la voz prosiguieron la conversación, animadas por la curiosidad del cuento que parecía digno del invento, tal vez debido al licor.

Y siguieron bebiendo para alegrarse entre hipos escasos.

–No impide que oiga el clamor del huérfano o el dolor del menesteroso.

–Pero dínos: ¿es un Ente irritado, violento, de carácter energúmeno que se enfada con cualquier acto humano? –preguntó Lina con cierta inocencia.

–Los justos cuando oran, se subordinan a un Dios que se representa irritable: la frente de la cabeza sombría se carga de nubes y parece como si el rayo estuviera a punto de estallar, pero la sombra se entreabre ante una centella surgida de la faz suprema: la serenidad eterna imprime su mirada en la sombra, y hasta la frente del espectro negro se ilumina. La serenidad de la faz del hombre es la irradiación del rostro divino. Cuando la cólera se apacigua en el corazón del hombre, sueña con el perdón de Dios; pero sólo es el hombre quien perdona, pues Dios jamás se sale de casillas. Ese no es como yo, que vivo con la piedra afuera y el gozo por el dolor del prójimo.

–Ahora si nos confundes más. ¿Cómo entender esos dichos y que existas tú como violencia de forma etérea? cuando te vemos en sangre ajena, en la bala, en la traición, en la muerte, en fin en tantas poses que te reconocemos de inmediato aún sin habla. Tus manifestaciones son más que elocuentes. ¿No hay en eso contradicción? –refirió Lina rascándose la cabeza y suspirando ya un olor neutro al sorber otro trago.

–Adán fue arrojado del paraíso terrestre por la ira y la ironía de la cabeza sombría, pero la faz luminosa nunca dejó de sonreírle en el paraíso celeste. ¿Me entienden? El Edén dividido por los cuatro ríos es un misterio de la cabeza sombría. El Paraíso superior no mantiene divisiones ni exclusiones. No hay manzanos en el jardín supremo; pero mi fuerza contraria es la única que conoce su Cielo, comprende su amor y es siempre inflexible porque no es débil ni colérico. Su permanente y gran búsqueda es la unión, mientras que la mía es la desunión–bramó la voz alargando la palabra para estremecer el cuerpo de ambas mujeres y hacer notar la diferencia.

–¿Eso es verdad? –preguntó Hortensia, conmovida.

–Desgraciado el hombre que ve el ojo de esa fuerza inflamada por la ira.

–¿Entonces nosotros hemos venido sosteniendo un concepto equivocado?

–El que cree en un Dios que se humaniza en la rabia ¿en dónde buscará su perdón? Él es todo generosidad y el rayo de su mirada una luz siempre blanca y pura. Se sienta en su trono y su fuego vivifica en lugar de destruir. Donde Él se aposenta, allí está el equilibrio. Y en la revelación divina, la sombra absoluta no existe, pues todo es luz. La luz que brilla es la luz blanca, y la luz que se oculta en la sombra, es la luz negra que represento, tratando de evadir todo contacto con el Bien –dijo con una perturbadora carcajada.

Lina y Hortensia cruzaron un farfallo como quienes entienden que la voz se encuentra divagando o serían acaso sus mentes bajo la suma del alcohol en sus organismos que proponía elucubraciones insólitas.

De repente Juan volvió a salir de su recamara con los ojos empiyamados.

–Ya muchachas vayan a dormir y dejen de reírse que no son horas de fiesta y menos de amanguarse con el canto del gallo. Sean consideradas que en poco tiempo debo salir a trabajar.

–Ya, mi amor, te prometo que dentro de escasos minutos estaré a tu lado. Vete a dormir que ya casi despacho a Lina al cuarto de huésped.

–Que sea cierto porque cada carcajada vuestra me despierta –añadió antes de tirar la puerta el hombre que no parecía encarar el mejor humor.

Hortensia se puso el dedo sobre la boca para pedir silencio.

–¿Pero entonces qué significas tú para Dios? –preguntó Lina en susurro.

–Pertenezco al bien amado y su condescendencia me satura

–¿Pero no te estás contradiciendo? Si dices que el Dios de luz no se irrita, ¿cómo es que tú siendo el súmmum de la violencia puedes proceder de Él? Me haces acordar a Gregorio Rasputín, el sectario que ocasionó la defección de Rusia en la Guerra Mundial. Él decía que la salvación estaba en la contrición, pero que no podía existir sin el pecado. “Pecando conmigo vuestra salvación” será más verdad, pues yo encarno al Espíritu Santo. Si me rechazas Dios te abandonará” –aseveraba con la violencia que se le conoció dentro del marco de su actuar, y así hicieron Nerón en la época romana que con fuego arrasador terminaba con todo y asesinó a su madre, a su mujer y por supuesto a todos los que no le llevaran la idea.

\_ ¿O sea que desde ese momento existes? –preguntó Lina.

\_ Pareces tarada, te digo que desde el inicio de los tiempos soy la soy.

\_ ¿Y en Atila también pusiste tu grano de maldad?

\_ Como líder de los hunos se le confirió todos los poderes míos para aniquilar todo a su paso desde Mongolia, liquidando a Roma y a Persia. Amaba la sangre. En los Campos Cataláunicos contra los godos asestó su furia matando a más de 300.000.

\_ ¿Te paseas por la Historia a tu antojo?- dijo Hortensia con el seño fruncido.

\_ Ustedes con las enciclopedias pueden tener acceso a la información y sino en google, esa red que todo lo sabe y refresca la memoria de los hechos donde fui arte y parte como con Gilles de Rais, quien se ensañó contra Juana de Arco, sanguinario a tiempo completo que mataba por no caer en tedio.

Vlad Tepes, se le conoció con el apodo: "rostro de la maldad suprema"-y al contar con los personajes de maldad reconocidos por la Historia universal se frotó las manos a modo de recordar sus fechorías con placer extremo.

\_ Invitó a mendigos para una merienda, con gozo pirotécnico los hizo tea humana- prosiguió mientras las dos mujeres se miraban petrificadas.

\_ Veo que los tiene muy bien contabilizados- añadió Hortensia con espanto.

\_ Y qué decir de Iván el terrible. Gustaba violar vírgenes. Y yo las agarraba para que el orgasmo fuera de ambos. Y se ufanaba obedeciendo mis leyes y preceptos en decir: "sin terror no es posible que exista justicia en el reino".

\_ La lista es inmensa- interrumpió Lina cargada de escalofrío.

\_ Sí, para mi deleite. Y para irme a otro continente, con la vestidura de Leopoldo II de Bélgica, en el Congo mandamos a asesinar más de cinco millones de personas. ¡Que festín de sangre fue aquello para mi gloria!

\_ Y así puedes nombrar a muchos personajes como los dictadores que sacan del poder esa esencia de maldad para perpetuar sus tronos- dijo Hortensia.

\_ Así es. Me hago dueña de los puños ajenos para obrar en nombre propio.

–Rasputín, un hijo de puta total, se parecía a Atanasio Konovaloft, a Hitler, o a Idi Amín por mencionar algunos que marcaron la Historia por su maldad o su locura. ¡Quién lo sabrá! – añadió Lina al recordar horrores.

\_ Monstruos producidos con una finalidad que de hecho no conocemos, pues las contabilidades con el Supremo sólo Él las evalúa y sabrá por qué lo hace y cuándo. El hombre goza de algo que no conoce la capa vegetal, ni el mundo mineral ni aún el reino animal: el libre albedrío –arguyó Hortensia.

\_ Don divino que no siempre saben utilizar los humanos sino para mal y ahí aparezo yo con los dientes afilados. Son los colmillos del regodeo donde la saliva envuelve todo el placer que siento frente a ofensas, aflicciones, desastres, hecatombes y toda la sarta de sinónimos que se les ocurra – interrumpió la voz en regodeo de tragedias bajo una risotada en estruendo.

–Chut -imploró Hortensia molesta, porque fácil era despertar a su pareja que las hubiera encontrado en lamentable estado y con voces a su lado.

Sin hacer caso, la voz miró a su alrededor y prosiguió con su parlamento.

\_ Van otras joyitas que me representaron divinamente, Mao Tse Tung quien se llevó en el buche a más de 70 millones de chinos. Y Josef Mengele, “el ángel de la muerte” como se le conocía por sus atrocidades con los judíos y los experimentos diabólicos dictados por mi inspiración. Va otra perla: Al Capone que puso de manifiesto el poder del gatillo a su santa gana. Y Pol Pot, uno de mis favoritos, no respetó ni la vida de su mujer ni la de sus hijos, además de diezmar la población camboyana con minas a las que llamó “solados perfectos”. Hombre corajudo que cumplió con el mandato del mal a cabalidad. Y este

loquillo de Charles Manson, con misión de ángel exterminador, igual que otros que escucharon bien mi voz.

\_ Ya basta de nombrar tanto malparido, me tienes muy mal- dijo Hortensia.

Mirando a cuatro ojos a Lina, que se embutía en el sillón, continuó con entusiasmo hablando de las posiciones del mal, como si le diera lugar a inventarse un Kama Sutra de la Maldad con posturas frente a lo malévol.

– Se trataba de un campesino del gobierno de Saratoff, que formó la Secta de los Comerciantes del Paraíso. Predicaba entre 1885 y 1892 la absolución de pecados por medio de ofrendas en especies. Aseguraba a sus prosélitos que se debía apurar el esqueleto, pues quedaban pocos sitios para ocupar en el paraíso; y que pertenecían a dos clases: de primera por los que cobraba diez rublos con derecho a descansar en un sofá celestial, y de segunda los que pagaban cinco rublos con derecho a sentarse por toda la eternidad en un vulgar taburete. Sus cándidos paisanos rusos se privaban de lo más indispensable con tal de adquirir un asiento confortable en la vida eterna mientras ingenuos observaban el cielo cómo para adivinar cuál partecita les tocaría en suerte. Astuta la maldad sale ganando- comentó la voz en risas.

–O sea como se parcela hoy día cualquier terreno - admirada contestó Lina.

\_ Pero con la diferencia que el terreno es palpable, en cambio lo relacionado con el cielo ¡quién sabe la verdad! Ni los aviones lo conocen a fondo, sólo se adentran entre las nubes, a veces con rayos y truenos que pueden tumbarlos con la fuerza de lo oculto, como suele suceder en el Triángulo de las Bermudas, sitio de misterios aún por resolver – argumentó la voz aclarando una ronquera por el humo de un cigarrillo que prendió Lina.

\_ Deja de fumar. Te dará cáncer en el pulmón, y ya empiezas a caerme bien desde tu confesión. Cuando la gente hace cosas malas como robar, mentir o

matar las protejo. No quisiera otorgarte ese sufrimiento, lo reparto a diestra y siniestra con placer a los buenos. Mereces otra suerte – aseguró la voz.

\_ Veo que tienes tu corazoncito- replicó Lina.

\_ Claro, bien endurecido, pero uso truquitos para ablandar espíritus- reviró.

Como iba en sus reflexiones Hortensia prosiguió con la pierna cruzada.

–Tienes razón los enigmas del cielo permanecen tan inciertos al hombre aún cuando los detalla, los estudia o los admira con sus arreboles de maravilla.

–De estupideces de ese tipo está lleno el mundo. Como aquellos que hablan de la domificación cabalística del cielo o de la metoposcopia. Afirma que hasta las fatalidades de la existencia se escriben en las arrugas y el porvenir es fácil de conjeturar o adivinar, porque el cuerpo humano atrae e irradia energías que se pueden analizar. Imantado de un magnetismo andrógino reacciona sobre las dos potencias del alma: la intelectual y la sensitiva. Desde tiempos inmemoriales, hordas malignas vienen tratando de interrumpir la obra del hacedor, confundiendo, extraviando y destruyendo a su criatura predilecta: el hombre. Bajo potencias como la mía pactan con personas ambiciosas a cambio de poder y placer, dando lugar a conceptos ancestrales como la nigromancia, la brujería, la magia negra, la venta de almas; y hasta promoviendo actos asombrosos y desconcertantes de posesión del demonio con adeptos a sectas diabólicas cada vez más en aumento, que fomento- dijo.

\_ Asunto fascinante –profirió Lina mientras escuchaba risitas irónicas.

Hortensia nuevamente manoteó hacia el lado donde creía encontrar la voz.

– ¡Del tema sé mucho yo! –dijo tras un largo yo que de nuevo las sacudió.

–Chut, va en serio. Si Juan se despierta se armará la de Troya- cortó Hortensia al dirigirse hacia la puerta para verificar su cierre perfecto.



–¡Je, Je! Esa es otra batalla que conozco bien y me la disfruté mucho como tantas en las he participado, pero sigamos con el tema. Me interesa la visión dada por los humanos –replicó la voz haciendo temblar hasta las paredes.

–Brujos y hechiceros con un trabajo malvado sobreviven a la historia. A través de él, hombres inescrupulosos, pactados y compactados con el diablo abusan de voluntades débiles e imperfectas para ser dominadas. Dándole forma humana y nombre a imágenes de cera, mezcladas con ceniza de hostias quemadas y aceites bautismales; utilizando cabellos, sangre, dientes y prendas de vestir diversas para hacer daño; y hasta usando animales, que luego matan para producir el mismo efecto en la persona odiada, a la que pretenden destruir. Cometan los más horrendos crímenes haciendo uso de capacidad de manejo de las malas energías, expertas en otras leyes a su antojo –interrumpió Hortensia, quien había trabajado el tema intensamente gracias a varias entregas de crónicas realizadas en el Pacífico colombiano.

Sus artículos investigativos le permitieron obtener el premio nacional de periodismo debido al tratamiento riguroso y serio.

Emocionada la voz vociferó a sus anchas mientras se reafirmaba en risas.

\_Todas esas cosas salen del mismo semillero de mi esencia, inspiradora de oráculos demoníacos como los de Catalina de Médicis y las abominables misas negras de la Marquesa de Montespán o las ceremonias sexuales de Alaixer Crowley o de la Iglesia de Satán, entre otras expresiones. Proviene de la naturaleza de la goecia y la nigromancia de la cual me ufano de hacer parte ya que sus manipulaciones honor me rinden- consignó la voz.

–¡Vaya emoción la que manifiestas al desnudar tu esencia! Pero cuando los velos de la mentira desaparezcan, nunca más se repetirá. La verdad triunfará.

\_No seas ingenua, Hortensia. El mal será la Verdad! –gruñó la voz.

Arremetía con choque de dientes, molidos los unos contra los otros.

\_ ¡Y saben qué, no les daré más explicaciones! –retrucó reventando focos.

Confundidas las amigas observaron cómo peligrosamente una pared del salón se rajó. Y otra vez un terrible olor a desagüe las invadió en tinieblas.

–Está bien, está bien –intervino Lina aterrorizada.

–Háganle ya caso a ese macho de mierda y apaguen motores –repuso la voz.

\_ No te amargues, sólo queremos descubrir misterios. Por favor cuéntanos la historia que cobija a tantos personajes en poder del mal- pidió Lina.

–La verdad está viva. Se adueña de los que la escuchan conmovidos. Nada es más hermoso y consolador que la explicación bíblica representada por un Dios iritado, arrepentido o variable con los hombres. Esas contradicciones pertenecen a la figura de la sombra. Entiéndanlo. Espejismo de pasiones humanas. Y siempre, radiante silueta de luz se torna brillo y calor. Por ello los antiguos maestros sostuvieron que la imagen de la divinidad mantiene dos caras: una que mira los crímenes y se enfurece; la otra que contempla la eterna justicia y sonríe, pero yo me complazco con la maldad, a la vez huésped y anfitriona del hombre. Cumple doble función en el mal.

– ¿O sea tenemos dos dioses? – le preguntó Lina sin entender el argumento.

–El dios de luz pertenece a prudentes. El dios de la oscuridad es el soñado por los insensatos. La locura ve todo al revés y la faz que las multitudes adoran no es sino el anverso de la ficción divina, la sombra, mi reino.

–Ahora sí que nos dejas en ascuas. No comprendimos nada de nada y creo que es tiempo de renunciar a tanta filosofía para abrazar el sueño.

Ya cansada la voz se paseaba de rincón en rincón mientras el par de mujeres anhelaban pescar su presencia, como quien caza una mosca.

–Quédate quieta –propuso Lina en tono enervado.

–Nos vas a dar tortícolis –dijo Hortensia a modo de chanza mientras manoteaba hacia el lado de donde emergía la voz.

\_ No pienses que me alcanzarás, ilusa. Yo puedo verte mientras que tú, no. Puedo alejarme a voluntad, subir o bajarme en el espacio, así como retirarme de tu alcance. Tus manos son como mariposas que puedo aplastar, así que no sigas en el intento de tratar de agarrarme porque jamás lo lograrás y yo puedo desplegar mis armas: venenos, puyas o inyectar virus a voluntad.

–¿Qué, todo eso manejas con el don de la invisibilidad y imperceptibilidad?

\_ No hagan tanto escándalo de mi “invisibilidad imperceptible”, cómo será cuando sientan en directo mi mirada que sabe matar.

–¿Qué?¿También conoces del “mal de ojo”?¿Sabes qué es eso?

–El “mal de ojo” es el influjo maléfico que una persona ejerce sobre otra. Hay miradas intensas. Penetran hasta lo más recóndito. Los griegos creían que del ojo salía un vapor tenue, en combinación con el estómago que se introducía en el “ojeado”. Los persas, para evitar ese influjo, no comían a la vista de los perros, leones ni gatos de Algalia; y algunas tribus árabes afirman que los ojos de una mujer en estado de menstruación envinagran la leche; y que el ojo, como lo aceptaba el propio Mahoma, irradia proyecciones mentales. Algunas veces pacíficas y otras como la mías destructivas conforme el estado evolutivo de la persona que escojo con tales fines – vociferó la voz.

–Sé que en la India y Persia, el mal de ojo es una ciencia entre sus sabios, y una creencia corriente entre el vulgo, como lo es en la mayoría de las poblaciones andinas. Cuando un niño de un momento a otro comienza a llorar

y sin que nadie pueda consolarlo, dicen que lo han ojeado y se cuidan de la persona que identifican como ojeadora – divulgó Hortensia.

Gracias a las enseñanzas de su abuela peruana sabía de costumbres ancestrales pero también manejaba una vasta cultura universal.

–Leí una historia del Jalifa Sulaimán Ben Abd Al Málek. Dicen que subió al púlpito para dirigir un sermón a sus fieles. “Yo, el rey joven- dijo, no pudo continuar más”. Ante el asombro de sus súbditos, bajó sin proferir palabra y volvió a su palacio. Desde ese día no pudo cohabitar más con sus esposas. Un cronista de la época interpretó que el mal de ojo como fenómeno destruyó la juventud del Jalifa –anotó Hortensia, apasionada por el universo de los mil velos y el legítimo Kama Sutra, su libro de cabecera.

–En Italia, principalmente en el sur donde las pasiones resultan expansivas y ardientes, se denomina “jettatura”. Recomiendan para evitarla, dominar los instintos, y me encargo de reforzarlos. Pero mejor ya me voy - dijo la voz.

Terca, Lina con su gran tamaño dibujó una gimnasia con sus palmas al pretender asir el ente, desconociendo la naturaleza verdadera de esa voz. Vanos resultaron los intentos de atrapar a su interlocutora quien se mofaba y desplazaba a gran velocidad. Parecido a Ahrimán devastando con su fango de chiquero las tinieblas o el dragón de las más infernales teogonías, que bien sabía interpretar. Representaba en su voz las fuerzas del mal y se entrometía en cualquier lugar. Esta vez atraída por la escena del robo, se introdujo por una ventana a presenciar la escena. Se encontraba cerca de la casa de Hortensia en un salón con el ruido orgiástico de Viterbo el hechicero, un brujo siniestro y extravagante que se había instalado a cuadra y media. Cínicamente creía que invocaba el Shem Hamephorash, el Secreto Nombre de Dios, a pesar de su identificación con el infierno. Dirigía una secta denominada Los Napoleonianos. Celebraban las hazañas de Napoleón en Waterloo, Austerlitz y Jena. En actitud de idolatría se postraban de rodillas ante su busto, creyéndolo



–Tienes razón –replicó la pequeña en tamaño más jamás en medida interior.

–¿Podremos invocarte a voluntad o manejas horarios como la oscuridad.

–La respuesta me la reservo pues verán muchas cosas más antes de penetrar los secretos de la violencia. Soy su esencia con voz propia como la oyen.

El par de mujeres con la quijada en suspenso, decidieron tomar el camino hacia el cuarto de cada una para sopesar mejor una escena que parecía arrancada del sumario de los imposibles o tal vez para más tarde estar despejadas de la intoxicación etílica y poder confrontar si todo había sido fruto de la imaginación al servicio del trago. Sabemos de los efectos que produce ese líquido endiablado cuando en exceso se hace parte del cuerpo y deja la mente en notas al viento, donde todo por sus efectos se tergiversa. Ebrias pensaron que así como en la soledad de Adán, fueron engendrados espíritus elementales nacidos de sus ensueños cuando aspiraba a la mujer que aún Dios no le había concedido, el alcohol había dado apertura, como la sangre de los célibes a quien Paracelso decía que poblaba el aire de fantasmas. Las larvas creadoras tenían un cuerpo aéreo, formado por el vaho de la sangre que en otro tiempo se alimentaba del humo de los sacrificios. Presente ser invisible, antropomórfico y simbólico que imitaba a los que la evocaban, y era la esencia con voz de violencia.

Abandonaron el recinto por el exceso de cansancio. Lina se fue a duchar y la voz hizo otro tanto. Hortensia se hacía al jolgorio erótico con expresión de silencio prolongada mientras se iba desabotonando la blusa color salmón para llegar al lecho de su esposo, ya casi desnuda.

Debajo de la ducha, la voz de la violencia reflexionaba que no existe nada maldito en la Naturaleza que fuera objeto de reprobación. Lina como sincronizada con su pensamiento, en monólogo se dijo así misma que el mal no es un principio sino el oscurecimiento del bien y que el diablo no tiene más que

un imperio efímero, y que luego de una serie de expiaciones, volverá al Bien, perdonado; con un infierno conquistado en delicias.

En paralelo la voz cantoneaba debajo del agua, "Mambru se fue a la guerra". Estaba contenta, pronta al oficio que más le gustaba, estar entre sangre y aupar al enemigo para que le diera duro en la jeta al otro. Más sangre veía, era como un orgasmo para ella. En deleite vivía el destrozo o la calamidad de una batalla. Se embelesaba observando un campo de luchas. Traicionera le indicaba al oído a cada soldado donde se encontraba el otro para ser banquete de su euforia cuando el enemigo lo ensartaba. A estas alturas del antojo, le fascinaba ver que el soldado mataba a su hermano de bando. Ella en cuanto a carnicería se gozaba cada acto mientras más brutal fuera. Pegaba saltos en el aire al manifestar su intensa alegría derramada en lágrimas de dicha, que se producían de manera automática como una fuente inagotable de aguas en éxtasis, mezcladas a su sonido de existencia.

Ya al desayuno, casi al medio día, Hortensia y Lina recordaron que habían leído que ni los espíritus de personas muertas ni los ángeles se manifestaban cuando eran invocados por el espiritismo, y que los que se aparecen son impostores. Que existen fuerzas demoniacas que vivieron siempre con las personas y conocen su idiosincrasia y personalidad, los secretos de su vida y sus maneras y que a su muerte son capaces de reproducir su voz, sus contornos físicos y fisonomía con determinados propósitos. Creían que era genuino dudar de esa voz sin envoltura corporal que alegaba dominio sobre el mundo. También trajeron a colación el hecho que el 3 de octubre del 2002 en el Programa "La alegría del mediodía" de Panamericana Televisión, se presentaron ante la animadora Jannet Barboza, en Lima, un hombre y una mujer, que aseguraron estar pasando por la peor tragedia de sus vidas, desde que en 1998, como jugando y por curiosidad, comenzaron a manipular un tablero llamado huija para invocar espíritus. Al comienzo se espantaron porque comenzó a moverse sin que mano alguna lo activara, y al ser requerido para que se identificara el

espíritu manipulador, dijo llamarse Gabriel y ser un arcángel. Al día siguiente, lo volvieron a invocar sin el espanto de la primera vez y a hacerle una serie de preguntas privadas, que concertó acertadamente y entonces repitieron una y otra vez, como una adicción, la experiencia. Alguien les dijo que era peligroso manipular ese tipo de instrumentos satánicos, y lo dejaron. Pero el espíritu invocado, no obstante de haber transcurrido diez años, se negaba a irse, perturbándolos incesantemente y agobiándolos en donde se encontraran, impidiéndoles dormir. Les jalaba violentamente del cabello, causándoles graves trastornos en su psiquis. ¿No sería que éste podría tratarse de un caso similar?

Al par de amigas se les sembró la duda si la escena había existido en realidad o si había sido cosecha de los brebajes de una noche de confesiones al destape más cruel de las sombras interiores de cada una.

A la voz le encantó pensar que a esas dos "vivas-pendejas" las había engañado con su juego, y partió con la nariz en alto hacia otros confines en búsqueda de emociones más descarnadas, feliz de la duda sembrada ya que cualquier tipo de confusión era alimento para la voz de la violencia, nutrida del mal y malestar humano, tantas veces sinónimos.



## CAPÍTULO IV

### ADRIÁN

Ya en otro escenario, la voz de la violencia buscaba nuevas fuentes. Reforzaba su esencia al husmear bisoños personajes para torearlos. A Lina y Hortensia les había dejado un sabor amargo, sin que ellas supieran si su presencia había sido fruto de una fantasía, de la locura que genera la bebida o simplemente una verdad por descubrir. Ante la duda, existe vendimia de violencia debido al temor, un sentimiento que el miedo conoce con expresiones de agresión o máquinas de guerra.

Se introdujo en el estudio de un joven historiador. Escribía una conferencia sobre los efectos y desastres de la II Guerra Mundial. Ella como buena metiche y chismosa, amaba meter la nariz en asuntos que la relacionaran con sus íntimas manifestaciones. Atraída por el tema llegó con alas desplegadas a la nueva geografía que era Asunción, capital de Paraguay, pasando por las Cataratas de Iguazú para refrescar sus bríos ante la fuerza telúrica de las aguas. No tenía ningún problema para viajar por tiempo y espacio a sus deseos. La historia la nombraba a cada rato y ella, orgullosa de su condición sacaba a relucir las garfas en el presente. La voz de la violencia no precisaba de pasaporte y menos se le conocía nacionalidad. Era sí de forma definitiva; ciudadana del mundo y ino de la mejor categoría! Tenía en su haber la pésima fama de la maldad, que lejos de ofenderla la estimulaba en seguir con el mal en su pecho.

Dentro de sí la Voz tuvo el eco del escrito de Adrian Sinisterra, paraguayo de unos 30 años, que reconocía que la Primera Guerra Mundial declarada en contra de la humanidad, no fue por el conflicto, que entre 1914 y 1918, se

desarrolló en Europa, apoyada por Rusia en las colonias alemanas y en los mares del mundo por el afán del Imperio austro-húngaro de acabar con Serbia, en donde existía un poderoso foco de agitación eslava, a partir del asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona de ambos países , sino una guerra declarada por Satanás contra Dios y los hombres. Violencia que comenzó a deambular por las veredas del Universo desde que mujer y hombre fueron expulsados del edén para toparse con su suerte en garras de lo malévolo o la existencia de un Cronos devorando a sus propios hijos en la cultura griega.

Adrián, brillante en sus conceptos y claridades sobre la Historia era un joven de aspiraciones políticas en ese pequeño terruño, cuyo mandatario obedecía a leyes de la Iglesia pero a su manera. Su luz de razón le daba pie para enfrascarse en una discusión consigo mismo y contra sus compatriotas que de la Historia Universal relativamente conocían poco, como muchos otros pueblos del continente más interesados por el quehacer cotidiano que por la lucubraciones de un pasado.

–Pueblo, desconocedor de la Historia, irremediablemente está condenado a reincidir en sus errores –se repetía en voz alta al escribirlo en letra clara.

La voz con su vista avisada recorrió el texto de Adrián. Leyó en voz baja tan imperceptible que el historiador sólo escuchaba un murmullo que le recordaba el zumbido de un insecto en lejanía.

La duración de la violencia superaba todos los límites, incluso los de la II Guerra Mundial generada entre 1939 y 1945, por los errores del Tratado de Versalles. La crisis económica, la hambruna y las rivalidades entre países donde florecen nazismo y fascismo, y las democracias occidentales y el comunismo por otra intensificaron el proceso. Fue la guerra más larga y destructiva de la historia. Y tanto la I como la II Guerras Mundiales que conocemos, son parte del gran plan militar de disidencia, destrucción y muerte, desde frentes móviles

y fijos, declarado sin piedad por el más terrible especialista de la maldad que existe, escribió el joven con mano temblorosa. Tenía la virtud de revivir los acontecimientos con la virulencia del ayer debido a su sensibilidad social. La demostraba con mayores dosis en las apreciaciones y por ende sus conferencias se hacían tan vitales ante el corazón del oyente, que bebía sus frases y el terror de los futuros conflictos.

En este punto de la lectura, la voz sacaba sus colmillos como quien se apresta a succionar sangre, desde su invisibilidad al percibir el dolor de Adrián, quien se secaba una lágrima sobre su escrito.

—¡Qué ridículo! —se avergonzó por la expresión de sentimentalismo.

Algo en su interior traicionaba su racionalidad en exceso, la demostración de sensibilidad le indicaba rutas internas que pensaba aplacadas. La voz embelesada con el discurso y con la pena moral de Adrián que la traían a su estado más esencial, pegó la oreja.

—Todas las guerras, según el mundo, por más necesarias y justificables que parezcan, motivadas por las grandes desigualdades internacionales o por la existencia de graves motivaciones de represión, inmoralidad o injusticia, se acercan a los propósitos del diablo. Se suman a esa primera guerra mundial, la guerra del engaño, que aún no termina y cobra millones y millones de víctimas desde el tiempo de Adán y Eva hasta nuestros días. Sun Tzú, uno de los más grandes teóricos de la guerra del mundo aseguró que toda guerra se basa en el engaño al enemigo. Y decía: *"Cuando seas capaz, finge incapacidad; cuando estés activo, simula inactividad. Cuando te halles cerca del enemigo, haz que parezca que te encuentras muy lejos; cuando estés muy lejos, haz que parezca que te hallas cerca. Ofrece al enemigo un señuelo para atraerlo; finge desorden y golpéalo. Cuando el enemigo se concentre, prepárate contra él; cuando sea fuerte esquivalo. Encoleriza al general del enemigo y atúrdelo. Aparenta inferioridad y alienta la arrogancia del enemigo. Mantenlo en la*

*necesidad de hacer grandes esfuerzos y haz así que se desgaste. Cuando el enemigo esté unido, divídelo. Atácalo donde no se halle preparado; salta sobre él cuando menos lo espere. Estas son las reglas estratégicas decisivas para lograr la victoria”.*

Mientras la voz por encima del hombro de Adrián continuaba leyendo una y otra vez para relamerse con las palabras que hablaban de ella misma, se frotaba las palmas como quien goza de una golosina conocida.

–La guerra, según el estudio de las sociedades primitivas, no puede atribuirse a ninguna característica instintiva o inevitable de la especie humana. A pesar de que su capacidad para la agresión sea un hecho universal, existía mayor unidad en los seres más primitivos, mostrando a su vez que el hombre grupal sabe respetar leyes y sabía adherirse a la convivencia por responder a una tendencia natural del ser, olvidada en nuestros tiempos donde el egoísmo hace gala de presencia. Hay que ver los indígenas que habitaban tierras de Norte América, cómo recibieron a los inmigrantes europeos con atenciones varias hasta que se voltearon contra ellos en exterminios.

Frente al conferencista se encontraba un espejo de pared, donde seguramente el intelectual se miraba para salir de forma impecable a la calle y a sus compromisos. La voz se regodeó mirándose. Ella sola veía su forma. Estaba untada de sangre y con colmillo a flor de labio. El mismo que se chupaba con agrado pues estaba frente a un texto que la hacía vibrar.

El Libertador San Martín solía decir que la guerra es una necesidad dolorosa. Pero todos deben saber que el enemigo de Dios la ha usado para consolidar su trabajo de destrucción a través de la violencia. Para los utópicos de Moro, no hay nada más deleznable que la gloria conquistada por ese medio pero para la voz de la violencia era su deber motivar mayores derramamientos de sangre y bajezas en la condición humana.

Nunca se había visto tan bien retratada y por ello más se contorneaba frente al espejo. Y quiso hablarle al oído del joven.

–Aquí estoy y soy la voz de la violencia –dijo mientras despedía olor infame.

El joven atemorizado viró la mirada hacia el espejo, sin encontrar otro reflejo que su propio cuerpo. Pensó: “me debo estar volviendo loco como las mismas guerras que obedecen a la locura del guerrero o del asesino”.

La voz sabía leer pensamientos gracias a su astucia a prueba de bala.

–No te hagas el idiota, bien sabes que la violencia tiene su propia voz- dijo.

El muchacho se encogió de hombros y se puso a temblar ante la voz.

–No es que eres tan versado y que sobre mí te atreves a disertar, pues ahora sabrás quien soy por mi vozarrón que sabe golpear donde toca.

Y en una muestra de violencia se le acercó para sujetarle los genitales. De un manotazo Adrián se libró de un agarrón en mala parte.

– ¿Quién habla? –preguntó haciéndose el fuerte aún en temblor.

Se aflojó la corbata, pronto a algún combate ya que era experto en karate.

– Ya te dije que soy yo, y no me hagas rasguñarte para que entiendas que soy la propia violencia, pues vuelvo y te manoseo las bolas.

Adrián se parapetó tras un biombo chino, herencia de la abuela paterna.

–¿Y qué huele tan mal? –inquirió desde el rincón husmeando la fetidez.

–Pues esa es mi esencia: el hedor.

–Oye yo sé que todas las fuerzas derivan de Dios aún las negativas pero ¿qué te trajo hasta mi casa?, maldita bruja o espíritu endiablado.

\_ Pues tú me llamaste con el tema que traes a colación. No ves que me filtro por donde quiera y aparezco aún sin razón. Más aún cuando me la ponen en bandeja de oro como tú que en realidad me estabas invocando.

Aclarando la voz Adrián se asomó detrás de la mampara.

\_ O sea a través tuyo se crea la herramienta del enemigo para consolidar esa guerra del engaño permanente – suspiró.

–Piensa lo que te dé la putísima gana. La guerra de las cruzadas, desarrollada durante dos siglos, entre los años 1090 y 1270 D.C. como una misión presuntamente de fe, quería limpiar Tierra Santa de turcos, musulmanes, judíos e infieles para recuperar el Santo Sepulcro. Fue una de las más grandes y sangrientas tragedias de santos y locos, propiciada por el diablo. En ella participaron papas, reyes, emperadores, guerreros y comerciantes lunáticos, penitentes y aventureros, mercenarios, perdiéndose más de dos millones de vidas humanas del total de la población europea, que en la Edad Media se calcula era de 28 millones de personas. ¿Me tendrías que culpar a mí de ese fracaso, pues no sólo Palestina y todo el próximo Oriente quedaron bajo el dominio del Islam, sino también toda la cristiandad oriental de Bizancio. Aberrantes actos de blasfemia, saqueo, derramamiento de sangre, destrucción y muerte se propiciaron de forma incontrolada. Y yo estuve ahí chupándome los dedos con banquete de alto tourmequet.

Una larga risa cínica invadió el estudio mientras arrogante la interlocutora prosiguió con la exposición y con lujo de detalles de su participación.

–Estuvo de por medio la mano ignominiosa de poderosos principados demoníacos, que también son de mi naturaleza –añadió muy contenta.

– ¿Y por qué echarle a ellos la culpa de esa debacle? Si en realidad como lo planteas, tú eres el mismo Satanás, personificado en guerras.

Espantando el olor a pocilga con las manos, Adrián se acomodó en la silla y tomó de la mesa un desodorizante en spray que empezó a oprimir para contrarrestar el mal olor.

–Y por favor deja de echarte esos hedores o me salgo de aquí.

–¡Je, je!, no seas ingenuo. Tengo la propiedad de seguirte adónde sea. Y puedo hasta quedarme en silencio y botarte toda mi hediondez sin que puedas hacer nada al respecto, porque yo sé donde estoy, mientras tú jamás me verás. Y con el aromatizador sólo agudizas el mal olor. Recuerda que en las cortes de Francia y las europeas inventaron los aromas para mimetizar el hedor, pero perfume con pestilencia a bordo, huele aún peor. ¡Esa mezcla no la resisto ni yo! –añadió en tono de burla.

–Contigo cualquiera la lleva perdida – añadió ya más sereno.

–Y te contaré más: el acusador metió sus manos llenas de sangre y de vergüenza entre los vencedores de la II Guerra Mundial, de 1945 a 1962, en la guerra fría, cuando la división del mundo en dos bloques antagónicos, separados por el “telón de acero”, el Plan Marshall de ayuda a Europa occidental y la política agresiva del Secretario de Estado norteamericano Foster Dulles, contribuyeron a crear un clima de tensión y suspicacias, que se tradujo en el bloqueo de Berlín por la URSS. Y hay más que quita el oxígeno: e l estallido de la guerra de Corea (1950) y la crisis del Caribe o de los misiles en torno a Cuba todo ideado por mí- espetó con burla.

Entrado en calor con derroche de conocimientos sobre temas apasionantes como era el abanico abierto sobre hechos históricos, Adrián se envalentonó.

–Pues ya que eres tan erudita, voy a complementarte tus hazañas. De seguro propiciaste la guerra de África (1859–1860), la guerra de Devolución (1667–1668) y la de Secesión (1861–1865), la guerra de Separación de Cataluña (1640–1652), la de Sucesión Austriaca (1740–1748), la de Secesión Española

(1701–1714) , la épica y legendaria guerra de Troya que enfrentó a los troyanos con una coalición de pueblos helenos y en la que, según la leyenda, París hijo del rey Priamo, al raptar a Helena, esposa de Menelao, rey de Esparta, provocó la lucha con los aqueos que sitiaron Troya durante 10 años al conseguir apoderarse de la ciudad gracias a un caballo de madera en cuyo interior se ocultaron –reviró satisfecho al mostrar su cultura.

–Cierto. Y estuve en la guerra de la Independencia española (1808–1814), la guerra de la Independencia Hispanoamericana (1824) y la de la Independencia norteamericana (1775–1783). Hice flamear sus banderas en la guerra de las Dos rosas que en el siglo XV enfrentó a las casas de York y de Lancaster, la guerra de las naranjas que en 1801 sostuvieron España y Portugal; la guerra de los cien años sostenida en los siglos XIV y XV por Francia e Inglaterra, la de los siete años que en 1756–1763 enfrentó al bloque formado por Inglaterra, Prusia y Hannover contra la alianza de Austria, Francia y Rusia, y más tarde por el Pacto de Familia de 1761.

\_ Sabía que frente a mí tendría un tigre pintado para recrearme contigo.

\_ Y puedo seguir porque los hechos los tengo frescos en la memoria. El enfrentamiento europeo de Hasburgos y Borbones. ¿Y sabes qué?, me sentí tan dueña de la situación porque me dieron gusto, fue bacanal de sangre y yo entre más brote más feliz soy.

–iDe verdad que has estado ocupada! - repuso Adrián a manera de chiste.

–Y las que me faltan, porque no creas que la violencia va a acabarse. Soy potente y desafío a cualquiera. Me visto de mujer para seducir y clavar el puñal cuando menos se espera. Conozco mis encantos y de traiciones me visto el alma que enluto con rojos.

–iEs que además de violenta eres traidora! ¡Y pretendes tener alma!





\_ La bomba atómica- vociferó.

\_ Déjate de jodas, por favor.

\_ Es para que empieces a tenerle respeto a la voz de la violencia.

–Pero y ¿qué papel has cumplido en las guerras de Dios?

–¿En las guerras de Dios?¿A qué te refieres? –palanganeó la voz

–No te hagas la imbécil: me refiero a las guerras santas. Si examinas las leyes militares en las Sagradas Escrituras, sobre todo en Deuteronomio 20 y Números 21:14, te darás cuenta que siendo las guerras dolorosas y desagradables, cuando las mandaba Dios se justificaban como obras de restitución necesarias.

–Como las guerras de las Cruzadas.

–Bueno, esas no creo que las haya mandado Dios.

–Tienes razón; pero en la batalla contra Median, por ejemplo, 12 000 soldados de la Tribu de Rubén, 74.600 soldados de Jielá y 35.400 de Benjamín quemaron sus ciudades, mataron a sus hombres, se apoderaron de 675.500 ovejas, 72 mil cabezas de ganado, 61 mil asnos y 36 mil mujeres solteras, sin haber perdido un solo soldado, porque contaban con la protección del Omnisciente; y allí no me meto. Y en otro ámbito, Débora y Barac con un pequeño ejército vencieron a Sísara con la ayuda de Dios, pero de esto me gusta hablar- dijo con la voz botando un perfume maravilloso.

Adrián se percató que el aroma provenía del espacio adonde estaba la voz.

–¿Y ahora te cansaste de tu hedor?

\_No, que va, sólo que cuando se habla del Bien, el hedor desaparece.

\_ Así hueles mejor.

\_ ¡Quién dijo que me interesaba oler bien! Al carajo con los perfumes.

Y se echó un soberano gas con el dejó impregnado el estudio de fetidez.

\_ La naturaleza no entrega las llaves de su cámara nupcial a los miserables – acotó Adrián sabiendo en lo más recóndito de su ser que le había propinado a la voz un golpe seco, a pesar de su venganza al echarse un fosforecente gas.

Fanático de la historia por ser su profesión y conferencista de alto vuelo histórico. Además por haber recibido de sus profesores de historia la entrega de la información con amor y dedicación. Estímulo grande para un estudiante que vibra con la materia. A pesar de que a la voz sólo gustaba de los acontecimientos violentos, Adrián se subyugó al constatar cómo la bendita se paseaba por los acontecimientos con propiedad y conocimiento de cada detalle sin que le fallara ninguno en el discurso ni en la memoria.

–Los cojudos de los seres humanos nos la hemos pasado sacándonos la mierda entre nosotros por los siglos de los siglos y sin comprender el alcance de tu maniobra. Nos dejamos conquistar por tus encantos. ¡Que pocos no deben ser!... pero por favor bájame ya el olorcito que me tienes mareado.

De repente entra al estudio una hermosa muchacha y el hombre se vio en apuros para mejorar el ambiente y comenzó a mover rápidamente los brazos.

–¿Qué haces, Adrián? –preguntó mientras lo observaba sacudir el aire.

Incómodo por la interrupción y por haberse dejado pillar en una actitud que nadie comprendería, disimuló bajando lentamente la mano.

–Es que una mosca no ha dejado de rondarme.

– ¡Y tú, de seguro andas mal del estómago! Voy por un insecticida, ya mismo – le contestó quien parecía ser una pariente debido al parecido físico.

Salió del estudio oprimiéndose las fosas nasales.

– Por favor vete ya, que van a pensar que me enloquecí y hazlo antes de que regrese, pues no quisiera que mi hermana te descubriera- le pidió Adrián.

–Déjala que me perciba, con ella también libraré una batalla.

–Va de retro Satanás. No, te lo suplico con ella no, pues de estas cosas poco sabe y no anheló mortificarla.

–Buena oportunidad para que las aprenda y yo con su desazón, me sentiré de pláceme –contestó en forma de reto

Al poco tiempo volvió la muchacha con un atomizador y empezó a rociarlo.

La voz empezó a estornudar.

–¿Quién estornuda? –intrigada preguntó Rosa.

Sacándola de manera disimulada hacia la puerta, como quien no quiere ser interrumpido le dijo suavemente.

–Debe ser un transeúnte- anunció acercándose hacia la ventana.

–Bueno, te dejo trabajar y recuerda que dentro de 15 minutos cenaremos.

– Está bien, Rosa, apenas esté servido me llamas y bajo enseguida.

Le acarició la cabeza para tranquilizarla pues en su mirada se plasmó una expresión: vaya si se le ha corrido la teja a mi hermano por tanto estudiar.

– Ay Adrián, déjate de tanto estudio que la política te va a matar.

–No es la política sino tratar de enderezar las cosas.

–¡Te sientes salvador del país!

–Alguien tiene que preocuparse de una buena vez por todas de ordenar la casa

–comentó mientras cerraba la puerta con una incómoda toz.

–¿Acaso serás tú? –susurró detrás de la madera en tono burlón.

–Por lo menos déjame trabajar tranquilo hasta la hora de la cena.

Y aclarando la voz, siguió con su planteamiento.

–Vaya, recién entiendo el rol que desempeñas en el mundo, pues no hay guerra sin violencia. Lo que no entiendo es, ¿por qué tiene que ser todo así?

–Algún día lo entenderás. Todo responde a un Plan y el fin está por llegar.

– Qué pretendes decir: ¿Se viene ya el fin del mundo?–tartamudeó Adrián.

–No pienses que mi trabajo se resume solamente a ser parte compulsiva de las guerras. Porque hay guerras menores, pero de gran peligrosidad moral que se libran diariamente en los hogares en donde se ven enfrentamientos y alianzas perversas entre los miembros de la familia, pérdida de confianza entre ellos, generándose climas de mentira, hipocresía y manipulación; la identidad fanática con paradigmas adictógenos: Bob Marley, Kurt Cobain, The Doors, Jim Morris, etc; bajo la profundización de rasgos de comportamiento disocial, rebelde o antisocial, presencia de síntomas adictivos de irritabilidad, explosividad, impulsividad, intolerancia a la frustración, baja autoestima, hastío, soledad, infelicidad y todo lo relacionado con una energía negativa. En ese ámbito yo trabajo, y entre más conflictos existan más razón de ser tengo en este planeta.

Ante el llamado de la hermana, Adrián salió del cuarto acelerando el paso, no sin antes despedirse de la voz.

–Nos volveremos a encontrar. El tema da para mucho y la cena no espera.

–Quizá en algún otro momento vuelva a visitarte pues sabes tanto que a lo mejor me puedes enseñar algo que me sea nuevo y así podré valerme de tu sabiduría para volverme aún más astuta y repugnante.

–En cuanto a nauseabunda ya ganaste sitio de honor, mira no más el olor que despides... llenas la atmósfera de pestilencia –afirmó Adrián.

–En la maldad todo se estrena porque cuando los sentimientos son bajos, cualquier artimaña vale y el mal olor me identifica claramente. Ahí donde la carroña vive, me aposento con corona en brillos.

–¡Soberana mierda...dirás! –le interrumpió Adrián.

\_ No sólo: Ira Violación como se me conoce- dijo acentuando su nombre.

\_ ¡Mejor nombre no te hubieran podido dar!

Le reviró con una frase lapidaria, que de seguro le alborotaría el ego a la voz. En la egolatría de las personas Ira Violación se entrometía por ser el lado denso del ego y de mando para el mal.

–Serás gran político, te lo vaticino desde ya, pues sabes verle la argucia a las cosas y a mí me dejaste descrestada con tu conocimiento de mi historia.

–No puedo detenerme más porque los viejos se ponen bravos.

–Así me gusta ver a la gente furiosa, brava, colérica en fin con dosis altas de violencia en su interior –manifestó Ira Violación con su vozarrón.

–Pues esta vez no cuentes conmigo, que yo odio fastidiar a mis padres, al fin y al cabo me lo dieron todo, hasta la vida, y mucho les debo.

–Y yo te daré la muerte, pero aún no.

–Eso espero pues aún tengo mucho por hacer.

–Y por deshacer \_ añadió entre risitas malévolas.

El portazo dejó hablando sola a la voz.

–Estos jovencitos creen que todo les es permitido, incluso la insolencia.

Cansada la voz se acomodó en un sillón y buscó los dulces sueños que para otros serían pesadillas. Siempre soñaba con desastres y les ponía aún más violencia para dormir a pierna suelta. Entre más actos o escenas agobiantes y desgarradoras le aparecían bajo su pestañar, más profundamente dormía Ira con el fuego de los sueños y el sonido de las bombas en jauría de violencias.

## CAPÍTULO V

### ANTONIO Y CELINA

Ya reposada de su estadía en Asunción, en viaje supersónico ya que iba a mayor velocidad que la de la luz, la voz llegó a Sevilla. La casa de los Pérez que se ensañaban en tener un hogar bien disfuncional fue su nuevo recinto en el actuar. Hombre de cincuenta años, Antonio Pérez padecía de celos extremos, y su mujer Celina, guapísima mujer de cuarenta veranos que le daban el mejor aire primaveral, provocaba suspiros a su paso. Asunto que dejaba al marido encendido de rabia y la emprendía contra su esposa.

– Puta de mierda, ¿cuándo dejarás de coquetear? – decía con acento andaluz.

Los vecinos se acostumbraron a sus continuas peleas. Tanto que cuando no escuchaban nada, pensaban que alguna tragedia podría haber ocurrido, y merodeaban por el jardín de los Pérez bajo el pretexto de averiguar lo sucedido. Tan habituados estaban a esas escenas, que últimamente no se tomaban la molestia de fisgonear los predios como en los inicios de los pleitos. Pero Antonio Pérez no era como se dice un ignorante. Considerado uno de los científicos más importantes de España, incluso con mayor prestigio que el francés Antoine Laurent Lavoisier, quien estableció que “la materia y la energía no se crean ni se destruyen si no se transforman”. Puso en duda la teoría atómica que planteara John Dalton y juzgó equivocada la posición de Jöns Jakob Berzelius, el químico sueco que fundó la nomenclatura química y obtuvo, al igual que Marcellin Pierre Eugène Berthelot, el peso atómico de numerosos elementos y la síntesis de diversos compuestos orgánicos. Trabajaba descomponiendo en cubas electrolíticas o voltímetros ciertas sustancias denominadas electrolitos por medio de la corriente eléctrica y en la migración iónica transportando la deposición de sustancias disueltas. Creía que



las dos leyes descubiertas experimentalmente por el físico británico Michael Faraday, según las cuales las cantidades de elemento depositadas en un electrodo son directamente proporcionales a la cantidad de electricidad que ha circulado, eran erradas. Se apuntaba como el nuevo exponente revolucionario de la química en esta época. Sin embargo había algo en él, en su océano más interno, que lo retraía a una animalidad incomprensible. Sabido es que a veces los seres presentan una dicotomía entre el nivel intelectual y el emocional. Como si ambas inteligencias no fueran compatibles en ciertos individuos. En el caso de Antonio se verificaba como tal, quizá por aquello de haber sido ratón de biblioteca durante largos años para desarrollar su mente sin exponerse al mundo exterior, al considerarlo contaminante. Un tanto por temor, debido a sus complejos como su falta de tamaño, y el sentirse que había sido un nerd desde pequeño. Se aislaba cuando era momento de socializar al concebir que sus ecuaciones eran de mayor interés que las conversaciones de salón. Sentía tedio cuando la gente se bañaba de banalidades. Era un sabio sin duda alguna cerebral, pero una alta disfuncionalidad incomprensible lo hacía perder todo sentido de la valoración a su esposa, a quien siete años atrás conoció en un burdel de alto renombre de la ciudad de Huelva. Ciudad cada vez en mayor desarrollo, donde aún existe la réplica de la carabela que le dio descubrimiento a América, visitada por curiosos que quieren revivir o ilustrar la historia. Situada cerca a un complejo universitario de fama mundial, donde aterrizan estudiantes de muchas nacionalidades.

Celina, a la muerte de su primer esposo, un dueño de bar que andaba en expendios de droga y que según lo chismes, tuvo ajustes de cuentas por un mal negocio, se refugió al año siguiente de enviudar, en las lides de mujer alegre. Su corazón poca dicha albergaba porque los ahorros se fueron gastando en asuntos legales. Ya zafada de tono sucumbió ante la necesidad del dinero fácil, abrazó la profesión sin agüero, gracias a su belleza extrema.

Al principio, Antonio pensó que podría olvidar sus antecedentes, pero con el tiempo se le acentuaron los fantasmas del pasado y se dejó llevar por celos enfermizos, inventando cualquier excusa para recordarle su biografía.

–Pero hombre, si yo no he hecho nada –refutaba la gallega de encantos.

Medía 1.72 m y no había tenido necesidad de recurrir a la cirugía para afianzar sus atributos. Sus carnes turgentes se movían rítmicamente cuando caminaba por la calle y pocos podían evitar voltear la cara, para hacerle seguimiento a ese maravilloso tafanario que parecía tener vida propia y convidaba a la lujuria. Él, un esmirriado sujeto de no más de 1.62 m que había tenido dificultades para sostener una relación, al cavilar primero que nadie le daba la talla y luego, al constatar que los amores le eran tan efímeros como un dulce de algodón en un recreo. A pesar de su notable inteligencia, no se sentía capaz de conseguir y menos conservar el amor de una mujer. Debido a sus frustrados intentos de enamoramiento, depuso cacerías inciertas entre sus colegas, que una vez que lo conocían más en la proximidad de la cita, no deseaban salir una segunda vez con él.

\_ Es un pesado – decían a sus espaldas.

Además mantenía un fuerte aliento a ajo y cebolla, que no ayudaba a su atractivo al abrazar una forma de descuido, que le reclamaba la abuela.

–Jolines. Antonio, vas a quedarte “para vestir santos” –le recriminaba María.

Mujer mayor con achaques de salud anhelaba antes de morir conocer a su primer bisnieto.

Una noche de estrellas en alcohol, Antonio se hizo a la juerga. En el burdel de Misa Benedetta, italo-portuguesa, madama de altos años y pintoreteada hasta la ingle con encajes de can can, dueña de la Casa de citas donde el científico conoció a Celina. De lejos era la hembra más codiciada del enjambre. Mujeres,

increíblemente voluptuosas de Alemania, Francia, Portugal e Italia se disputaban con las de España una clientela ávida de Eros en extravagancias. Desde la primera vez que la vio, supo que la viuda era la mujer de sus sueños. Le ofreció el oro y el moro para llevarla a su casa como ama y señora del hogar. En ese momento no la vio sucia ni como prostituta y menos como un ser digno de su desprecio. La encontró demasiado bella y elegante para ser hetaira o casquivana. Muy potable para no adorarla toda la vida de pies a cabeza. Cuando Antonio le confesó su amor, ya otros le habían dicho lo mismo y no quería enredarse en promesas vanas. Se la comían a besos y ella les pagaba con un conocimiento inusual cuando disfrutaba haciendo sexo anal como ninguna. Atraído por esa práctica y seguro de su sentimiento, el domador de fórmulas químicas le enseñó sus cuentas bancarias más convincentes que su físico o su elegancia.

–Te pasaré todos mis bienes a tu nombre si aceptas ser mi esposa –prometió.

Celina, feliz de haber dado con parejo ideal puso condición a su propuesta.

–Acepto si me llevas a vivir a la capital. No quiero que nadie me recuerde mi pasado. Además amo los paseos por el Guadalquivir.

Recuerdos de algún magnate que la paseó en barco por el río que cruza Sevilla. En sus aguas se contempla la Torre de Oro entre otros monumentos. La ponían a soñar con aguas más lejanas de su vida cotidiana al complacer a los clientes aún los más exigentes con todo tipo de riegos.

Trato hecho, luego de una boda de cierta intimidad pero ataviada de lujos y con la presencia de los científicos que jamás pensaron que Antonio sería capaz de atrapar tal presea para sus días. Luego del matrimonio con todas las de la ley, velo y traje blanco se afincaron en Sevilla en donde su belleza tampoco pasó desapercibida. Kierkegaard decía: “que hay pecado cuando delante de

Dios, o teniendo la idea de Él, uno no quiere desesperadamente ser sí mismo o desesperadamente quiere ser sí mismo”.

Cuando comenzaron a convivir se amaron con frenesí y ardor sumados al afecto sincero. En su nueva vida olvidó la carga de sus horas de golfa. Prendida de gratitud le dio un hijo para demostrarle que ya estaba sana con enderezados rumbos. Pero a él lo empezaron a asediar los celos más absurdos cuando la vio en preñez. Por algún fenómeno extraño se puso aún más guapa. Se le desbordaba una luz fruto de la maternidad. Desde aquel momento la convivencia conyugal se les tornó en infierno, pero por temor a volver a sus antiguas andanzas prefería aguantar las crisis del marido. Y se repetían las mismas escenas irremediabilmente sin razón.

–¡Cómo que nada! Vi la sugestiva mirada a ese joven que pasó a tu lado.

\_ Basta Antonio de estar viendo lo que no existe. Deja de inventarte cuentos que yo agarrada de tu brazo, no he mirado a nadie. O mejor tápame los ojos cuando salga a la calle para que veas que a mí nadie me interesa. Sólo tú.

Le decía melindrosa y con aire cariñoso pero no valía ese artilugio.

–Ahora te la vas a venir a dar de pura... pura puta es lo que eres –gritaba.

–Ponme orejeras y así estarás seguro que ni el suelo podré ver – exasperada le pedía en tono sarcástico mientras se ponía las manos sobre los ojos.

Sin más discusión, porque no necesitaba de mucha cuerda para manifestar sus impulsos más bajos, la agredió a puñetazos. Ensangrentada le suplicaba con los brazos en alto que cesara de asestarle golpes y amenazaba con abandonarlo si seguía tratándola de tal manera.

–Putas de mierda, nunca dejarás de ser puta. Es que me lo tengo merecido por huevón. No ameritas sino esto – y nuevos golpes le caían al rostro.

Furia desatada sobre mejillas amoratadas que daba muestras de sangre. Tras cada paliza, la cara se inflamaba mientras ella lo pateaba a ver si atinaba a darle un puntapié en los testículos con la idea de controlar la pelea.

– ¡Voy a matarte! –bramó el hombre que conocía el desquicio de los celos.

–Por favor, Antonio, los vecinos llamarán a la policía y el nene puede oír.

–Pues que sepa de una buena vez por todas lo puta que es su madre.

Fuera de sí y con el puño en sangre arremetía contra la quijada de Celina.

La voz se frotaba las manos. Y se hizo a un olor de alcantarilla que ella misma consideró el mejor peor de todos hasta entonces.

–Eso dale duro en la jeta –ululó con su vozarrón.

Ira Violación estaba excitada como si estuviera frente a un match de boxeo donde la sangre manda la parada y el público ovaciona el rojo derramado.

De repente, Antonio se sintió como poseído por la demencia, extrañado ante un tufo irresistible y la presencia de una voz que no le resultaba familiar, detuvo la muenda, pero ya Celina yacía inconsciente.

–Sé valiente dale su merecido. La gran puta debe morir –arguyó la voz.

Confundido y pensándose orate, Antonio miró a su alrededor, se encontraba en su recámara decorada con papel de colgadura de árboles exóticos y muebles de buen gusto de corte moderno y colores vivos. Un espejo contra la pared le devolvió la imagen de Celina en el piso manando sangre por la boca y en actitud dormida. Alguien le había comentado o quizá lo había leído en algún artículo o manual, que el amor y los celos están íntimamente relacionados, y que quien ama permanece habitualmente en estado de alerta hacia la otra persona. Recordaba la información que los celos en pequeñas dosis son



tonos otoñales para armonizar con los árboles exóticos del papel de colgadura de la pared de enfrente.

–Voz para cantar verdades y poner de manifiesto mi esencia. Soy la que soy.

–¿Y voto para qué?

–Pare invitarte a seguir dándole puñetazos a tu puñetera mujer.

–¡Oye, y tú quien te has creído para juzgar a mi esposa! –reclamó Antonio al cambiar la tónica enervada del comienzo por una de concordia.

En ese instante Celina despertó con un quejido quedo, sin advertir que en la caída, había quedado en una situación de distensión inobjetable, abiertas las piernas. Dejaban ver su sexo artísticamente afeitado, despojado de ropa interior y más provocativo que nunca.

De manera automática Antonio arrancó el cubre lecho y la cubrió con celo.

Sigmund Freud, explicó en sus textos que los celos, que el ser humano siente o vive en diferentes estados afectivos, son de competencia, proyectados y delirantes. Los primeros según el psicoanalista, son celos normales que actúan como una pizca de sal y pimienta en el erotismo de la pareja y le dan sentido de pertenencia el uno del otro. Sentimiento loable cuando se vive en equilibrio. Más cuando el rival es real, es decir que existe, estos celos se basan en el sufrimiento por la creencia de la pérdida del objeto amado y por la herida al orgullo causada a razón de que el sujeto amado prefiera a otro, así como también la bronca hacia los rivales y la autocrítica por haber perdido el amor. Los celos proyectados se basan en la infidelidad. Se identifica en el otro la propia infidelidad o el deseo de cometerla que se haya tenido, bajo la convicción de que es el otro quien va a ser infiel. Los celos galopantes, que generalmente se mezclan con los dos anteriores, son anhelos de infidelidad reprimidos, pero los objetos de tales fantasías son siempre del mismo sexo. El

de Antonio superaba toda tipología. Era criminalmente obsesivo: como dueño de toda compulsión, agresivo y descontrolado. Ponía a la mujer en un estado de indefensión que iba mellando la relación. Celina para vengarse se compraba las vestimentas más lujosas y de marca dejando al descubierto tarjetas de crédito.

Antonio se sintió mal cuando la vio tendida inerte. Al ver que se recuperaba de la golpiza, ya no quiso seguirla agrediendo. Se enterneció con su actitud de entrega y abrazándola con ternura se tiró sobre su cuerpo para protegerla de todo, y sobre todo de la voz que lo perseguía de forma extraña.

–Sigue que tu pésima mujer y mala madre debe morir- le decía azuzándolo.

Antonio, enloquecido ante el cuadro de la posible muerte, besaba cada una de las intimidades de su esposa como sorbiendo el jugo de una fruta.

–Mi amor, perdona. Te prometo no volver a hacerlo. Juro por la Santísima Virgen que llevo en el pecho –arguyó al tomar la medalla entre sus labios.

La esposa herida gemía tumbada en el suelo.

–Amorcito, perdón, perdón. Soy un estúpido al obrar como lo hago. Bien sabes que te adoro y no resisto la idea de perderte –atinó a decir en temblor.

La fetidez se empezó a transformar en aroma de bosque.

–¿A qué huele? –preguntó Celina como despertando de un sueño.

–A vos que te cagaste –replicó la voz en chiste haciendo el juego de palabra.

Broma que gustaba hacer cuando su miasma traía el olor del bosque.

–¡Ahora también te la das de graciosa! –exclamó Antonio exasperado.



–¡Siempre tuve buena chispa y desde chiquita! Es un don que me dieron para acercarme al sentimiento y transformarlo en odio – aseveró con risas.

– Deja ya de entrometerte en esta riña.

–¡Cuál niña!

–No, dije niña, mencioné disputa.

–Sí, ide niña nada y de puta todo! –la voz confirmó con sarcasmo.

Fuera de sí la voz sentía la amplificación de los decibeles al contacto del mal.

Antonio trataba de espantar la voz con una silla, haciendo movimientos en el aire, mientras aún turulata Celina lo veía como si fuera el mismo espanto.

\_ Antonio, ¿qué haces? ¡No te basta con haberme vuelto mierda y ahora te pintas de chiflado! –añadió Celina en tono de muerta.

Olfateaban el olor despedido por la voz. Antonio, se mantenía a su lado.

– Huele a legítima mierda. O sea a ustedes mismos –gruñó la Voz.

A manera de defensa se comportaba de forma aerofágica.

–¿Habrás visto mierda ilegítima? –preguntó Antonio al abanicar su nariz.

– La mierda, mierda es y ustedes aunque se vistan de seda, mierda se quedan, pero así me gustan –aseguró La Voz con propiedad.

–¡Mierda serás tú!, que siembras el caos en donde menos se cree –replicó el hombre acariciándole el rostro a Celina aún tumbada con la mirada gacha.

–Yo siembro el caos y ison ustedes los humanos los que lo patrocinan!

–Y tú, con tu energía que jamás se transforma en bondad, contrariamente a todas las leyes, andas azuzando a la gente para que te promueva y te permite manifestaciones a tu antojo: entonces la mierda eres tú, y no el hombre.

Entre palmadita y palmadita para que no se desmayara de nuevo, Antonio le estampaba besos sobre la sangre, casi en forma de vampiro tierno.

–Bueno carajo, yo seré mierda y tú eres aún más porque siendo inteligente, todo un científico famoso, te dejas abrumar por demonios interiores que te hacen obrar peor que ellos. ¿Acaso no eres la mata del raciocinio?

–Sabes qué, por qué no te desapareces y me dejas cuidar a mi mujercita que lo que menos necesito en este instante es entablar conversaciones de orden moral o filosófico con nadie y menos contigo que no conozco. Eres una intrusa. Me tienes los nervios de punta, malparida voz de todos los diablos.

– Así me gusta. Ya estás hablando mi lenguaje, el de Satanás que te habita.

Celina abrió los ojos en mayor tamaño y ya más en conciencia no podía creer lo que observaba, al marido hablando con las paredes.

–Mírale la cara a tu mujer si no te parece que le has dibujado un mapa de sangre, con cordilleras bien pronunciadas y mares rojos a destajo.

Sacó un pañuelo del bolsillo y empezó con esmero a limpiarle el viso.

–Ay, ay –se quejó Celina.

–Ya, mi veneración, verás que pronto vas a estar bien. Te ruego que me perdones. No sé qué impulso raro me obligó a darte para que jamás te vayas de mí. Te amo tanto, mi bien amada, mujer del Cielo.

–¡Vaya manera de retenerme! –susurró Celina en dolor.

Abrumado por el espectáculo, Antonio la abrazaba.

– Discúlpame, preciosa, yo te amo. Pídeme lo que quieras, te será dado.

Con esfuerzo la maltrecha se incorporó con palabras de quejumbre.

–Estaba mejor en el burdel, por lo menos ahí recibía caricias a granel.

Ante la escena de amor, la voz se calló.

–¿Y dónde te metiste, pedazo de mierda. Debes ser tú la que me vuelve loco.

Un suspiro prolongado se escuchó en el aire. Pertenecía a aquel ente invisible que observaba la escena desde su puesto de combate.

–¿Con quién hablas desde hace rato? Pensé que era yo quien había perdido la razón ante la lluvia de golpes –comentó intrigada la española.

Asustada se tiró a los brazos de Antonio.

–Ven, ya aquí no tengo nada más que hacer. Fin de la garrotera, ya no me pertenece estar a vuestro lado.

El marido le lame la cara con todo el cariño de sus primeras noches de amor. Celina sucumbe nuevamente a sus encantos, mientras un olor a rosas se instala en la habitación. Un niño de unos seis años entra con los ojos somnolientos y en un llanto que simula un mal rato.

–Papá, mamá, tuve una pesadilla.

La voz también había estado metida en el mal sueño del infante, porque sus fronteras iban a todo pensamiento o pesadilla que la involucrara. Mientras la escena de Antonio y Celina subía de color, la voz se trasladaba con facilidad del cuarto del niño al de los padres. Tenía el don de la ubicuidad, que pertenece a poderes superiores, pues de todas maneras presenciaba todo al mismo tiempo. Se desplazaba por un llamado interior que la conectaba con su esencia aún en pesadilla ajena. Y en lo vivido por el niño en sueños, ella colaboraba a hacer

más intenso el sufrimiento del crío, viendo en pelea a sus padres desde otra dimensión.

El foco de convivencia de la voz de la violencia radicaba en la brutalidad. Se manejaba como un vil enchufe a la naturaleza del mal. Perturbadora aún de sueños porque las pesadillas también le resultaban de su agrado. En ellas percibía el inconsciente del ser sacando a relucir sus demonios interiores y sus anhelos frustrados. Cosa que la maravillaba, pues ante el dolor su gozo era sumo, de máxima dicha en sus jactancias y arrebatos. Al ver a la pareja en mieles se aburrió y partió en búsqueda de otro hilo conductor de la voz.

## **CAPÍTULO VI**

### **FLORENCE DUPUIS**

Eran los primeros años de la década de los setenta en los que una nueva oleada de golpes militares y dictaduras – muchas de ellas apoyadas por Estados Unidos – perturbaba a Latinoamérica. En Bolivia, Chile, Uruguay, Brasil, Perú y Argentina, las Fuerzas Armadas tomaron el poder y establecieron gobiernos dictatoriales, reprimiendo la aparición de numerosos movimientos y Partidos Políticos de izquierda, que bajo la influencia de la Revolución Cubana, anhelaban la conquista del poder y sueños de un mañana más justo, aunque



características políticas y económicas de los principales bloques del mundo en el período 1980–2000 e hizo la reflexión más lúcida que se recuerde sobre el problema del terrorismo y la violencia en el Perú donde la voz había tejido su nido. La primera dama de tales conflictos era Ira, embebida de sangre y de muertes a la altura de lo más repugnante que existe en el ser humano como desobedecer del sexto mandamiento: no matarás. Se consolidaba en ayudar a asesinar aún más a los fuera de la ley y del buen comportamiento. Testigo y parte de cada muerte con la alevosía que puede producir la pasión y el fuego cruzado.

El 17 de diciembre de 1996 centenares de invitados celebraban en el local de la Embajada de Lima el aniversario del Emperador de Japón. Fueron hechos prisioneros y convertidos en rehenes por el grupo terrorista Túpac Amaru (MRTA). Entre ellos figuraban personalidades del mundo diplomático y político, también madre y hermano del Presidente Fujimori. Setenta y dos personas fueron mantenidas en cautiverio cerca de cuatro meses. Florence se dio el lujo de entrevistar, no se sabe cómo al cabecilla Néstor Serpa Cartorini y arrancarle una declaración de principios y otros pormenores que sorprendieron al mundo. Cada vez lograba mayores éxitos en su carrera y se permitía escapes de placer cada tanto. Mujer de ardores, una tarde en que hacía el amor con un periodista noruego en un motel fuera de Lima, una carga de dinamita activada por los enemigos del sistema explotó el local en pedacitos. Desnuda a francesa salió a la avenida principal al igual que su compañero de sexo. Sólo se cubrían con las manos.

La voz estaba feliz de verlos en desnudez y entre los escombros. Levitaba de dicha aunque hubiera preferido verlos muertos.

El 3 de noviembre de 1991, quince personas fueron asesinadas y otras cuatro quedaron gravemente heridas, mientras se encontraban participando de una actividad festiva con la finalidad de recaudar fondos para financiar reparaciones en su condominio. El ataque fue realizado de manera sorpresiva por seis

individuos que ingresaron con sofisticadas armas, y luego de disparar contra los asistentes entre los que se encontraban menores de edad, se retiraron del lugar como entraron, sin que nadie detuviera su paso ni su acción. La existencia de indiciarios elementos de importancia permitió dar cuenta de la vinculación de esos hechos con la actuación de miembros de los cuerpos de inteligencia. Esa situación se denunció ante el entonces Congreso de la República y el Senado decidió conformar una comisión investigadora, cuyo trabajo se interrumpió por el autogolpe del 5 de abril de 1992. El Congreso Constituyente Democrático ignoró ex profesamente las investigaciones iniciadas hasta que en abril de 1995 la Cuadragésima Primera Fiscalía Provincial Penal de Lima acusó a cinco miembros del Ejército Peruano, entre Oficiales y subalternos, imputándoles la autoría de los hechos en el marco de las actividades ilegales que realizaba el denominado grupo "Colina". De esta manera fueron denunciados el General de División EP Julio Salazar Monroe, el Mayor Santiago Martín Rivas y los sub Oficiales Nelson Carbajal García, Juan Sosa Saavedra y Hugo Coral Goycochea con la respectiva denuncia admitida por el 16º Juzgado Penal de Lima. Tanto a nivel del Ministerio Público y del Poder Judicial, los militares inculcados, así como otros oficiales de alto rango. Citados para rendir sus declaraciones se negaron a hacerlo sosteniendo que los hechos debían ser investigados por la justicia militar. El Consejo Supremo de Justicia Militar emitió una resolución, donde señaló que los militares denunciados, así como el Comandante General del Ejército, Nicolás de Bari Hermoza Ríos, se encontraban bajo la competencia de la justicia militar, por lo que no podían comparecer ante ninguna otra instancia jurisdiccional y planteó una contienda de competencia ante la Corte Suprema de la República para que el proceso sobre los Barrios Altos fuese conocido por la justicia militar. Antes de que el incidente se resolviera, el 15 de junio de 1995, se publicó la Ley Nº 26479 concediendo una amnistía general al personal militar, policial y civil, investigado, encausado, procesado o condenado por delitos comunes o militares en la jurisdicción común o militar, relativos a todos los hechos derivados u originados con ocasión o como consecuencia de la lucha contra el

terrorismo, y que pudieran haber sido cometidos individualmente o en grupo desde mayo de 1980 hasta esa fecha. Como consecuencia jurídica de las amnistías otorgadas, se estableció que los hechos o delitos, así como los sobreseimientos definitivos y las absoluciones no serían susceptibles de investigación, pesquisa o sumario; quedando archivados definitivamente todos los casos judiciales en trámite o en ejecución. Esta forma de injusticia e impunidad también ponía feliz a Ira, pues resultaba otra forma de violencia que pone en tela de juicio la bondad del hombre. El Poder Judicial, la Jurisdicción Militar y el Poder Ejecutivo debían proceder a anular los antecedentes policiales, judiciales o penales que pudieran haberse registrado contra los amnistiados. Así mismo tenían que dejar sin efecto cualquier medida restrictiva de la libertad que pudiera afectarles. De esa manera, el proceso penal iniciado contra el denominado grupo paramilitar "Colina" por la ejecución extrajudicial de quince personas en los Barrios Altos y las lesiones de otras cuatro, quedó comprendido en los alcances de la Ley N° 26479. Fue un escándalo nacional y mundial que originó reyertas. En su salsa se hallaba Ira bajo efectos del desorden, que le embriagaban los sentidos de placer. Aplaudía las medidas que causaran caos y dejarán al descubierto el descontento. No era ajena a ningún tipo de manifestación que se cubriera de cualquier ropaje denso, así fuera político para someter al pueblo a lo abyecto y lo más manipulado por altos poderes.

La Jueza del 16 Juzgado Penal de Lima, a cargo de la instrucción del caso, expidió una resolución judicial el 16 de junio de 1995, declarando inaplicable dicha ley al proceso en trámite, bajo el ejercicio del control difuso de constitucionalidad previsto en el artículo 138 de la Constitución Política. La defensa de los procesados impugnó la decisión de la referida Jueza, asumiendo competencia para resolver dicho Recursos la 11° Sala Penal de la Corte Superior de Lima. La decisión de la jueza penal provocó una reacción en el Congreso Constituyente Democrático, que a través de la Ley N° 26479 precisó: que la amnistía otorgada por la Ley N° 26479 no interfería en el ejercicio de la



función jurisdiccional ni vulneraba el deber del Estado de respetar y garantizar la plena vigencia de los derechos humanos; y anotó que la citada amnistía no era revisable en sede judicial, siendo de obligatoria aplicación por los órganos jurisdiccionales, comprometiendo a todos los hechos derivados u originados con ocasión o como consecuencia de la lucha contra el terrorismo, cometidos en forma individual o en grupo desde el mes de mayo de 1980 hasta el 14 de junio de 1995. Bajo tal medida, los casos judiciales en trámite o en ejecución se debían archivar definitivamente. Con fecha 14 de junio de 1995, la 11 Sala Penal resolvió el recurso de apelación contra la decisión de la jueza del 16º Juzgado Penal, revocándola y ordenando el archivo definitivo de la causa, y declaró que los jueces no podían ejercer el control difuso pues afectaba el principio de separación de poderes.

Florence Dupuis, adquirió un sentido de justicia gracias a su educación férrea en el país de principios y deberes, donde cuajó La Revolución Francesa, como expresión de rebelión. La voz, sin distancias en su haber, hizo de ese hábitat de sangres y derrotas, su morada. Levantamientos se dieron por un conflicto político –social que convulsionó Francia y esa famosa toma de la prisión, en extensión con otras tierras que recibieron su influencia. Sus inicios declarados bajo la autoproclamación del tercer Estado en la Asamblea Nacional de 1789, que luego culminaría en el golpe de estado a Napoleón Bonaparte en 1799. Tuvo varios regímenes como la república, imperio, monarquía durante más de 70 años para definir el final del Absolutismo convertido en Libertad, Fraternidad e Igualdad aunque no siempre puestos en práctica. Esta joven nacida en la Ciudad Luz cerca a la Tour Eiffel, presencia de hierro que se alza con su elegancia en Francia, con ideales asumió entonces la defensa internacional de los familiares de más de seis mil detenidos y desaparecidos. Esa visión respondía al formato del nuevo régimen establecido cuando burguesía y ciertas clases populares se tomaron el poder como reivindicación a sus derechos. La Revolución Francesa liquidó el sistema monárquico luego de matanzas, y malestares. Tiempo donde la voz se hizo a su canto y al réquiem de sus

hipotéticos “buenos impulsos” para lograr su cometido: el mal. Todo en caos. Para Ira Violación, se hacía terreno fértil de emociones y satisfacciones. La voz de la violencia, en tanto derramamiento de sangre sacaba su mejor bocado. Recordaba los eventos de la Revolución Francesa con deleite, otro banquete de su memoria. Se relamía al recordar cabezas cortadas y guillotina venteada. Embutida de narices en todo este conflicto, Ira no cabía de la dicha con cada acto de injusticia con el color púrpura de por medio; una de las mayores formas de violencia que el hombre pueda conocer y propiciar por intereses personales o juegos de poder, manifestación para empoderarse del otro, y así manejarlo al anular su capacidad de reacción.

La comunicadora como patrón de conducta recordaba sin ser judía, aquel pasaje del Rey Salomón, quien en una máxima expresión de equidad, mandó a cortar en dos a un niño a quien dos madres le disputaban la progenitura. Escena bárbara si se le retira del contexto, pero sabía por el resultado. De inmediato la madre pidió que se lo entregaran entero a la otra. Y dejó sin duda alguna de manifiesto la identidad de la verdadera mamá. Esta imagen marcó los sentimientos de Florence para la vida. Hija de ancestros que habían colonizado varios países en América y en África, convivía en su casa del barrio XVI con los trofeos de antaño: cabezas de elefante trabajadas por un taxidermista, pieles de tigre y varios objetos antiguos de marfil, además de fotos de sus antepasados en safaris con la adecuada vestimenta para el propósito. Mortificada por la historia de dolor de los pueblos colonizados, juró desde pequeña servirle a la Humanidad.

–Nani, este año voy a regalarle mucha de mi ropa a los pobres –decía cada Navidad desde sus años de uso de razón.

La mujer de Bolivia la besaba por conocer de cerca sus nobles sentimientos, bien diversos a los del hogar donde trabajaba. Sólo por el amor que le tenía a Florence se quedó muchos años al servicio de los Dupuis cuya sensibilidad dejaba mucho que anhelar, aunque de modales finísimos y rebuscados. Los

cubiertos de plata repujada, la vajilla de porcelana antigua con bordes de oro y la cristalería de la más fina de Europa.

La niña abrazaba causas para impartir justicia y favorecer al desvalido.

–Chérie, no puedes asumir todo el dolor de la gente –le decía la madre, una dama de sociedad con nariz respingona y modales de reina decadente.

–Ya verás que si todos vamos sembrando un granito de arena, lograremos hacer de este mundo un culto al verdadero humanismo, donde todos los seres humanos nos reconozcamos en unidad –respondía la hija ya en la adolescencia con rasgos marcados de lo que haría en un futuro no lejano.

Al escuchar este discurso, la voz se tapaba los oídos y anhelaba hacer desaparecer del mapa a la adolescente. No comulgaba con este tipo de pensamiento y menos con personas como ella, dispuestas a dar su sudor por pacificar el mundo. Ante propuestas similares le tambaleaba su propio mundo donde la violencia se hacía voz, eco y resonancia de una esencia de diablo, lo que significa separar. Ira amaba desunir para reinar. Tantos focos donde la voz se paseaba de rincón en rincón como un buitres, succionando la sangre que encontrara a su paso, mejor a su garra, aquella que sacaba con gusto excelso y uñas afiladas para gozar de su poderío, aquel que la retroalimentaba y la proyectaba en escenarios donde se nutría de lo más sanguinario. Sabía que al seguirle el paso a Florence se toparía con penas. Le darían mayor vida y sentido de ser al acompañar el destino de la gala.

–Te crees bien bacana, pero tu sensibilidad social es pura careta y carreta babosas que provienen de una pseudo posición aristocrática –le comunicó la voz de la violencia como quien emite un parte oficial.

Florence miró a su alrededor y sin ver a nadie, pensó que efectivamente su madre, que le había advertido que no podía asumir el sufrimiento de todos porque se volvería loca, estaba en presencia en su conciencia de orate.

Al Ira leerle el pensamiento, disfrutó del temor de la parisina.

\_ Sí, eres una ilusa que piensas librar al mundo del mal. No ha visto la luz del día aquel que termine con el mal –repuso con una carcajada alterada.

–Eh, ¿quién dijo eso? Qué, ¿acaso existen almas en pena en esta casa?

–Ni “pena” ni “pene”. Aunque a ti te gustaría que fuera “pene”, N´este ce pas? Yo te conozco tus debilidades, tu carne de pisones.

Y otra carcajada llena de hedor se hizo sentir.

–¿Quién eres? Identifícate –ordenó asustada y afanosa Florence Dupuis.

–Pues por ahora no se me antoja la puta gana de identificarme. Sabrás de mí en su momento oportuno. Ahora te dejo en ascuas.

En aquel instante, Florence pensó que era su voz interior que la ponía nuevamente en guardia contra algún futuro impase, recordando los avisos de sus padres que no era prudente lanzarse a causas que no le correspondían a una mujer de su clase. Sin embargo y a pesar de las prevenciones en su contra, se congratulaba que gracias a sus empeños de luchadora social, el 14 de marzo de 1995, la Corte Interamericana de Derechos Humanos, condenó al Estado peruano por incurrir en el caso de “Barrios Altos”, en responsabilidad internacional, de acuerdo a la Convención Americana de Derechos Humanos, señalando que las leyes de amnistía N° 26479 y 26492, carecían de efectos jurídicos. Su prestigio se trepó por las nubes. Ella, valiente como se le conocía, sostuvo que la historia de la lucha por garantizar el respeto de la vida y dignidad humanas, demostró que las violaciones a los derechos humanos y las eventuales soluciones jurídicas no pueden enfrentarse con los parámetros jurídicos normales, destinados a resolver situaciones comunes; que el principio de jurisdicción universal debe ser incorporado al ámbito del derecho internacional de los derechos humanos y consolidarse el principio de

imprescriptibilidad de los delitos de lesa humanidad, así sea de manera retrospectiva para dar castigo al criminal.

De repente la interrogada para fastidiarla se le puso justo en frente.

–Pues si te crees tan pacífica, yo soy la voz de la violencia y como tal me interpondré contra cualquiera de tus hazañas –dijo en tono retador la voz.

Florence se tomó las manos entre la cabeza y no daba crédito a lo que escuchaba, caviló inclusive que se había puesto alguna substancia alucinógena en su té por equivocación. Espantó el hedor.

– ¡Cómo así que eres la voz de la violencia! – inquirió con incredulidad.

–No te hagas la boba, que nadie te puso nada en la comida para alocarte. Tú ya estás loca de fábrica. Yo soy la voz que digo, y existo porque existo, y aunque no puedas verme, sé muy bien cómo actuar con gente como tú que quiere entorpecer mi labor y torpedear mis principios en pos de la maldad.

–¡Qué, qué! Eres causante de las cosas contra las que lucho incesantemente y hablas de principios! A ver barájamela más despacito – dijo con dejo triste.

–Si lo confirmo, no vas a entenderme. De igual manera que si te dijera que no. Así que te contesto como dice la canción: “ni que sí, ni quizá, ni que no”. Y en la duda siembro mayor mal – divertida añadió la voz.

–Pero entonces eres el más miserable engendro de la naturaleza –dipuso.

–Tu abuela será. Yo sólo soy la fuerza que maquina y organiza el mundo.

–El caos dirás – irrumpió la francesa tapándose la nariz.

–Me llega a las pelotas lo que digas o insinúes con desprecio.

–¿Qué, también tienes bolas?

–Tengo los cojones mejor puestos del Sistema Planetario Solar y soy Ira Violación para tu información –lo dijo en sonsonete de rima.

–¿Y qué es esa hediondez que despides?

–Mi esencia se precipita con su propia maldad.

–¿Más que la del demonio, tu socio natural?

–Di lo que quieras. Las grandes violaciones ejecutadas desde el poder o con la complacencia del mismo, a través de la utilización perversa de las Instituciones y los poderes públicos como el Poder Judicial y el Congreso forman parte del veneno de una sociedad sin alternativas.

–¿Y por qué no propones alternativas?

– No es asunto mío. No vengo aquí para arreglar problemas sino a causarlos mayormente y disfrutarlos como se chupa uno los dedos con lo bueno del convite – aseveró con risa macabra.

–Lo que te falta son argumentos, y eres un fracaso.

–¿Por qué fracaso? – intrigada preguntó.

–Acaso no estás enterada que en Perú, el Estado y la sociedad derrotaron la subversión. Ya los principales líderes subversivos se encuentran en prisión.

–Por imbéciles, y no por culpa mía. ¿Quién les dijo que se dejaran capturar?

–Eres un atentado contra la inteligencia –contestó Florence fuera de sí.

\_ Así me gusta verte enfadada con los ojos desorbitados. Te confieso que me produces un orgasmo – empezó a botar un líquido que caía del cielo raso.

\_Cochina, ¿qué haces?

Saltó de un lugar a otro como quien descentra al enemigo y siguió el juego.

–Y tú, atentado contra los cánones de la belleza y contra cualquier erección

–Eres horrenda. Sal de mi vista que yo con la violencia ni pio.

–Pues estás jodida porque yo tengo el don natural de entrometerme donde se me cante la gana y como permanezco invisible, nadie puede atraparme.

Y nuevamente utilizó su mejor arma, la risa estridente con un chorro mayor de mal olor y lluvia de ese líquido pegajoso.

–Eres definitivamente un espanto y un asco.

–¡Todo eso y mucho más! ¡Entre más adjetivos me definan, mejor! Me amo como soy, esencia pura de violencia a mucha honra y con armas a todo dar.

Florencia suspiró y trató de ubicar a la voz en su nicho.

–Eres criminal y detestable\_ se lamentó.

–Y entre más lo sea, más me temerán y más auto admiraré mis logros.

Engruesó la voz tomando la grandilocuencia de la arrogancia.

– A sabiendas de que eso es venenoso, procaz, inhumano y decadente, lo usas para perpetrar tus injusticias y crear más confusión.

–Prosigue que todos esos apelativos me agradan. Busca más sinónimos que me harás aún más feliz.

Una risita de gusto extremo se hizo sentir en la habitación.

\_Infeliz, eso es lo que eres\_ corrigió la francesa con desprecio.

\_ Vine a vulnerar todos los derechos. Para eso llegué al mundo, a cumplir a cabalidad con los tesoros del mal arraigados en mi fortaleza.

–¡Cuáles tesoros! Tendrás tu merecido un día no muy lejano. De la maldad nada bueno sale. Eso lo canta hasta el gallo\_ advirtió con sonido de gallo.

–Y quien te dijo, so pedazo de idiota, que yo vouloir algo bon –dijo con acento francés para mayor ofensa.

–Muy graciosa te sientes burlándote de mí, pues tus mofas no me hacen mella. Y verás que muy pronto alguien se enfrentará contra ti.

–A ver que se asome. Yo lista a librarle el duelo.

Desde su espacio la voz toma posición de ataque.

–Te sientes tan segura de ti y tan impertinente que verás el golpe bajo más pronto de lo que piensas. Y ya no te habitará la risa sino la desolación.

\_ ¡Esa también me gusta! Ja, ja, ja! Me aburren tus amenazas.

–Y a mí, tu discurso. Igualito al de tantos humanos vanos.

–Diste en el punto. Acaso yo no soy como ellos, hecha de maldad.

Y otra carcajada aún más estruendosa estalló en la cocina de la periodista. Tomaba un café con galleticas, para no perder la costumbre de su cultura, al cumplir con la excelente pastelería de su tierra que le endulzaba momentos tristes como aquel, frente a la voz de la violencia, tan reconocida en varias patrias, sin la suya la excepción. Llena de huelgas y descontentos.

– Tienes de qué estar orgullosa! –pronunció al sorber su bebida en humo.

–Claro que debo estar más que orgullosa pues cumplo con la misión para que la fui creada, la maldad que me hace tan refeliz y plena de sentido.



–¡Eres un horror!

–Y tú una idealista de pacotilla si crees que vas a transformar el mundo.

–Ya veremos quién ganará, pues la maldad sólo tiene lugar por un rato, porque nadie puede vivir en la violencia en permanencia. Es como el escorpión, terminarás por morderte tu propia cola.

–¡Cuál cola, si ni siquiera tengo! ¡No soy animal aunque parezca! –repuso.

–¡Eres animal y medio! Pues así seas infrahumana llevas la cola de la maldad, de la que tanto te ufanas, esa que lleva cola y mucha... cola de dónde cortar.

En ese momento Ira se tocó el trasero para sentirlo completo, como cualquier mujer que siente que le miren el derrière.

–Te crees muy sabionda pero te mostraré lo contrario. La violencia mantiene estado de continuidad. Y si no observa la Historia que de mí sabe hablar a cántaros y a chorros –reviró Ira con fervor en las arterias.

–Todo estado tiene su cuarto hora –repuso Florence haciendo uso de razón.

Fastidiada la voz de la violencia le tiró un manotazo a la taza y le regó algo de líquido sobre la falda a cuadros escoceses.

–Y mira como me despido, pero de seguro nos volveremos a encontrar cuando pierdas tantos casos porque la Humanidad está llena de corrupción y ahí nos veremos cara a cara. Sabré nuevamente ganar. Mi voz se impone como te impartí una maldición sobre tu vida. Del mal sabrás y mucho.

–Atrévete no más, que lo que se hace mal se revierte tarde que temprano.

Ira Violación le tiró unos polvos mágicos con hedor que dejaron a la parisina en tos. Quedó limpiándose la ropa mientras la voz se alejaba con nueva risa cada vez más potente en la estridencia.

–¿Y ahora esta maldita qué hará? –se preguntó mientras un portazo bien sonoro la dejó en soledad con sus cavilaciones.

Meditó sobre lo vivido y supo que la maldad no sólo tenía rostro sino voz.

–Definitivamente es un monstruo al cual uno se enfrenta pero sin saber cómo combatirlo para que la Humanidad salga de tanta oscuridad, es difícil armar un plan de contingencia para arrasarla –se dijo a sí misma a manera de inquietud.

Prendió la televisión a ver si espantaba su malestar y vio escenas de desolación. Haití acaba de sufrir un terremoto que lo sembraba en una situación lamentable. Todos los sinónimos de la palabra dolor le cabían a cada escena. Esa noche no pudo conciliar el sueño, vio pasar antes sus párpados abiertos tantas escenas que le arrugaban el corazón. E iban sumando los muertos y los ojos vacíos ante la avalancha de suplicios que se le imponía a un país ya desbordado de padecimientos, pobreza y violencia.

–De seguro “cette fille de pute” fue a deleitarse con el calvario ajeno\_pensó.

La Dupuis se llenó de más aliento para seguir la lucha emprendida contra los abusos y visualizó que con tanto adelanto científico, alguien se ingeniaría la manera de desarraigarla. Fue frase de consuelo para conciliar el sueño, que parecía perdido en la pesadilla de Haití.

## CAPÍTULO VIII

### HAITÍ

El apuro Ira Violación por salir de Lima, respondió a la necesidad de verse reflejada en los saqueos que tendría Haití debido al terremoto. Ya la voz había asistido a varios y conocía cómo el hombre ante tragedias o desastres no acata leyes de urbanismo ni moralidad. Responde a la supervivencia y actúa como bestia para hacerse a cualquier bien o salvar el pellejo. Y era en ese momento cuando la voz de la violencia se sentía más gratificada. Unida al dolor del otro con alegría y viendo la descomposición social le daba más bríos. Además su olor putrefacto se mezclaba con el olor a cloaca revuelta a la descomposición de los cadáveres, que debido al calor no tardaban en descomponerse. Se sentía en su ambiente. Como llamada por la propia violencia a ayudar a poner más violencia a la violencia, esa que utilizan servidores para el mal y con sentimiento de alevosía.

El terremoto de magnitud 7,3 en la escala Richter, registrado a 15 kilómetros de Puerto Príncipe a una profundidad de 10 kilómetros bajo la superficie por el choque de las placas tectónicas del Caribe y de Norteamérica, considerado como uno de los más graves de este siglo ocurrido en el mundo, y el más potente en el país más pobre de América en 240 años. En 1770 se produjo en la misma zona, un terremoto de 7,5 en la Escala Richter, que liberó una energía 20 veces mayor que el actual. Desde entonces no se había producido uno tan catastrófico. De estupor se llenó el mundo. La solidaridad no se hizo esperar pues ante las catástrofes universales todos se ponen en situación de cercanía del lugar de las calamidades, así lo demostró el ataque a las Torres Gemelas, pues quien iba a pensar en semejante locura. Lo que se deduce que nadie está exento de vivir algo similar en cualquier hora o rincón del globo.

Haití sumido en un sistema de fallas bajo el mar se expone mucho más. Según Ángel Carbayos Presidente de Geólogos del Mundo, la ONG del Colegio Oficial de Geólogos de España, el sismo liberó una energía equivalente a la explosión de 200.000 kilos de trinitrotolueno o dinamita, provocando efectos devastadores, más de doscientos mil muertos, y aún otros por contar bajo los escombros y miles de miles de heridos. Se estiman daños sobre personas, objetos y construcciones dada "la alta vulnerabilidad" de la edificación en el país más mísero de la zona. Infinidad de personas vagaron a pie por las calles de la capital aterradas por las réplicas que se sucedieron. Ríos de gente con la mirada extraviada y el corazón en desbandada circulaban por la capital. Despavoridos supervivientes huyeron de las paupérrimas viviendas que quedaron en pie, debido al pánico ante nuevos seísmos. Se calcula en tres millones de personas el número de damnificados y que el país quedó literalmente destrozado tanto humana como económicamente así como les sucedió a Chile y Japón al poco tiempo.

Esta vez la violencia no venía sólo de los hombres, sino de una naturaleza que se negaba a ponerse quieta. Las dos últimas réplicas, una de ellas siete minutos después del terremoto (a las 22.00) con una magnitud de 5,9, y una segunda de 5,5, 12 minutos después de la primera, hicieron creer a la población que el fin del mundo había llegado, pues tras ese "punto álgido", las placas siguieron chocando, aunque ocasionando terremotos de magnitud e intensidad más reducidas. Sin embargo los temores se hicieron al rostro de la gente pues el impacto fue gigante en almas, corazones y cuerpos. Un panorama devastador, que la voz veía con deleite y buen humor.

Cuando el Presidente de Haití, René Préval, calificó como inimaginable la situación sufrida tras el terremoto, habló de cifras monstruosas para muertos y heridos, y esa voz que se mete en todo, desconocida para él, le susurró al oído que lo que le estaba pasando al país era un juicio. De inmediato, pensó que la conmoción lo estaba volviendo desquiciado. ¡No era para menos!

–¿Juicio? –se repitió así mismo como quien no entiende bien lo escuchado.

–En otras instancias, las reprimendas por lo diabólico manifiestan su mal.

–Y quién es usted para decirme estas cosas a la oreja –preguntó aterrado.

–Soy la voz de la violencia, la hija de Satanás y hermana del demonio.

–¿Usted me quiere asustar más de lo que estoy o quiere sacarme de casillas?

–Pues si lo logro, es mi felicidad. Vivo de los dolores ajenos y de sus bajezas.

–A ver, déjeme me tomo un poco de agua, pues creo que estoy desvariando.

Tembloroso se asió del escritorio de caoba fina para no derrumbarse frente a lo invisible con voz propia. Tomó aire, un aire viciado a polvo y a podredumbre. El mandatario se encontraba en un gabinete a todo lujo, cuyas paredes también recibieron serios impactos. Mostraban importantes fisuras. Afanado ante el derroche de timbres de teléfono, el Presidente contestó varios teléfonos a la vez.

–No sólo usted me está volviendo loco con esa voz al oído que no logro identificar sino toda la cantidad de ayuda internacional que estamos recibiendo. Me llaman de todas partes a la vez. Esto es de enloquecer.

–¿Prefieres quedarte sin solidaridad internacional? –refutó la voz con el tono de ego que todo lo ve desde un piso superior.

–No dije eso. No me ponga palabras en mi boca que jamás pronuncié. Y además quien se ha creído usted para tutearme. ¿Acaso no sabe tratar a un presidente, aunque sea de una pequeña república?

–Yo no tengo esos miramientos hacia nadie, para mí tú eres el mismo pedazo de mierda que aquel transeúnte que huye con un colchón al dorso, seguramente saqueado de alguna casa de la vecindad.

Ambos se inclinaron para ver desde la ventana las escenas de horror que vivía Puerto Príncipe. Gente despavorida por todo rincón, gritando su pena y clamando ayuda con un grito del alma que ululaba por calles y avenidas.

–Se lo tienen merecido y son mis huestes las que han vencido. Acaso no sabes que Haití, uno de los primeros países en lograr su libertad gracias a la influencia de la Revolución Francesa, fue receptor de fuerzas ritualistas, ocultistas y de paganismo. Refugio grande para dichos poderes que ningún otro país del Nuevo Continente haya experimentado- anunció Ira con risas.

–¿A ver quién es usted que habla con tanta propiedad y no se deja ver?

–Soy la voz de la violencia. Ira Violación es mi nombre completo y para los amigos: Ira Violy.

El Presidente con manos en temblor, se sentó para recuperar el equilibrio.

–¿La voz de qué? \_ vociferó tomado por los nervios.

–La misma voz de aquellos que están bajo escombros, boqueando su mala suerte y pidiendo vida. Yo los aplasto aún más porque me regodeo con las víctimas. Y me convierto en Macandal, con la virtud de ser mosca, iguana y cuanto animal a mi alcance para detonar procesos. Mito que me habita y recuerda a Espartaco, ese esclavo que se rebela contra el Imperio Romano.

Una risotada de triunfo puso a temblar el recinto ya maltrecho.

–Dios mío, otro temblor –gritó René Préval.

–Stupide, no sea huevón, señor mister presidente, soy yo quien me río de todas las personas en apuro y en violencia. Soy verdugo.

–Usted que el temblor, es lo peor que haya oído.

–Y lo que le falta por oír y oler \_manifestó con sonido gutural.



–¿Quieres decir que es castigo de Dios? \_balbució

–Yo no hablo en esos términos, sus cuentas son las de él y las mías, las mías. Cada quien que se defiende como pueda.

–Eres bien insolente y atrevida, vocecita intrusa e inoportuna

- Me gustan tus vocablos y además soy realista. Desde tu territorio, a través de la magia negra, la brujería del más alto nivel y el vudú, la nación, sus gobernantes y sus economías se afectan terriblemente. Por eso son los más pobres del Continente, y eso me llena de orgullo porque indica que mis servidores están cumpliendo con su cometido. Mando mensajes que son oídos y en cada sortilegio va mi mano negra.

–¿Qué te hace decir eso, bruja?

–Tanto la historia de la colonización de Haití como la historia de la Era Moderna de este país están marcadas profundamente por una inclinación de su pueblo y gobernantes hacia la adoración de Satanás y sus potestades.

–Sostener eso es una infamia. Estos ritos pertenecen a una cultura ancestral traída de África, que además enriquece nuestras tradiciones y eleva valores.

–¿Infamia? Haití ha sostenido las fortalezas demoniacas dominantes en muchos territorios del mundo por muchos años a través de sacrificios humanos y violentos pactos satánicos. Y éste terremoto es la respuesta a la esgrima de mis voces. ¡Cómo puedes contradecir mis actuaciones en la sombra! Si quieres maldad eso es lo que soy \_gritó a voz en cuello.

Los teléfonos siguieron sonando de manera ensordecedora.

–Un momento despacho estos asuntos y sigue ilustrándome sobre un asunto que me deja perplejo, y además que no creo, voz de la mentira y del engaño.



Ira aplaude.

\_ Bien por todos los atributos que me imputa.

\_ Más puta, tú \_ dijo mientras contestaba teléfonos.

–“Oui, oui, merci, yes, thank you” –contestó en varios aparatos a la vez.

Impartió órdenes para que otros tomaran la revelación de sus decisiones. Y los agradecimientos se hicieron bola de nieve en una sola voz de gratitud, mientras volvió a la voz para acallar sus inquietudes con el dedo en un chut.

\_ No ha nacido quien me mande acallar, ni tú mandatario de pacotilla.

\_ No me interrumpas, no ves que hemos logrado convocar a todo el mundo. Y dime ¿por qué hablas de un castigo? ¡Acaso la naturaleza se venga!

–¡Y cómo! Las fuerzas del bien se expresan con violencia para enderezar rumbos que también se tuercen, y yo entro a actuar de manera contundente.

–¡O sea que Dios está en contra nuestra! – emitió con dejo de tristeza.

–Ya te dije, pedazo de imbécil, así tu puesto sea de honor, que yo con sus contabilidades no me meto. ¡Suficiente con las mías! ¿Tu m´as compris? – Ira le grita al viso en francés para hacerse entender sin desvíos.

–No, capta cada vez menos. Pues pensar en un Ser Supremo Vengador no me hace sentido.

–Haití sostiene vinculación directa con la cosmología y con sistemas de creencias neolíticas. Se precia que el vudú es la religión más antigua, 40 millones la siguen. De ella surgieron el vudú haitiano y un gran número de derivados: la Regla de Ocha , la Santería en Cuba y en República Dominicana, el Candomblé, la Umbanda y Kimbanda en Brasil, así como las manifestaciones africanistas en Puerto Rico y otros países del área del Caribe.

–¿Y? –preguntó como quien necesita información para aclarar su horizonte.

–El vudú fue declarado referente para la cultura popular, debido a la capacidad de los *bokors* para resucitar a los muertos y hacerlos trabajar en su provecho (zombies), así como la de provocar muertes. De igual interés popular han resultado otros elementos folclóricos como las muñecas vudú, a las que se les entierra agujas para fines de manejo sobre la voluntad ajena. Y ahí soy yo quien actúo para mis beneficios, sacar a relucir el mal.

–Voz de la Violencia, o como te llamen, te cocinarás en el infierno.

–Ves que te atreves a hablar del Infierno porque lo reconoces. Es tu país de mierda donde sé meter mis faenas y me toca librar arduas batallas contra ese metiche de mierda, que es el Bien, al que le pongo talanqueras a los pies.

–¿Y usted se le mide a desafiar a Dios?

–¡Ni cojuda que fuera! Yo hablo en mi nombre, pero conozco cómo se mueve el mundo espiritual y estoy enterada de los designios de la ley de la dialéctica, que opera en todas las dimensiones. Y yo me apropio de la mía.

–Me quieres decir que esta Nación está controlada por fuerzas demoníacas de alto nivel y que esa sea posiblemente la razón de este temblor.

Y siguen timbrando los teléfonos como una tormenta de ayudas del exterior.

–Ves que no todo es malo –recibo ayuda internacional por toneladas.

–Claro que no, por ello cada cual se ocupa de lo suyo. Yo de lo peor. Es mi función–replicó Ira con su consabida risita saltarina.

–¿Y te gusta ese rol?

–Claro que me encanta. Me dimensiona en mi forma de ser y me permite proyectarme a mis anchas y sin ser vista, sólo olfateada o escuchada. No quiero ser un híbrido. Necesito asumirme como soy, la voz de la violencia.

Virulenta le saca un aliento a basura mezclada con carroña frente a las narices del gobernante.

–Y deja de despedir esos olores nauseabundos, que ya con los de afuera me basta \_increpó molesto al batir sus fosas nasales.

–¿Quién te crees para darme órdenes? ¡Presindetucho del tercer mundo! ¡Qué va del cuarto o quinto! \_añadió como quien conoce la ofensa.

–Ya jálele al respetico, que yo...

Desafiante justo enfrente de él.

–Con amenazas a mí, déjate de joder, y para tu información una revelación profética anuncia que se activará un avivamiento: millones de ángeles se movilizarán entre República Dominicana, Puerto Rico, Haití y Cuba para empezar a liberar su poder al traer la ola más grande de salvación que la historia recuerde. Luego de este terremoto se desatará una gran violencia, pero después el país será consagrado a otra fuerza y comenzará una nueva era de bendición, que impediré a toda costa, por esta bien informada.

–Se siente con un poder desmedido. ¿Y quién puede contra lo divino?

–Para que veas que no, a lo único que le temo es a Dios, porque cuando nos enfrentamos siempre sale victorioso, pero me deja un espacio de gozo también con mis batallas ganadas, que ¡por fortuna no han sido pocas!

–¡Quién te entiende! Hablas del Bien con desprecio y ahora me sacas a relucir tus miedos.

– Son ellos lo que me fortalecen y me permiten estar en retos.

–Ahora se la da de metafórica.

–Pues sí, aunque sea violenta no por ello inculta ni bruta. Inteligencia y astucia tengo para dar y convidar. Y atiende tus asuntos que los míos están en las afueras de tu palacete. El dolor me llama. Voy a entregarme al goce.

–Sé que El Todopoderoso no manda castigos y menos se comporta como vengador de nadie ni de nada. Somos los humanos con irresponsabilidad e irreverencias los que hemos creado desequilibrios y caos, arremetiendo de forma inconsciente contra las leyes de la naturaleza. Se acomoda como puede, porque lo que anhela es servirle al hombre.

–¡Je, Je! Y yo me felicito por ver al hombre cómo depreda su ecosistema.

–Eres una víbora hedionda \_repuso el presidente en sudor.

–Peor que eso, contestó con aires de quien conoce sus virtudes. Y ahora me despido con un chasquido para que veas que con mis dones precipito tus aprehensiones.

–¿Qué va a hacer?

–Por lo pronto a terminar de derruir las edificaciones para que hayan más muertos y más violencia callejera.

–Por favor, detenga sus impulsos.

– Ya te dije que no nació quien me dé órdenes... y menos tú, pedazo de infrahumano.

Ira salió agitando el aire con un despido fétido, que ésta vez olía a pólvora quemada y huevo podrido.

\_ Y verás, hombre perdido, que vendrá otro personaje a cantarle las verdades a tu pueblo y a tratar de ponerle orden a la corrupción. ¡Vaya, vaya si le será difícil!

Dejó al presidente perplejo y sin habla.

La voz se arrimó a otro rincón, donde sabía que estaría Florence Dupuis tratando de ayudar a los necesitados, junto a varios equipos de salvamento de diversos países. Ira, conociendo las tendencias de la periodista intuía que aquel lugar tendría un llamado para ella. Ya había mostrado años atrás con el terremoto en el Perú que sus inclinaciones humanistas no tenían fronteras.

—¿Pensaste que te escaparías de mis garras? —le suspiró en la ñatas a la entrevistadora que presentaba a un recién salido del escombros.

De inmediato la parisina en bluyín y cabello en cola de caballo reconoció la terrible voz, y escondiendo el fastidio causado la interpeló.

—¿Y ahora qué pretendes, vieja infeliz.

—Causar aún más daños y frente a ti para que veas mi poder y dejes de pensarte niña buena. Regresa a tu Ciudad Luz y olvida que tu alma necesita saciarse del malestar ajeno para sentirse bien.

—Oye, no tienes límites para el respeto. ¿Quién te permitió analizarme como si fueras la reina del psicoanálisis?

—El mismísimo Sigmund Freud que fue un hijo de puta cuando dijo que en el terreno intelectual, las convicciones rápidas, las conversiones instantáneas y las negaciones impulsivas no tienen razón alguna de ser; infiriendo que “el flechazo” o enamoramiento fulminante, es algo que cae por completo fuera de los dominios científicos.

—¿Y quién eres tú para abrir juicio a hombre tan formidable como Shlomo?

–¡Cuán equivocada estás! En 1876 se compromete con la biología y realiza investigaciones sobre las glándulas sexuales de las anguilas.

–¿De las anguilas? ¿Y para qué traes eso a colación?

–Para que aprendas lo que desconoces y dejes de sentirte tan sabionda. Con decirte que yo hice en 1933, al producirse el *Anschluss*, que los nazis le quemaran sus obras “Estudios sobre la histeria”, “El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen”, “La interpretación de los sueños” y “El hombre de los lobos: historia de una neurosis infantil”, obligándolo a exiliarse en Londres.

–O sea que eres todavía más bazofia de lo que pensaba.

–De eso que no te quepa la menor duda, ya te dije que soy la que soy. Y cómo no serlo con un hombre que sostenía que el psicoanálisis no puede vanagloriarse de no haber dedicado jamás su atención a nimiedades, pues por el contrario, los materiales que somete a observación son sucesos inaparentes que las demás ciencias desprecian, considerándolos menores.

–Eso está bien pues. Él mismo dijo que no tenemos derecho alguno a despreciar los pequeños signos, y que tomándolos en consideración puede servirnos de guía para realizar importantes descubrimientos.

–Al final fue mi secuaz por haber sido un gran provocador.

–¿Un gran provocador, Freud? ¿De qué hablas, estúpida? –se amargó la gala.

–Más culeca eres tu gringa de mierda, pulga de burdel, babosa infame.

–Sin ofensa, sí vous plaît. Soy francesa a mucho orgullo, digna descendiente de una revolución que sembró méritos en la Historia.

–Claro, adueñándote de los logros de otros que a la larga nos muestran que tampoco sirvieron. Se llenaron de inmigrantes y menudo bollo que tienen ahora. Todo caos me anima a seguir con mis frentes. Y...

–Y saltas de un tema al otro sin hilvanar ideas \_interrumpió Florence.

–¿Cuál coherencia? Sin ella vivo a mis anchas. Y volviendo al tema: ¿No fue él, acaso, quien pregonó que la sexualidad es la única de las funciones del organismo animado, que traspasando los límites individuales, asegura el enlace del individuo con la especie, esa de la cual me aprovecho para ser aún más incoherente y perpetrar fechorías a mi antojo –anunció con desparpajo.

–Si, lo dijo ¡y qué! Eso me parece bien –comentó Lina tratando de torearla.

–¡Te parece bien! Pues no está bien, cuando él mismo aseguró que por último, el ser individual para el que lo primero y más importante es su propia persona, que no ve en su sexualidad sino un medio de satisfacción, como tantos otros, no es, desde el punto de vista biológico, sino un episodio aislado dentro de una serie de generaciones, una efímera excrecencia de un protoplasma virtualmente inmortal y el usufructuario de un fideicomiso destinado a sobrevivirle- \_dijo bastante enredada en los conceptos.

–¡Vaya si tienes la mente en cuadritos! Tus argumentos nos permiten concluir que el hombre era pensante e investigaba bien. Se devanó los sesos para aportar a la evolución de la sicología y las ciencias humanas, al encaminar sus hallazgos a la transformación del individuo desde su autoconocimiento.

\_ El hombre jamás se conocerá a sí mismo, porque la maldad, que soy yo en persona aunque no me veas, tengo cuerpo y nublo la razón – complementó la voz en mofa.

\_ ¡Contigo nadie puede! Es tal tu naturaleza que no puedes ver lo bueno de la vida.

\_ A lo bueno, lo malo malo, como dirían los mexicanos como Emiliano Zapato  
\_dijo escupiendo el zapato de la francesa.

\_ Cerda, no me escupas. Será Zapata, inculta \_ le contradijo Florence.

Más que fastidiada y pensando que tenía algo más importante que hacer, la joven se arremangó como quien se apresta a una labor.

–Eres una extremista, y no entiendo qué ando discutiendo contigo cuando mis apuros son de otro orden –manifestó la mujer.

Se dispuso a entrevistar a otro herido recién encontrado entre nuevos escombros, gracias a la intervención de la ayuda internacional que no demoró en prestar sus servicios. En Haití se oían varios idiomas como si fuera la Torre de Babel, pero el inglés predominaba como lengua -puente.

–“Pute de merde”, eres una prisionera dentro del círculo mágico que dibuja tu trasero pedigüeño –reviró la voz en ese tonito superior que le daba su condición de invisibilidad.

–¡Insolente! Hasta lesbiana y cacorra debes ser.

–¡Ah! en ese sentido no tengo agüero de ninguna clase, y me gustan las orgías y todo lo que suene raro –añadió relamiendo la excitación que le filtraba cada frase a su oído de diablo.

Sus sentidos estaban en el paroxismo del deleite viendo tanto padecimiento a su alrededor y los gemidos acompañaban su emoción.

–Te imagino metiche como eres asistiendo a todo tipo de perversiones.

–¡Y no sabes cuánto me las gozo! Son mi espejo como en este caso que cada lamento me devuelve el gemido de satisfacción –concretó con voz segura.



En ese momento una nueva réplica del seísmo desatado hizo pensar lo peor. La Dupuis salió disparada del lugar, justo cuando a su costado una gruesa pared con sus dinteles intactos aplastaba a una anciana, que media hora antes había sido rescatada de los escombros de la Catedral de Puerto Príncipe, donde sólo permaneció en pie la escultura en piedra de Jesús en tamaño natural sobre un soporte del mismo material.

Salió a recorrer el horror que multiplicaba la peor tragedia padecida en largos años bajo la consternación del mundo que en sus ojos imprimían el desasosiego de un país en destrucción. La morgue atestada de cuerpos inertes ya no daba abasto. Las fosas comunes respondieron a la necesidad de alojar a los difuntos y apilar sus alientos ya idos en huecos como cráteres.

Cuán feliz y oronda se sentía la voz de la violencia mientras cruzaba estrechas calles y avenidas colmadas de cadáveres a la intemperie, entre vándalos que saqueaban a su paso tiendas, supermercados o inclusive al cuerpo tieso o aún tibio del vecino o del familiar. Se iban a pique todos los valores. La hecatombe de tamaño gigante dejaba en devastación principios morales, éticos y humanos. Imperaba la ley de la selva. Los gobernantes se sentían fuera del alcance de la solución. El pánico y el desenfreno se apoderaron de Haití. Y la voz silbaba su alegría por doquier untada de la esencia de mugre y despojos, anfitriones de mayores muertes y epidemias. Empezaron a regir el terreno con un poder devastador sin nombre. Aquel que había sobrevivido a los estertores ya no estaba seguro que su vida quedaría a salvo. La enfermedad, el hambre, la sed y el desamparo se hicieron anfitriones de la dicha de Ira, encarnada en un ente invisible que penetró hasta los corazones más dolidos para saciar su propio encantamiento basado en la zozobra de otros individuos.

Al calor del infernal clima desnudó su naturaleza inmunda, traidora, rata, vagabunda, soez, egoísta, déspota, ególatra, basura y otros sinónimos a su medida. Ira duró meses aprovechándose de cada instante del escozor de los haitianos, burlándose cuando podía de las buenas intenciones de Florence,

quien ante el horror muchas veces caía en desanimado. Representaba un dolor en constancia titánica y difícil de trasmutar por sonrisas. Los esfuerzos por sacar a Haití de su malestar no cesaron, la francesa abanderaba grupos con deseos de salvar la situación mientras la voz de la violencia hacía su canto de vida al estar tan cerca a lo más abyecto de la sociedad.

Apenas empezaron los trabajos de reconstrucción, Ira Violación abandonó el primer país de América en lograr su independencia, dato curioso y un tanto contradictorio en momentos de tanta esclavitud frente al sufrimiento del brutal terremoto, para hallar en otros predios los venenos del hombre.

## CAPÍTULO IX

### LAS MAFIAS

Satisfecha de haber chupado tanta sangre, sacando su vampiro interior, se trasladó a México. Se instaló en Tijuana, justo en la frontera con San Diego donde los mafiosos del mundo entero impusieron la ganancia fácil como forma de sacarle partido a la existencia. Con jugosas sumas de dinero en bolsillos o caletas le mostraron a Colombia, que de sus narcotraficantes habían aprendido muy bien el negocio. Un nuevo flagelo se había instalado en la Humanidad, el consumo de drogas como panacea de la felicidad. La violencia sabía que era un sofisma de distracción pues todo lo que tocara la palabra vicio no podía generar sino violencia y de la buena, hecha a la medida del dizque valiente que se cree todo permitido y de naturaleza temeraria. Delincuente que se enfrenta a lo que sea con los pantalones bien puestos y unos cojones dignos de la voz de la violencia como los del Capo Eduardo Arellano Félix, alias "el doctor". Un cuarentón de patilla ancha y hablado grosero, considerado el segundo al mando del cártel narcotraficante de los hermanos Arellano Félix, que luego de una violenta incursión militar en Tijuana, en la que se usaron armas de grueso calibre y gases lacrimógenos, fue capturado.

La Secretaría de Seguridad Pública creyó haber dado el paso más importante en su lucha contra ese flagelo, pero allí nomás, elementos militares entraron a la Privada Berna número 4-D del fraccionamiento Chapultepec California, y detuvieron, tras un enfrentamiento a tiros, en el que La Voz parecía complacida, a Luis Ramírez Vázquez, alias El Güero Camarón de 28 años, identificado como miembro de otra de las células del cártel de los Arellano Félix, y a Stefany Benítez Villa de tan sólo 20, de Culiacán, Sinaloa, hallados

con más de doce mil dólares, un rifle AK-47 calibre 7.62, otro calibre .223, una pistola calibre 5.7 a la que los capos de la mafia bautizaron: "matapolicías", mil cartuchos de diferentes calibres, 57 cargadores, tres chalecos antibalas y dos granadas de fragmentación, todo un arsenal para crear hordas de violencia.

Esa violencia que tanto disfrutaba Ira Violy desde su trinchera invisible de donde sabía tirar sus dardos en palabras y hedores. La muy condenada merodeaba esos predios para sentir de cerca el fuego del gatillo, celestino de sus momentos más de euforia.

Eduardo Arellano Félix, cayó junto a una de sus hijas. "Familia que reza unida, permanece unida", pinta el lema pero "familia que delinque unida permanece bajo los barrotes", Estados Unidos pagó una recompensa de cinco millones de dólares por su captura. Había asumido el poder de la organización en el 2006 junto a su sobrino Luis Fernando Sánchez Arellano, considerado el líder del cartel de Tijuana. Director de la organización criminal tras la detención de su hermano Francisco Javier, "El Tigrillo". Posteriormente su sobrino Fernando Arellano Félix tomó a su cargo la dirigencia del clan. Eduardo Arellano, "líder moral e histórico" de la organización se desempeñaba como tal, dentro del cinismo que conlleva dicho cargo. La investigación federal reveló que el cártel de Tijuana tenía presencia en 15 estados de la República, incluso después de la captura de El Tigrillo, y su jefe de escoltas, Arturo Villarreal, de apodo: "El Nalgón", por tener un culo de otro cuerpo. Título obtenido por parte de las autoridades de Norteamérica para diferenciarlo de los demás mafiosos. El mote que le caía como anillo al dedo: el mejor alías a su voluminoso y grasiento trasero.

Al asumir la dirección del grupo delictivo, los hermanos Arellano Félix mantenían las operaciones en Tijuana y Mexicali con Carlos Francisco Cázares Beltrán. Compartían responsabilidades con Guillermo López Palomera. La PGR detectó que en Baja California, Baja California Sur, Sonora y Chihuahua, el

cártel de Tijuana o cártel de Arellano Félix (CAF) mantenía como organización criminal sus centros de distribución de marihuana y metanfetaminas. Y que sus operaciones también se desarrollaban en Sinaloa, Nayarit, Zacatecas, Jalisco, Michoacán, estado de México, Puebla, Distrito Federal, Oaxaca, Chiapas y Quintana Roo, Baja, en la parte noroeste de México, compitiendo en la demanda y movimiento de droga con los otros grandes cárteles del país, como el Cártel de Sinaloa, que controla la parte poniente del país; el Cártel de Juárez, la parte centro del país y el Cártel del Golfo, cuyo manejo se ubica en la zona este del país. Devastadoras presencias que le trajeron tragedias y violencias al vecino de los Estados Unidos, su socio aún en estas lides pues no hay que pensar que los latinos sean los únicos involucrados. La mafia gringa esconde sus uñas para ponerle pancarta de malos del paseo a los indios y no a los rubios, pero tan culpables son los unos como los otros, que engrosan sus cuentas y salen orondos con sonrisas en los bolsillos.

Conocimiento profundo de ese medio tenía la voz que permeaba los sitios más insólitos donde la violencia hacía su guarida y los delincuentes sus fechorías y asesinatos. Sembraban las ciudades de terror.

El Cártel de Tijuana, descrito como uno de los cárteles más grandes y virulentos que operan en México, con justa causa se gana el escalafón. Pero el que a hierro mata a hierro muere: Ramón Arellano murió en una balacera en Mazatlán en 2002 y su hermano Benjamín fue recluso en el penal. El 5 de febrero de 2002, llegó a Mazatlán, Sinaloa, Ramón Arellano Félix, con el fin de perpetrar un asesinato contra Ismael Zambada García, alias *El Mayo Zambada* y líder del Cártel de Sinaloa, pero cinco días después agentes de la policía ministerial lo detuvieron cuando se trasladaba en un vehículo acompañado por Manuel López y Héctor Solórzano al tiempo que la policía ministerial llevaba a cabo una revisión rutinaria. Se desató un tiroteo entre ambos grupos causándole la muerte a Ramón Arellano Félix, a su escolta Héctor Solórzano y a un policía. Se frustró el intento de homicidio contra *El Mayo*.

La Voz de la Violencia, metida en su cuento, profetizó que Benjamín Arellano Félix, alias *El Min*, iba a ser capturado por las fuerzas especiales del Ejército Mexicano en la ciudad de Puebla, acompañado de Manuel Martínez González, un lugarteniente del cártel; y que allí nomás sería sentenciado a cinco años y cuatro meses de prisión bajo el cargo de portar ilegalmente armas de fuego, al ser encontrado en posesión de una AK-47 y una 38 super; pero que con el paso del tiempo lo sentenciarían a 22 años de prisión por delitos de narcotráfico y asociación delictuosa. La voz se deleitaba con las balaceras. Ella misma upaba a los involucrados en dicho conflicto para que se dieran en la jeta y sacaran metralas para producir un sonido de guerra.

–Eso, dense duro que entre más sangre se derrame, más violencia en el país y más disturbios, donde reinar sea mi destino –se decía a sí misma frotándose las manos y haciendo gestos de picardía.

En un monólogo se respondía como quien orquesta sus voces interiores y pone orden en la casa mental.

–¿Y cómo puedo decir una cosa así? si hasta la propia Policía está sobornada para conservar el statu quo. Si ellos entran en cana, ya no habrá quién los aceite y se mueren de hambre. Esperen y verán –se contradijo la Voz con cierto aire de suficiencia, alegando que podía también predecir lo que iba a suceder en el futuro.

Ira Violación venía de todos los tiempos, indistintamente, además de ser gestora de muchos males con sus desafíos.

–Javier Arellano Félix será capturado y aprehendido por la Guarda Costera de los Estados Unidos y agentes de la DEA, a 25 km de la costa mexicana de La Paz, Baja California Sur, a bordo del yate Dock Holiday. Luego Francisco Javier alias El Tigrillo será trasladado a la ciudad de San Diego, California, bajo un operativo marítimo de seguridad y puesto a juicio ante el tribunal distrital de la

ciudad. Lo hallaran culpable de los cargos de homicidio, narcotráfico, asociación delictuosa y lavado de dinero. Un juez federal de distrito Larry Burns lo sentenciará a cadena perpetua sin libertad condicional, y se salvará de ser condenado a la pena de muerte cuando confiese sus actos delictivos –se precipitó la Voz en completar la información que ella misma manejaba como quien reconoce su esencia y el escarmiento al que se exponen los malévolos, sin importarle medir las consecuencias.

Conocedora de su naturaleza, sabía que por uno que toman preso nacen muchos más como maleza, respondiendo a la parte oscura del hombre que al manifestarla no le da cabida a la luz. Y allí mismo aseguró el nacimiento de una gran rivalidad del Cártel de Tijuana con los cárteles de Sinaloa y de Juárez, por la necesidad de acaparar espacios para la venta de narcóticos y la constante competencia por el mercado y corredores de distribución.

A partir de estas consideraciones la voz desde su condición incorporeal se alababa por ser tan consciente del malestar causado, porque aún para el mal se necesita el desarrollo de una conciencia; estar alerta a detonar todas las estrategias para conseguir los fines, sin calificar ni calcular los medios. Pensaba como otros malhechores de la Humanidad que todo fin justifica los medios. Se sentía en su hábitat natural ante el uso de la violencia por los enfrentamientos armados generados entre esos grupos antagónicos que el 24 de mayo de 1993, precisamente, sostuvieron un hostigamiento en el estacionamiento del Aeropuerto Internacional de Guadalajara contra el Cártel de Sinaloa. Resultado halagador para la violencia y su voz: siete personas asesinadas: el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo, Arzobispo de la Arquidiócesis de Guadalajara; dos pistoleros y cuatro personas más. El Cardenal, confundido con Joaquín Guzmán Loera, alias *El Chapo* Guzmán, era uno de los objetivos directos del atentado. Los sicarios se encontraban en la Ciudad de Guadalajara con el único propósito de asesinar a Joaquín Guzmán Loera, luego de la matanza huyeron en un vuelo comercial hacia Tijuana, Baja California. El 24 de noviembre, seis meses

después del Intento de homicidio contra Joaquín Guzmán Loera, trataron de asesinar a Amado Carrillo Fuentes, alias *El Señor de los Cielos* y líder del Cártel de Juárez, en el restaurante Ochoa Bali-Hai de la Ciudad de México, resultando dos personas muertas. Amado Carrillo Fuentes y su familia lograron escapar por la puerta trasera del lugar gracias a la protección de sus guardaespaldas. El 26 de octubre de 2004, un Juzgado del Distrito Federal sentenció a Alcides Ramón Magaña, alias *El Metro*, a 21 años de prisión y al monto de 375 días de salario mínimo, bajo el cargo de portación ilegal de armas de fuego y por su participación en el enfrentamiento armado en el restaurante, como sicario de Amado Carrillo. El 20 de junio de 2007 fue nuevamente sentenciado a 47 años de prisión, bajo los cargos de delincuencia organizada y delitos contra la salud (narcotráfico).

Cuando el 26 de enero de 2008, agentes estatales y del Ejército Mexicano detuvieron a Alfredo Araujo Ávila, alias *El Popeye*, como implicado en ese homicidio y en el atentado contra el periodista Jesús Blancornelas, fundador y Director del semanario Zeta de Tijuana, como una reacción del Cártel a las constantes investigaciones que realizaba el periodista, relacionadas al narcotráfico y a la corrupción gubernamental, la Voz encontró que esa era una oportunidad extraordinaria para desatar sus objetivos demenciales. Blancornelas, herido por cuatro impactos de bala AK-47 mientras que su chofer y escolta, Luis Lauro Balero, falleció acibillado no sin antes herir también a uno de los agresores identificado como David Barrón Corona. El lesionado logró utilizar el aparato de radiocomunicación de su automóvil y llamó a emergencias, atendido en un hospital cercano salvó sus días. El Presidente Ernesto Zedillo les otorgó a él y a su familia un servicio de protección a cargo de un batallón del ejército mexicano.

—¡Fue la decisión más estúpida! la asumida por un Presidente a favor de un periodista —murmuró la Voz .



Y en la conversación consigo misma se daba respuestas como los orates y los distraídos que van hablando solos por la calle.

– ¡Vaya ilusos que son! cuando se sienten dueños del poder creen que van a detener la noche. ¡Ja, ja, ji, ji! Nadie lo logra y menos bajo mis excelentes propósitos de ennegrecerla aún más –se comentó a sí misma mientras se relamía de sus actos tanto pasados, presentes como futuros.

Dueña del tiempo y del espacio como lo hemos visto en capítulos anteriores, se servía de sus emisarios que respondían a sus actos con reuniones en junta directiva para formarse mejor directrices en el comportamiento que debían obedecer sin dejar títere con cabeza ni dolor ausente de la víctima. El sabor de la victoria de la violencia se manifestaba con derroches de sangre, de sufrimiento, de entuertos y con bofetadas al bien.

El 17 de marzo de 2008, fue arrestado Saúl Montes de Oca Morlett, alias *El Ciego*, uno de los sicarios participantes en el atentado contra el periodista. La identidad del líder del cártel se desconocía, pero se despejó cuando con una identificación falsa bajo al nombre de *Jorge Pérez López*, los estudios periciales y pruebas de ADN comprobaron que la verdadera identidad correspondía a la del líder criminal, que se había sometido a cirugías estéticas.

–Quería vendernos gato por liebre –aseguró La Voz, quien no vio con buenos ojos que para aumentar su capacidad de sembrado, distribución y venta de enervantes, los cárteles establecieron alianzas entre ellos, formando *'federaciones'* o *'asociaciones'* en donde a pesar de que trabajaban como organizaciones criminales independientes, establecían relaciones de cooperación y colaboración entre ellos, disminuyendo la violencia. Bajo esa connotación, el Cártel de Tijuana estrechó lazos con el Cártel del Golfo mientras el de Cártel de Juárez lo hizo con el Cártel de Sinaloa.

La Voz creyó que las únicas alianzas de cooperación validas eran las usadas para los enfrentamientos armados contra los cárteles rivales y por el control de las vías de distribución, participando con gran deleite en la guerra violentísima suscitada entre la asociación '*Golfo-Tijuana*' y '*La Federación del Narcotráfico*' –asociación Juárez–Sinaloa–Milenio.

El día que los Arellano Félix gestaron una alianza con el Cártel del Golfo en el penal de máxima seguridad del Altiplano (La Palma), lugar en donde se encontraban presos al mismo tiempo Benjamín Arellano Félix y Osiel Cárdenas (líder del Cártel del Golfo), antes de que este último fuera extraditado a los Estados Unidos, la Voz caviló que algo se le escapaba de las manos. Ella, máxima autoridad en violencia, no anhelaba acuerdos de ninguna clase sino baños de sangre.

Y así recordó como se había llenado de satisfacción con la larga y sangrienta época de Pablo Escobar en Colombia. Hombre de palabra, quien asumió su misión decretando públicamente que quería ser el mejor delincuente del mundo. Con esas fichas de mala calaña y prontas al mal le encantaba contar por saberlas más sanguinarias de lo que realmente esperaba, expuesta a la saña que produce el mal. Pablo con sus delirios de grandeza de malévolo con cada bomba exterminaba a muchos seres inocentes y se valía de métodos más bravos que los conocidos, como: explosiones de aviones o tiroteos en las calles sin mediar el dolor del otro o las balas perdidas que lanzaban muertos al andén. Fue personaje de leyenda cuya maldad excedió todo contexto, al igual que cuando Dios puso a prueba a Moisés y le mandó las pruebas al faraón. Le permitió durante las primeras cuatro plagas retornar en arrepentimiento, tal y como hace el Todopoderoso con los seres para darles tregua de cambio, pero ya cuando los ve con tanta alevosía se les escapa de su dominio y los deja obrar según sus criterios para que tengan el buen uso de su libre albedrío, así sea de manera equivocada o negativa. En ese momento de no retorno el Bien endurece el corazón de sus contrarios y los deja obrar a voluntad. Así sucedió

con Pablo Escobar cuya única fibra sensible era su propia familia, de resto sin madre ni padre para matar a su gente, a sus compatriotas y víctimas inocentes de las redes de la ofensa.

La voz en aquellas circunstancias circulaba como Pedro por su casa en las ciudades más importantes del país de las esmeraldas y del café. Se ufanaba de pertenecer al país más violento del planeta, que recibía como castigo ese estigma. Y se decía, " en río revuelto ganancia de pescadores". La violencia cosechaba más de lo suyo y vivía en paz en esa tierra de tres cordilleras, dos océanos y un casi tercero como puede serlo el Río Amazonas con su caudal de mar intenso, habitado por selvas donde reinaba el caos, los crímenes de guerra y los secuestros. En jaulas convertidas, la vorágine devoraba almas. Los barrotes formaban prisiones de seres en agonía y de cautivos con bolas al pie entre el espesor de la vegetación. Colombia transformada en escenario de conflicto pesado, donde todos contra todos sumaban muertos y peligros. Esa voz cómo se deleitaba, bailaba al unísono de las lianas y de su oda a la violencia en sol mayor. Escuchada hasta en los más recónditos lugares de la Tierra, y ella se paseaba con los crespos muy bien puestos y la facha de gran señora. Se miraba a los espejos y sonreía por sus hazañas. Se picaba el ojo a sí misma y esos guiños le devolvían la certeza que estaba por el camino cierto de su verdadera función: traer vilezas al corazón del hombre. La voz de la violencia tenía a su servicio a los guerrilleros, los paramilitares, los militares, a los corruptos, a los políticos y así iba engrosando sus filas y aumentando su dicha de ser. Bebía de sus propias fuentes.

De vez cuando se metía en hogares donde vivían viciosos de la droga, ya fuera de heroína, coca, basuco o de sustancias mezcladas que producían efectos alucinógenos de mayor envergadura. Sabía que el infierno era el hogar de estos individuos que por un mal paso y enfermedad del alma caían en desgracia pero para su suerte era en gracia de sus propios brazos. En la

efervescencia de su adicción, los miraba de frente con los ojos inyectados de sangre, los movimientos en desorden y en delirio por el exceso de consumo.

–Así me encanta verte –les susurraba al oído cuando iba a sus fiestas y a sus viajes.

En muchos casos los afectos pensaban que era el fruto de la crisis sin entender que una voz ajena y conocedora del mal era la intrusa en la oreja.

Ellos se sacudían el órgano de la audición para ahuyentar lo que consideraban su propia voz en desespero, más la violencia en alevosía regresaba con mayor ahínco.

–Marica, debilucho, malnacido, ¿qué te creíste que te salvarías de tu propio invento? –profería para alucinarlos aún más.

Embriagada con su risita burlona continuaba su discurso para enloquecer aún más a la víctima del consumo.

–Yo soy la causante de tu compulsión. De ella jamás saldrás bien librado.

Atemorizados los drogados miraban a su alrededor sin dar crédito a la voz escuchada.

–Mira en el estado que estás, así me gusta verte en degenerare y pronto a un vuelo hacia el infierno.

La persona en malestar se tapaba las orejas para evitar más resonancia de una voz que le resultaba tan familiar, la misma de los parientes que imploraban un bienestar. Pero la condenada voz de la violencia no intentaba sacarlos de ese estado, al contrario con sus argumentos los hundía cada vez más.

–Carroña, eres mi propio reflejo.

–Definitivamente me estoy volviendo loco –gritaba en desespero el muchacho o la muchacha en cuestión tapándose juntas orejas para evitar el sonido que los remitía al abismo, a la encrucijada de su malestar.

–Y a mí me tienes loca de la dicha –repetía como quien se declara en amor.

Su alborozo aumentaba a medida que veía la desesperanza del depravado. Encenagado el ser buscaba alivio implorando con sus manos que no lo aturdieran más.

–Ya bastaaaaaaaaaaaaa.... –gritaba en forma desenfrenada como queriendo escapar de un laberinto sin salida

–Sólo empieza tu suplicio, ya eres mi presa. Y hasta que no te vea a mi merced no quedaré contenta –decía la voz pronta a estimular al encallecido para observarlo en mayor decadencia.

Joseph Levy, joven israelí, mochilero con ínfulas de aventurero en una de esas dejó el pellejo. Venía a buscar samba y droga en Río de Janeiro, otro sitio estratégico del vicio, como muchos muchachos que en aburrimiento y desbordado por la guerra en el Medio Oriente, una vez terminado su servicio militar huyen de aquel territorio en busca de vida, creyendo que la vibración de lo bueno, de lo chévere está en lo prohibido, en placeres ocultos y en viajes a otras estratosferas. En ese desmán murió el joven que la violencia fue a visitar en sus postreros momentos cuando deliraba en hebreo.

–Shalom, shalom –le decía la voz de la violencia con un rictus de desagrado al pronunciar una palabra que si bien corresponde a un adiós encierra el significado de paz.

El moribundo escuchaba la despedida sin saber si estaba en Tierra Prometida o en el cruce con el averno.

Peleaba en el aire con lo que creía eran las fuerzas del demonio.

–Shalom, shalom –les decía mientras actuaba combatiendo con puños y patadas al aire.

–Así, me fascina ver a mis presas, Joseph Levy, llegó tu hora –anunció la voz dentro de una carcajada circular.

–No, no quiero morir, regreso en teshuvá –repetía el muchacho en negación de su suerte y recordando principios fomentados en modo de vida transmitidos por la Torah.

Esos Libros Sagrados en olvido por un tiempo como suelen hacer los jóvenes con la rebeldía propia de una edad donde se anhela reinventar el mundo.

–Mehujar midai, javer –le canturreó la voz en un hebreo chapuceado que quería decir: “demasiado tarde, amigo”.

Su compañera de cuarto, Sarah Cohen, otra muchacha de la Tierra Santa, le pasaba un pañuelo mojado con alcohol sobre la frente, mientras rezaba un Shéma Israel sabiendo que su amante partía por el efecto de una sobre dosis.

–Sarah, nada lo detendrá de morir porque ustedes los jóvenes se creen muy sabios y terminan en mis garras porque de la existencia no saben nada. Todavía les sale leche por la nariz –vociferó la voz con alma de guerrera.

En llanto y suplicante, la israelí, miraba a su alrededor para ubicar la voz, que ya empezaba a hacer de las suyas despidiendo su hedor.

–Huele a diablos –expresó la muchacha que tuvo en mente que era su novio quien se estaba pudriendo.

Saltarina, se mofaba de la muchacha estando en cualquier rincón sin ser vista, sólo escuchada. Pero Sarah que también había metido droga, pensaba que era su estado y no algo externo. Era la propiedad de la voz de la violencia,

interiorizarse en el otro de tal manera que hacía parte de la persona y lograba confundir aún más a su interlocutor.

Sumaba muchos interlocutores de esa naturaleza, en varias partes del mundo, pues sembrado el mal en la juventud, la voz de la violencia observaba el fenómeno como una industria en cadena, que multiplicaba su producción de adictos en forma exponencial, dándole rienda suelta a los mafiosos para hacer su agosto con el producto de la alucinación.

El par de judíos habían rumbeado con el hijo de un capo del narcotráfico de Brasil, quien también en el cuarto contiguo dejaba su último aliento como prueba a los padres del negocio del polvo blanco que sus hijos tampoco están exentos de caer en la muerte debido a sus buenos oficios. Y estos dobles males le producían una excitación extrema a Ira Violación, al saber burlados a todos al final de cuento. Le causaba una gracia monumental regar el dolor por doquier, en cinismo y en perfidia. Reflejos de su esencia que la remitían a la traición, a lo denso y perverso.

Nadie se salva de esa calamidad. Crece como tsunami por el mercadeo que se le hace al mal. La voz se vanagloria de sus alcances. Ya en los colegios a la salida existe la venta de dulces con droga adentro para ir cebando a los muchachos hacia el vicio. Y los jibaros se las ingenian para crear nuevas fuentes de consumo sobre todo en la juventud, un mercado que se hace a las ilusiones de un momento de éxtasis sin calcular consecuencias. En todo este tejemaneje, metida la voz hasta el cuello, sonría en gozo de levitación.

Imágenes de ese tipo le inyectaban albricias a sus días; ver la descomposición humana y saberse solidaria del proceso, que ella misma propiciaba ya fuera en eco o en voz a todo pulmón.

## CAPÍTULO X

### MANICOMIO

Sin detenerse en el dolor de las víctimas, viajaba a otros lugares para renovar emociones. Esta vez se hizo a un manicomio en Boston. Le parecía gracioso llegar a ver gente con el alma en aruño y la mente en punto de interrogación. Era una edificación con todas las comodidades como saben instalar los gringos para tratar de darle bienestar al malestar. La tarde pintaba con su color naranja, hojas muertas por el piso alfombraban el jardín, y varios pacientes daban su habitual paseo para calentar huesos.

Bill Roots, un cincuentón con pinta de intelectual iba de loco en loco arengando pueblo. Cuando lo hacía de manera calmada se le permitía por un tiempo hacer lo suyo pero cuando se inflamaba el sentido de la palabra, una inyección lo llevaba directamente al cuarto para ajustar los decibeles de su voz. Fue internado por el mismo motivo, pues existen personajes que no le temen a la reja de ninguna clase, y van vomitando por calles y mercados lo que su corazón siente. No siempre ajustado al sistema que permite sólo escaramuzas de opinión, pero jamás un enfrentamiento a fondo como lo hacía Bill, periodista de larga trayectoria que encontraba pasión en hurgar la historia y se apoderaba de verdades que incomodaban. Ya llevaba varios meses recluido en el Hospital Psiquiátrico de Boston, a las afueras de la ciudad donde el aire es menos viciado al permitirles un pseudo sentimiento de libertad. Bill con su antejo gordo y su barba de varios días detentaba un arma, la palabra. Iba echando un discurso que a veces impactaba a los demás y otras le pasaban los transeúntes sin fijar la mirada, pero de tanto hacerlo en tono desafiante, una tarde de diciembre justo antes de la Navidad, tres policías lo llevaron a la



estación para acallararlo. Cuando vieron que hablaba como un disco rayado, lo entregaron a las

autoridades pertinentes en materia de salud mental. Los especialistas dictaminaron una clausura inmediata para controlar su rabia contra la sociedad. Fue el diagnóstico que dos médicos forenses tuvieron a bien juzgar. Más pensaron que bajo medicación el paciente en rebeldía cambiaría su forma de obrar. Bill aprovechaba su labia para salir por corredores y jardín para incitar a otros locos en una casa donde el juicio quizá era más certero que en las avenidas de la capital de Massachusetts.

Bill era un tipo extraordinariamente inteligente, pero lo agobiaba una esquizofrenia galopante que lo hacía tener percepciones de la realidad muy diferentes a las compartidas por las personas que lo rodeaban. A veces se sentía asustado, ansioso y confundido debido a que vivía en un mundo distorsionado por alucinaciones, ilusiones y delirios. Continuamente era encontrado manteniendo una pose fija, rígido, sin moverse ni emitir sonido durante horas; pero cuando estaba completamente alerta, se movía constantemente y hablaba cosas aparentemente coherentes sin parar, consiguiendo deslumbrar a quienes lo escuchaban.

–No hay que este hombre de bruto nada y más bien nos confunde a todos con la suma de sus conocimientos –comentaban los enfermeros que lo lidiaban.

Sus alucinaciones ocurrían a través de todos los sentidos: escuchaba voces que otras personas no oían, que describían sus actividades, mantenía conversación con ellas e incluso le advertían de peligros inminentes. Durante sus delirios creencias falsas que no respondían a la razón ni a la evidencia, lo agobiaban, aunque él no consideraba que sus delirios fueran creencias culturales que no tenían el valor de ser compartidas por los demás.

Su realidad no era la misma de Joseph Gerald y Winston Bernuy, dos guatemaltecos que sufrían de esquizofrenia paranoica y tenían delirios de persecución. Creían ser engañados, acosados, envenenados y que otras personas conspiraban en su contra, sin que estas cosas estuvieran realmente sucediendo; o de Walter Quiliche, el frustrado suicida ecuatoriano, que intentó quitarse la vida al abrirse las venas para luego bien desangrado pedir auxilio. Sufría delirio de grandeza y en sus mejores momentos creía ser Winston Churchill. En su tenebroso cerebro había inventado un país llamado "Pichula" en donde todos sus ciudadanos andaban desnudos y se hacían el amor al paso y sin vergüenza. Pero era medio idiota: cuando se amargaba, quería declarar la III Guerra Mundial desde "Pichula", pero sus habitantes los pichulanos lo ignoraban creyéndolo loco. Ese fue el motivo que adujo para cortarse las muñecas, que nadie entendía la necesidad de una tercera guerra mundial, mientras la voz la hablaba al oído para que siguiera en su cuenta, y ella se gozará la explosión que sentía en su cabeza, pronta a librar batallas hasta consigo mismo.

A Bill la esquizofrenia no le había afectado su capacidad de pensar; y sus pensamientos no surgían y desaparecían rápidamente. Se podía concentrar en un tema y prestar atención a las cosas y dictar varias cartas al mismo tiempo. Tenía un coeficiente mental extraordinario, con el que solía proclamarse defensor de los humildes, de los postergados, de los sin voz, a los que decía amar intensamente. Su capacidad para expresar sentimientos y estados emocionales no había sido disminuida, a pesar de que casi siempre mostraba una apariencia de no sentir emociones, pues se aislaba socialmente evitando el contacto con los demás y mantenía una expresión facial apática. Una vez nomás cuando murió su madre, forzado a interactuar con otros, parecía no tener nada que decir y su capacidad de pensamiento pareció empobrecida. Disminuyó su interés en hacer cosas y su capacidad para gozar de los aspectos placenteros de la vida. Se pasaba días enteros sin hacer nada, ajeno a su higiene personal más básica, pero superados esos problemas de expresión

emocional y motivación, que preocuparon a sus amigos, se volvió complaciente, y frecuentemente recordaba con orgullo su paso como dirigente sindical en defensa de la clase trabajadora. Hasta que un día le dijeron que era esquizofrénico, que el problema le venía de familia, y le fregaron la vida.

–¡Cojudos!. Dicen que soy loco y que esa locura tiene un origen genético, por una malnutrición intrauterina. Pero no saben –decía para justificarse –que no estoy loco. Mis circuitos funcionan de la puta madre. Ni loco ni loca. Loca será su abuela. Mi problema, para que todos lo sepan, no viene por ninguna predisposición genética: mis ancestros gozaron de buena salud. Me viene de tanto coger, de tanto cachar, de hacer el amor mañana, tarde y noche sin alimentarme bien y fumar. He sido bravo en el ring de las cuatro perillas y me comí los coños más hermosos, sacándole jugo al máximo de una posición en ventaja por haber sido periodista de gran calibre.

Y sacaba pecho al relamer los recuerdos.

–Sí, eso es lo que me jodió. Ahora ni se me para con tantas pastillas que me dan. Así que no me vengan a hablar de los neurotransmisores dopamina y glutamato, pues con ésta los mato –acotaba divertido.

Y miraba por doquier con la mirada un tanto ida como quien persigue un horizonte en escape. Respiraba honda y retomaba su parlamento de político en acción.

–El verdadero autor del caos y el pánico del mundo se llama “Mercado”, el más grande terrorista sin rostro que ha copado el planeta, decía sin agüero.

Gesticulaba el hombre que manejaba información.

–No el mercado en donde venden frutas, sino el “Mercado” de las grandes transnacionales. Desde su frontis fabrican las guerras más truculentas, la

industria de la muerte, los asesinatos de lesa humanidad. Psicosean al mundo para sembrar miedo. Como dice Eduardo Galeano...

–¿Qué ano?, preguntó, Salvo, un orate que se masturbaba a su diestra cerca a un árbol creyendo que era Marilyn Monroe en pose de recoger los frutos cosechados.

–Eduardo Galeano, ignorante.

–Bueno si es un ignorante, para qué hablar de él, contestó mientras seguía con la herramienta en la mano.

–Galeano es el gran escritor argentino que ganó el Cervantes gracias a una obra lúcida, entre la que resalta su gran libro “Las venas abiertas de América latina”. El ignorante eres tú.

–Venas abiertas las que tiene Michel –reviró mostrando a un joven que había intentado suicidarse y que estaba bajo fuerte sedación en un banco magullando su tristeza.

–Deja a la gente en paz en su proceso, y piensa más bien en esta verdad: cada vez que el Mercado da la orden, la luz roja de la alarma parpadea en el peligrosímetro, la máquina que convierte toda sospecha en evidencia. Es así como las guerras preventivas matan por las dudas, no por las pruebas.

Mientras tanto la voz de la violencia perseguía la conversación, pues no sólo Bill sembraba desorden con la palabra, sino era caldo de cultivo ver en los locos un disfuncionamiento que producía dolor. Aquel con la baba en chorros y otro en delirium tremens, mientras varios enfermeros de bata blanca trataban de aquietarlos. Ella se frotaba las manos como solía hacer con su contento. Mostraba su poder de estar atenta al sufrimiento con su paseo sobre testas en desvarío. Bill seguía en su parlamente como si su cerebro estuviera en lo cierto.

–Sucedió con Irak, que posee la segunda reserva mundial de petróleo, justo lo que andaba precisando el Mercado para asegurar combustible al despilfarro de la sociedad de consumo. Y las potencias imperiales se sienten con derecho a monopolizar las armas de destrucción masiva.

– Si tú eres loco de remate ¿cómo sabes tanto? –inquirió el enfermero con una inclinación sensible hacia los temas políticos.

–Locos son los que están afuera del manicomio –prosiguió Bill haciendo una señal de tornillo sobre la sien.

El enfermero, un muchacho latino que hacía su pasantía por el hospital, y por haber escuchado a sus padres de Honduras en la queja total por el desamparo del gobierno de su país de origen y por estar un tanto defraudados del sueño americano, se hacía a las frases de Bill por encontrar en el meollo de las palabras, hechos reconocidos.

La voz sobrevolaba como un ave que pica de flor en flor la rabia necesaria para seguir su vuelo y se decía a sí misma:

– Para qué voy a negar: soy loca. Por mis locuras la violencia del planeta es de manicomio, paranoide, esquizofrénica y mortal. Soy la mierda al cubo. Actúo con ese afán desde el principio de los siglos. Y aquí me tienen bien parada oyendo lo que tanto me gusta, penetrar la mísera humana y aupar la infelicidad en cada cuerpo cuando los siento en dolor, como almas en pena.

Bill seguía el camino de la arboleda ya casi sin vestimenta.

–En tiempos de la conquista de América mientras nacía el Mercado global, la viruela y la gripe mataron a muchos más indígenas que la espada, el mortero y el arcabuz.

Dichosa soltaba una pestilencia que el enfermero le atribuía a un desorden de estómago del paciente.

–Ya te cagaste la vida, ahora lo vas a hacer en los pantalones –le recriminó.

Ausente de la consideración, siguió en su perorata aduciendo más males para la Humanidad.

–La invasión europea tuvo mucho que agradecer a las bacterias y los virus, pues con el paso de los siglos, esos aliados se convirtieron en armas de guerra, en manos de las grandes potencias. Un reducido puñado de países se adueña de los arsenales biológicos –siguió insistiendo Bill con movimientos en desorden.

–Por ahora son tus propios gases que van a detonar una bomba atómica –le advirtió en son de broma el hombre de la bata blanca.

–No fastidias, Juan, que lo que digo es cierto y verificado. Hace un par de décadas, Estados Unidos permitió a Saddam Hussein que lanzara bombas de epidemias contra los kurdos, y pocos saben que esas armas bacteriológicas fueron hechas con cepas compradas a una empresa de Rockville, en Maryland, que hasta ahora dice actuar en nombre de la seguridad universal.

La voz se deleitada por un conocimiento que la reforzaba en sus andanzas, porque siempre estaba presente en las decisiones más virulentas y se preciaba de cargarse a sus propios muertos bajo la mano asesina de algún colaborador como Sadam Hussein, ahorcado por un tribunal de académicos de la guerra que decide quién es terrorista, aplicando un horror aún más siniestro que el que pretende combatir.

–Fue un santo de mi devoción por cruel, vengativo y criminal –aseguró con orgullo La Voz, dando a entender que el ex mandatario iraquí le sirvió hasta el hartazgo a sus fines violentistas.

Ella, mejor que nadie sabía con quien colaborar para hacer del planeta Tierra, un infierno. No en vano otros dementes circulaban tomándose por Napoleón o

por Nerón, como el caso de dos loquitos que dialogaban en otro lugar puntualizando que cada quien era más importante que el otro. Uno con la cabeza rapada, más a la distancia se creía Dios impartiendo bendiciones a diestra y siniestra en un delirio de misticismo propio de gente que enajena su pensamiento; y cuando escuchaba que alguien le pedía al Altísimo misericordia para su vida, él se sentía aludido y contestaba: "Por qué no me dejan en paz que no atiendo los domingos".

Panorama desolador, tanto en el paisaje otoñal como en la presencia de cada orate con su cuento fuera de la realidad.

Bill en un impulso mayor siguió dictando cátedra en tono resuelto y convencido.

—A Bush y sus aliados, se les acusó de agredir al Líbano, Irak y Afganistán; de haber promovido la muerte violenta de 800.000 iraquíes, 3 mil soldados norteamericanos, 245 británicos (sin contar los militares de los otros países que forman parte de la colisión de los que no se tiene datos precisos), desde la invasión a ese país, el 18 de marzo de 2003; de haber incentivado la huida de sus casas de 500 mil iraquíes; de haber devastado a millones de personas en decenas de países de Latino América, África y Asia; de fomentar la violencia económica contra el Tercer Mundo a través del Banco Mundial, el FMI y la OMC; de utilizar la tortura en prisiones donde los reclusos no tienen siquiera derecho a una defensa de oficio como en Guantánamo; de detener sin cargos o con cargos falsos, como en el caso de los cinco de Cuba, a un sinnúmero de inmigrantes árabes, latinoamericanos, africanos y asiáticos, muchos de ellos en cárceles desconocidas; de diseñar la creación de realidades artificiales, como el del brote masivo e incontrolable de dengue en la isla, inventado por la televisión italiana, de amenazar a Irán y Corea del Norte, bajo la acusación de que el uranio enriquecido que trabajan, estaría destinado a fabricar armas atómicas; de haber construido un muro de la muerte en la frontera mexicana donde se asesina diariamente a quienes tratan de cruzar al territorio

norteamericano; de organizar el genocidio en Darfur y la militarización de Ghana; de impedir cualquier acuerdo entre ETA y el gobierno español, en su búsqueda de la pacificación de Euskadi; de organizar actos violentos contra pueblos y comunidades indígenas por parte del ejército colombiano y de proteger el narcotráfico desde esa área geográfica, y miles de brutalidades más que se multiplican por el universo bajo la alevosía de la maldad.

–Oye, Billito, ya deja de sentirte el defensor del mundo –le susurró la voz de la violencia al oído.

Bill convencido que era la voz de la conciencia le reviró con furia.

–Ahora tú también me vas a mandar a callar.

Y aún en estado más violento se subió sobre un banco.

–Estos actos son peores que los perpetrados por Sadam Hussein o Mahmud Ahmedinejad.

La voz en su mayor paroxismo, en delirio a su vez le comentó al oído.

–Quiero contarte que ese Mercado, al que te refieres, es el que ha servido a todos esos fines que yo personalmente he tramado con tanto éxito.

–¿Quién me habla? –preguntó en desconcierto el hombre sin razón.

Mientras juguetona, la voz montada sobre el mismo banco se queda a los pies de Bill.

–La voz de la violencia –respondió lacónicamente.

–Mira tú, Juan, me habla la voz de la violencia.



–Será la voz de tu conciencia, cojudo, –contestó en un arresto de lucidez un loco que escuchó la conversación mientras pedía que lo salvaran de un policía imaginario que lo “perseguía”.

Juan mira a Bill con mayor paciencia. Lo siente al borde de una crisis. Y de repente el periodista con los puños puestos sobre la dirección de la voz, en una maroma que parecía dejarlo sin equilibrio, intentó caer al suelo mientras el enfermero con pericia lo contuvo.

–Bestia, entonces mereces ser la reina del manicomio –repuso mientras acomodaba el paso sobre el banco.

–Reina es muy cursi, administradora. Y te cuento que los verdaderamente locos están afuera rumiando su miseria moral y material cuando piensan si mañana comerán o si tendrán un techo que los cobije, o cómo sobrevivirán en caso de enfermedad o accidente, y yo planto más pobreza y desgarró a mi paso. Es mi función. ¡Y ah bien que la desempeño!

–Insensible, no te preocupa si pierden el trabajo, o si alguien se comerá su jubilación o la devorarán las ratas del sistema o si mañana desvalijarán su casa, o algún drogado les meterá un cuchillo en el corazón para robarles.

–Mientras más caos, más dividendos para mi causa –alegó la Voz que estaba a punto de ser pisada por el zapato de Bill.

–Deja de envenenar a tus súbditos coño.

–Son mis aliados, como tú cuando salías a la calle a sembrar desorden y te tomaron por chiflado.

La voz inquieta por la pisadera del loco, toma vuelo y empieza a emprender algo de altura.

–Aquellos que suelen decir verdades por lo general no son escuchados. Según cada gobierno en democracia o dictadura merece el barrote o el electro shock por verificarse como un individuo que canta lo que la sociedad no debe saber. El gran Gónzalez Prada decía que en un diario se condensan el Agora de Atenas y el Foro de Roma, la arena de un torneo y el campo de batalla, el ambiente de un jardín y el vaho de un pantano, la luz de una apoteosis y el bisturí de una vivisección, pues encierra un abigarramiento de bienes y males, de justicias e injusticias, de tragedias y sainetes. Lo mismo es el Mercado global que gobierna la violencia, y maneja la economía que cada minuto mata de hambre a 12 niños en el mundo.

–Ese papel me corresponde pues me hago a la destrucción para alimentar mi ego.

–Y tu bilis y tu entraña de basura y tu absoluto desamor y tu miseria, que se hacen cuando el hombre llora –preguntó Bill, como poseído por la curiosidad.

El enfermero piensa en ese punto de la charla que su paciente está arrebatado por las voces de la insania.

–A ver, Bill, vamos ya hacia el comedor que es tarde y es tiempo de alimentar el cuerpo.

–Es ese el problema, el hombre que solamente piensa en el alimento de su organismo y no de su mente –dijo mientras forcejeaba con Juan, quien intentaba con suavidad bajarlo de la banca.

–No te metas conmigo, Juan, que te va un puño certero a la mandíbula.

Juan sabía que ante la amenaza podía sufrir una fractura, pues Bill era de naturaleza fuerte y se arriesgaba a todo cuando se le llevaba la contraria.

–En esa organización terrorista del mundo, que el poder militar custodia, hay mil millones de hambrientos crónicos y la venta de carne humana al extranjero

genera desarraigo y tristeza y divisas y los promotores del caos quieren vender el orden. La pobreza y la desocupación multiplican la delincuencia, que difunde el pánico, y en ese caldo de cultivo florece lo peor.

La voz al oír: "lo peor", lo transformó mentalmente en "lo mejor", para su conveniencia fatal.

–Ya, Bill, mira que suena la campana para ir a la cantina. Te van a dejar sin comida –acusó el enfermero enfilando la dirección hacia el comedor.

–¡Qué comida ni que ocho cuartos! ¿Carajo, cómo pueden ser tan indiferentes a los asuntos del espíritu?

–Nadie te niega la necesidad de alimentar el alma –contrarrestó Juan.

–Del "alma" y del "arma" –aseguró zarandeándose el sexo el hombre que creyendo que nadie lo veía, se masturbaba detrás de un árbol.

–Calla pajero de mierda, no interrumpas. El negocio más rentable del mundo genera fortunas y desastres "naturales". Los gases venenosos que el petróleo echa al aire son la causa principal del agujero del ozono, que ya tiene el tamaño de Estados Unidos, y la locura del clima. Cobra miles de víctimas...

–Putá, sí, es verdad –completó un hombre señalando un periódico que aparentaba que leía, pero estaba al revés, mientras otro intentaba reiteradamente quitárselo, y al final, al no poder hacerlo, lleno de impotencia lo empujó.

–Egoísta de mierda, pero no te olvides que no solamente una vez caga el culo.

–En Etiopía y otros países africanos, la sequía ha condenado a millones de personas a la peor hambruna de los últimos veinte años, y otros países europeos sufren la peor catástrofe del último medio siglo a causa de las inundaciones... y tú, insolente, me hablas de comer. No seas insensible al dolor

ajeno, hermano –continuó Bill luego de celebrar con una sonrisa la ocurrencia del demente.

–Sí, Bill pero ya es tiempo de que pienses en ti. La caridad empieza en casa.

–Mi casa es el mundo, por ello me tienen tan jodido. Nadie entiende que ser ciudadano del mundo, implica condolerse en compasión con el malestar del prójimo –emitió al abrir su corazón ante Juan.

El orate que tenía el periódico en mano lo alzó y se lanzó al rostro a Bill.

–Toma pues, para que comas noticias. A lo mejor te indigestas pero bueno cada quien que devore lo que quiera. Yo me quedo con los pasteles –afirmó el loco de la prensa al revés.

Tomando a los tres dementes por el brazo, Juan los encaminó hacia la cantina donde ya varios comensales empezaban a recibir su porción.

– Oye Bill, no eres más cojudo porque no estudias más –acotó el onanista consiguiendo que todos rieran.

Ya al entrar al comedor, vieron cómo se desataba una batalla campal entre los enfermos que se tiraban la comida unos a otros entre risas y peleas. La voz se colmó de dicha. Esa violencia también la nutría. Caras untadas de puré y de chocolate como en las películas de antaño donde la gracia eran los tortazos porque el hombre siempre se ha burlado de la desgracia ajena y del aprovechamiento del otro. Bill y los otros dos locos recibieron en la jeta platos que volaron hacia ellos.

–Silencio –grito una voz de hombre maduro, seguido de un pito bien sonoro.

Una alarma se disparó. Y los múltiples enfermeros restablecieron el orden calmando a los pacientes.

–En este mundo no hay paz que valga –aulló Bill en desgarró.

La voz se gozó la intervención de Bill, pero ya sentía que gracias a los servidores del orden empezaría a reinar la calma. Percibió que debía emigrar hacia otro puesto de combate. Sin embargo antes de abandonar el manicomio, fue a visitar a varios enfermos en apuros, como aquel hombre, que en un accidente de auto por una imprudencia y algo de licor, había sido el asesino de su mujer y dos hijos, frente a la tragedia del otro conductor que también había perdido la vida con su mejor amigo a bordo. Peter, en un acto de inconciencia había hecho moñona con vidas ajenas. Su desgracia se perpetuaba encerrado en ese albergue de dementes, pues hablaba con sus difuntos desde el más allá, y lloraba en permanencia sin control. Sólo la píldora mágica tranquilizaba su llanto pero lo dejaba exhausto observando ángeles que movía a su antojo, como en un teatro de marionetas.

–Vamos, Angie y David, vengan a mí, mis hijitos amados, que este padre los va a llevar al colegio.

Inmediatamente abrazaba el aire, como quien toma en su canto el espíritu de sus familiares.

Entonces el homicida entraba en una profunda depresión.

La voz en excitación, recorría cada habitación deteniendo su presencia en el sufrimiento de mentes en ausencia, y colando en cada oído una semilla de odio indetenible.

–Así me gusta que no pierdas el norte, tu enfermedad es mi gozo –decía en murmullos a cada orate.

Los enfermos se confundían aún más. Justamente lo buscado y alcanzado por el motor de esa voz, siempre inquieta, apestando a sangre muerta y a locura, la misma que reconocía en la enajenación del otro.

Amaba cosechar resentimientos y planear desordenes de todo tipo. Una institución de lunáticos era un sitio bien escogido para hacer de las suyas y poner el dedo sobre la llaga de quienes en realidad a veces son más cuerdos que aquellos que circulan libremente por los caminos de la vida, bajo el brillo de las estrellas que exacerban los sentidos. Esa noche de luna llena se exaltaron los espíritus como lobo en jauría que deja estela en el firmamento. La voz se hizo a la oscuridad.

## CAPÍTULO XI

### LA CÁRCEL

Agotada la Voz de la violencia hizo una parada sobre un árbol en flor, acostada sobre un nido donde espichó todos los huevos en ausencia de la madre pájara en vuelo.

Fundida en sus propios cuentos durmió y tuvo sus mejores sueños. Recorrió la historia, sus batallas, las más sanguinarias, y momentos importantes de la Primera y segunda Guerra Mundial. Estuvo en Hiroshima, feliz reviviendo cada muerte y saboreando la angustia esparcida en territorio nipón. Mientras observaba la explosión, saltaba de la dicha como frente a fuegos artificiales. Sueños dulces para ella saberse en plena guerra, cuando hubieran sido pesadillas para alguien con juicio en el cerebro. Y veía en sus sueños a los hombres enterrándose el puñal o haciéndose el harakiri. Tratándose de violencia su bocado era de manjar. Despertó muy fresca y se metió en una cárcel de mujeres en Seúl, donde la ley marcial se aplica sin miramientos de ninguna clase por la influencia asiática pero donde los males son del occidente por ser una sociedad de consumo, copia de países donde impera la ley de la oferta y la demanda. Putas fumando su desgracia, metidas en calabozos. Ladronas con el ojo rasgado y la figura menuda. Las traficantes de trata de blancas y de drogas. En fin un patíbulo lleno de laxitudes y de rostros de cinismo con cicatrices de vida y de dolor.

Tay Chi "la culocanta", reina de las "dealers", absolutamente convencida de que su negocio ilícito era un apostolado piadoso, vendía drogas al menudeo entre los consumidores rutinarios del penal. Debía su sobre nombre, al hecho de tener el esfínter anal más obediente y especializado en sonidos del mundo,

por lo que alguna vez le habían sugerido que postulara a un récord Guinness: podía "interpretar", pujando, la primera estrofa del himno de su país, a pedos.

Cuando salía a vender, llevaba la "merca" escondida en libros venerables, y debajo de sus calzones, aunque ésta tenía otro precio de plusvalía: venía con aroma. Le impusieron veinte años de cárcel cuando se encontraba "interpretando": "la balada de la trompeta" con su insólito trasero, y seis kilos de clorhidrato pegados entre su abdomen y el pubis, que la llevaron a la inevitable detención.

—Está bien, perdí —dijo, pero en ningún momento pasó por su cabeza dejar un negocio como ese que le producía pingües ganancias.

Afuera, en la inmensa y voraz ciudad de la violencia más encarnizada, estaban entre sus clientes, que no pudieron evitar su detención, hombres del gobierno, ministros, parlamentarios, empresarios, poetas y escritores de éxito, y también pintores, escultores, abogados de bufetes prestigiosos, periodistas, locutores, modelos, actores y militares. En Seúl la consideraban la cabeza visible de esa "nueva mitología lunfarda y macabra" a la que se refería Beltrán Castillo, calificándola como "los mercaderes del tiempo de la violencia, el estrato inferior del torcido negocio multimillonario del narcotráfico que desangra al universo, y que ha costado guerras, genocidios y lúgubres episodios".

—Gracias a mi talento —decía la voz ufanándose del estropicio.

Según los entendidos, Tay Chi "la culocanta", vendía la "nieve" más pura de la región. Estaba orgullosa de su producto, y se ofendía cuando alguien ponía en duda la calidad de su mercancía. Empezó su carrera de mafiosa en la prostitución, ya que su madre la había abandonado por esa misma virtud, de hacerle un canto al aire con su trasero. Hija de padre sin responsabilidad tuvo que enrolar sus carnes hacia la venta fácil. Al comienzo de su oficio vivió de manera austera pero a los pocos años se le conoció como la dama del culo que



canta. Demasiado largo el apodo se quedó "Culocanta" o "Culogallo" para los más sofisticados, que amanecían a su lado. Al principio se molestaba, más al ver las jugosas ganancias aprendió a querer sus remoquetes. Hasta el día que uno conocer de ópera la puso "Culopavarotti". Hacía alarde de él con un ritmo propio y regando al aire el coro a su nombre y poniendo canción a los hits. Algunos, por joder nomás, le ofrecían comprar grandes cantidades de droga, a cambio de que les interpretara el Himno Nacional de su país, con el trombón artístico de su tafañario. Su fama no tardó en anular fronteras.

–¿Qué? ¿la segunda estrofa no la puedes interpretar? –le preguntaban.

Ya sin pudor como a sus inicios, ella contestaba a carcajadas que eso tenía otro precio y bamboleaba su "derrière" a diestra y siniestra a lo Shakira para acentuar que de asuntos "culinarios" sabía más de la cuenta, pues no faltaba una buena cena para propiciar los gases a la intensidad deseada.

La suya, una vasta red por el grado de drogadicción de sus clientes. Como buena oriental sabía guardar secretos con "profesionalismo" y pacto de honor. A partir de los jueves y sobre todo los viernes y sábados en lo noche, Ira se enfrentaba conforme a un agresivo plan dirigido por Tay Chi, al ajetreo irremediable de la temporada alta, cuando estallaba la anarquía general y el imperio tiránico del caos.

La voz de la violencia encontró afinidad con el personaje de la canción trasera que sin haber nacido bella, a raíz de los dineros habidos con el sudor de su poto se montó en una campaña de cambio de imagen. Tetas postizas exhibidas con escotes bien estrafalarios y ojos más abiertos gracias al fino cuchillo de un cirujano plástico. Adquirió la fina mezcla de su raza y la blanca que envidiaba con todos los toques mágicos logrados con un bisturí maestro. Tenía el cutis lozano y se cambiaba el color de los ojos bajo el uso de lentes de contacto. Esbelta y de buen tamaño lucía más exótica que una Sofía Loren. Ya tenía en su haber hermosura, talante y talento para los negocios. Las mujeres

de poder también se llenan de atractivo al emanar esa energía de fuerza que algunos hombres consideran irresistible.

Eunice Mongrut, una morena ranqueada en Los Barracones del Callao, asaltante de caminos en su primera juventud luego meretriz se trasladó a Corea por conocer a un coreano que le prometió el oro y el moro en su país. Recién llegada la dejó en abandono con un crío en el vientre. Abusada en su buena fe, recurrió al saber de sus antiguas andanzas. Acababa de asaltar el Banco mayor de Seúl de propiedad de los Burmester. Las cosas no salieron bien y dijo que se vio obligada –en defensa propia diría –a asesinar a sangre fría a dos policías que lo custodiaban.

Mercedes Bruni, su amiga confidente y compañera de juergas bien surtidas, escondida porque recién había matado a su marido después de cortarle de un tajo su miembro viril, al regresar a casa con el calzoncillo al revés pintado con colorete. Soñó la noche de la víspera que la iban a capturar y a meter 30 años al calabozo, ¡y no sabía por qué!

–No vayas a esa tarea, conchetumadre, porque vas a mancar. Hazme caso. Tú sabes que yo tengo una boca maldita –le advirtió Eunice.

–Qué chucha pues: usos son de la guerra, vencer o ser vencido –contestó, justo cuando descubrió que se podían entender durmiendo juntas.

Tejieron una relación como las que se labran en los bajos fondos, con un acento en el sentimiento pero sobre todo en el sentido de protección. Entre caricias le manifestó con sinceridad su alma al descubierto.

–Y si tengo que perder, piña pues.

–Putas que eres bien terca, icarajo!

–Ya calla chucha que me quitas la inspiración y sígueme adorando.

No le hizo caso y se entregaron entre tragos y consumo de clorhidrato de cocaína, abrazadas como culebras epilépticas a la lujuria más indescrptible. Eunice tenía un carácter de los mil demonios, heredado de su abuela francesa. Nació en un hogar de faites y cafichos, en donde tenía que defender a como diera lugar su territorio. Se agarraba a golpes con el más pintado y en el cuerpo tenía tatuada la huella de mil combates librados a punta de coraje e inconsecuencia. Con lo robado en el Banco, un poco más de un millón de dólares, pensó poder llevar a su familia a Las Bermudas, en donde vivía una mujer ya anciana, quien la había salvado de morir cuando era niña. Su casa se la llevaba el huaico tenebroso. Allí nadie la encontraría y se dedicaría a escribir la gran novela de su vida, rascándose la panza, sin miedo a la tombería que rondaba sus pesadillas y sus días.

Esterfilia, golfa de abolengo de larga trayectoria, de madre y abuela, consideradas las putas más famosas del guayabo por venganza la delató. Tenían una antigua deuda de calzones. Acusaba a Eunice de haberle quitado a su varón en una fiesta, y siempre decía entre copas, llorando como una Magdalena, que no la perdonaría jamás; y la "Margaret Thatcher de Los Barracones", como la llamaban en Seúl, entró a la cárcel por enésima vez, una en Lurigancho, por delito contra la fe pública en la modalidad de estafa, dos en Caracas, por asalto a mano armada y la cuarta en Seúl, en donde se afincó gracias al negocio del tráfico de drogas. Obsesiva, prometió que cuando la encontrara le iba a llenar de ají y yerba mala la cucarda.

—Le voy a meter un rocoto en el culo y se lo voy a cocer para que nunca se olvide de mí. Y le arrancaré todos los dientes, dejando uno para que conozca el dolor de muela —prometió.

Bajo el efecto de la sevicia, la voz se enloquecía de emoción frente a las mañas que se inventaban los humanos para ser más pérfidos aún. Como aquellos sicarios o asesinos que a la bala le ponen cianuro para matar de seguro a la víctima ya sea por el disparo o por la carga en sí.

Desde aquel entonces la vida de Esterfilia se tornó en preocupación. Donde fuera siempre aparecía un hombre de Eunice que le recordaba lo que a su reducto varias veces transitado iba a sucederle.

La Voz se reía a carcajadas de tantas maldades que se inventaba el hombre bajo su dominio. Descubría a cada instante que era zona en la que se vivía a salto de mata, y que como una culebra victoriosa podía moverse de pabellón en pabellón, en donde delincuentes de varios países se disputaban la existencia a fuerza de traiciones y de zalamerías con las guardianas de la prisión.

–Bien, bien, Eunice, lo que hiciste con los dos policías –le susurró a la recién ingresada.

–Era mi vida o la de ellos. Si no los hubiera matado, ya estaría bajo tierra – contestó la presa justificando su acción.

La voz cuando se mencionaba la destreza de la muerte sus ojos más picarones que nunca se retorcían de alegría y ponía mueca de satisfacción.

–Bien, cabronas, así se habla. No se dejen carajo, que el mundo es de la machas y para pelearla con pelo en pecho.

–¿Quién mierda me habla, carajo? –preguntó atenta a dar el zarpazo.

Y con alarde pedorreíco, la voz echa andar su vuelo lleno de pestilencia.

–Debe ser el espíritu de Tay Chi –dijo asustada la interlocutora.

–Cuál Tai Chi, soy la voz de la violencia.

Amabas se abrazaron con temor

–No manches –dijo Esterfilia que había estado en México durante un largo periodo de fechorías.

–¡Je, Je, je! Soy la Voz de la violencia, la mismísima presencia del diablooooohhhhh! Y como ustedes tengo nombre, me llaman Ira Violación.

–¡Fuera!, alguien quiere burlarse de nosotras. Quien sea le saco la concha de su madre; así que no se vengan con jueguitos conmigo –profirió groseramente con la agresividad que la caracterizaba la mafiosa de la celda.

La Voz, que se creía “cóncava”, estaba rechoncha de contento al haber encontrado a su “convexo”. Atormentadas, Eunice y su compañera de reclusión comenzaron a voltear colchón, camastro y todo lo demás para encontrar alguna conexión con ese misterio que se apoderaba de sus mentes, a través de la cuales les pudieran estar hablando como poseídas por algún demonio. Y espantando con furia esta presencia, ambas prisioneras se chocaron en el aire. No supieron si reír o qué más hacer frente a su propio delirio, según alcanzaron a pensar.

–Calma, calma muchachas: soy en verdad la Voz que mueve al mundo.

–¡Va de retro Satanás! Está bien que hayamos cometido delitos pero tampoco para que tú también pidas venganza –acotó la primera presa.

La segunda mujer de mayores años y más tocada que teta de gitana se encogió de hombros.

–No se subestimen que para el de Arriba ustedes son las Niñas de sus Ojos porque en el pecado El encuentra la salvación.

Como saliendo de un mal paso, ambas se miraron aterradas.

–¿La voz que mueve el mundo, dices? Nadie sino el Creador, mueve el Planeta. ¿O eres el mismo diablo? –inquirió la reclusa de pelo en urdimbre haciéndose la señal de la cruz.

–No jodas Eunice. Yo soy la voz de la violencia y no tengo que ver con Dios. A ese déjamelos tranquilos, que yo francamente me valgo por mí misma. He influido en ti para que hagas lo que has hecho, y soy el motor del temperamento del universo en desorden.

–Oye, oye ¿hay algo en el planeta azul que no tenga que ver con Dios? Me estás hueveando. Ponte bonita que te meto cuchillo.

–Ya veo que ninguna de las dos tiene pinta de cojuda. Así me gustan las hembras, llenas de garbo y valentía, que no se dejen joder por nadie.

Soltó una risotada que lejos de tranquilizarlas, las puso más en guardia.

–Cojuda serás tú que no tienes cuerpo y apesta a caca de gorila –dijo la vieja prostituta arma en ristre con el puño en alto y la mueca de víbora.

–Pero tengo alma, mientras que tú ya la perdiste en el infierno.

–Si dices que eres la voz de la violencia, tú estás más “perdida” que Satanás.

–Bueno no discutamos porque en realidad somos socias.

–¿Socia contigo? ¿Y quién chucha te invitó a mi fiesta? Ya, ya, bájate del colectivo o te bajo a patadas, carajo, de mis bailes y mis apuestas –reviró Eunice con el lenguaje propio de sus amenazas.

Ambas mujeres sacudieron nuevamente el colchón para ver si espantaban la voz de la celda.

–No sean desconfiadas. Si se animan, podremos hacer muchas cosas en conjunto en este penal, ahora que la nueva Jefa de oscuro corazón está de mi parte –Ira dijo en tono de vanagloria.

Y se hizo a sinfonía de gases a cloaca que pusieron al par de presas a toser.

–¿Y acaso esto no es peor que estar muerta? –preguntó la mujer en su defensa.

Con los pelos en punta y en desorden mientras se tomaba la cabeza entre las manos.

–¿Y cómo se llama la cagona esa?

–Lyn Sin

–¿Lyn Sin?. Me suena, me suena...

–¿Te suena. Es recontra brava y aplica métodos nazis.

Casimira Perdomo, una española de las Islas Canarias, que se encontraba recluida por tráfico de drogas y trata de blancas, llegó en ese momento al calabozo para sumar tres en el reducido espacio.

–Hola cariño. ¿Hablas sola? –preguntó Casimira un tanto sorprendida por la escena.

–Y a ti qué mierda te importa. Sácate, sácate que nadie te invitó a este entierro.

–No te enfades. Te traigo un recado de Mercedes Bruni –respondió con el ánimo de calmarla.

–¿De mi comadre? ¿Dónde está? ¿Qué le ha pasado? –preguntó Eunice endulzando un tanto rostro curtido de amarguras.

–Cálmate. Fue detenida por el homicidio de su marido... al que le cortó las pelotas por tramposo.

–Ve ésta cojuda. Le dije que se mandara a mudar de Seúl, que la iban a detener y no me hizo caso. Bueno yo tampoco le hice y manqué. Estamos a mano. ¿Y a ti por qué te ha dicho que me traigas un recado?

Casimira, ya más dueña de la situación se acomoda un trapo que traía en la cabeza.

–Soy su amiga desde hace tiempo. Ella me ha estado visitando en el Penal. Compartimos el mismo marido, teníamos el mismo hombre para el gasto.

–¿Qué? ¿Mi comadre pendeja? ¡No le conocía ese lado!

–No me refiero al que le voló la polla, sino a mi ex marido, Peter O’Neil, un escocés, marino mercante precioso al que desgraciadamente me mataron el año pasado, metiéndole un puñal cuando se revolcaba conmigo en el venustero del penal. El arma blanca era tan grande que casi me traspasa las tetas. Al final descubrimos que las dos podíamos entendernos. ¿Me captas?

–¿Qué? ¿Les encanta la torta y el jarabe de lengua?. Puta madre.

–El amor entre dos mujeres es más sublime, más delicado, más dulce e inmarcesible.

–Así me gusta que caigan en mis redes y se hagan el amor en tortillas para que el mundo deje de procrearse y se plante el caos.

La voz estaba de pláceme con el ambiente encontrado.

–Ve esta marimacha de mierda. El que nace para ahorcado, de arriba le cae la sogá. Pero no me vas a negar que es más delicioso que un hombre te penetre, te hinque las entrañas, te haga revolcar de placer y le arranque gritos al grito.

–Depende.



Envalentonadas la dos, se miraban para defender cada una su posición con las manos al cinto, prontas a librar pelea fuese el caso. Ninguna le comía cuento a la paz.

–Depende de qué huevona. No me salgas con cuentos

–Mira, mira, no voy a discutir contigo. Lo que te vengo a decir es que Mercedes Bruni, gestiona ante la nueva jefa que la pasen contigo para tramar una fuga.

–¿Fuga? Que se vaya a la mierda.

–Así la tratas a tu amiga del alma, que se muere por ti.

– ¡Se muere por mi! ¿Qué me quieres decir? Explícate.

–Pues dice la Meche que te ama. Que después del momento íntimo que tuvo contigo, todo ha cambiado en ella.

–Chismosa de mierda. Ya te contó sabiendo que nos habíamos jurado el secreto.

Una expresión de los rostros muestra la duda que merece la imposible prudencia en la mujer.

–Si, me contó. Pero eso en cierta forma nos hace enemigas.

–¿Enemigas? ¡Qué te has creído! Lárgate de aquí antes que te rompa la crisma y después no digan que no te advertí.

La voz seguía la disputa en un estado de paroxismo. Vibraba al unísono con el aquellarre de estas mujeres entre cuatro paredes bien corroídas y sucias. Amas, listas a tirarse de las mechas. Ira se divertía como si estuviera disfrutando de una película de acción con énfasis en los malos en persecución. Su razón de ser se exaltaba mientras sacaba de sus axilas un olor a podredumbre. Y

cuando Eunice se salió de sus casillas para abordar agresiva a la española, le alcanzó a recomendar al oído con tono al rojo vivo.

–Quiébrala, sácale la mierda. Si no lo haces la vas a tener encima de ti toda la vida. Y va a creer que le tienes miedo.

–Sal de aquí tú también. A la que le voy a sacar la mierda es a ti si sigues jodiendo y dando órdenes sin ni siquiera mostrar el hocico, puta madre que te parió.

–Ni puta ni madre, sólo hija del trueno en su mayor furor y de la astucia del diablo que se salió con la suya cuando de ángel se transformó en Satán.

–Cabrona, regresa a tu mierda que aquí no necesitamos a nadie más. Cupo completo – añadió mientras contaba las tres presencias.

–Pues de ahora en adelante seremos cuatro, mientras me plazca –advirtió con pedo mayor con pestilencia infrahumana.

Pasos de gendarme se van acercando a la celda, mientras las tres mujeres y la voz se imparten silencio.

–¿Qué pasa aquí? –intervino en ese momento una agente interna del orden que pasaba por el pasillo boleando el palo a su antojo.

Las tres reclusas se observan entre sí, en pacto de secreto.

–No pasa nada ¿Qué va a pasar? ¡Ni que estuvieran al descubierto para que algo pasará, ni siquiera la lluvia nos cae, sólo un par de goteras que nos tienen mamados –afirmó la más vieja de las tres al mostrar una esquina llena de humedad.

–Pues no parece que no pasara nada, las veo muy alebrestadas a las tres.

Entre risas se miraron con la complicidad que logra el encierro.

–Y si supiera que somos cuatro.

–¿Qué dijiste Eunice? –interpeló la mujer con pinta de madrastra.

–Nada, que no pasa nada.

Y dándole vuelta al bolillo les advierte en son de amenaza que sin huevonadas.

–Más les vale, porque ya saben... aquí no se juega ni se improvisa.

–Sí, ya conocemos el alcance del castigo y por ahora sólo queremos dormir.

La mujer de gran tamaño se acerca a la reja dejar clavada la mirada en enojo.

La voz empieza a cantar en forma estridente.

–Dejen el canto que no hay oído que las soporte –dice la guardiana en regaño.

–No somos nosotras –en coro reviran las tres.

–¿De quién se van a burlar?

Cómplices funden la mirada cual metralleta para desafiar a la autoridad.

–Joder, ¿acaso nos has visto abrir los labios? –responde grosera la isleña.

Boleando el palo, hace un sonido con los barrotes en escala de adorno.

–No se crean tan vivas que por eso están bajo las rejas.

Mientras tanto la voz se hace al silencio con un pedo sonoro.

–¿Y ahora que pretenden dejar la cárcel en olores?

Se miran y sonríen.

–No fuimos nosotras.

–Sí, ya sé son los polvos de la Madre Teresa.

Envalentonada la española se acerca a la grilla.

–¡Joder que ya te dijimos que no somos nosotras!

La uniformada hace un sonido bucal para mostrar que ella también sabe joder.

Ríen las tres rehenes mientras la mujer se planta con diente en furia.

–Vayan a joder al coño de su madre –replica fuera de sí.

La voz se frotó las manos y en divertimento de recreo suspiró sobre el rostro de la mujer de mando, quien ya en vista de la certeza que algo extraño la rondaba, pegó un salto hacia atrás, con tan mala suerte que derramó un balde lleno de excrementos listos a ser evacuados. La voz se untó la boca de ellos, y en un afán de travesura le escupió en la cara lo sorbido en el suelo.

–¡Ah! la puta madre que las parió a todas, ahora quien me hace esta canallada.

–La que nace para nalga, del cielo le cae la cagada.

Ante el grito en rabia, todas las presas se asomaron y en un santiamén empezaron a hacer un ruido ensordecedor. Ira saltaba de celda en celda para gozarse cada expresión de angustia y de desesperación. En un rincón descubrió a Tai Chi en llanto.

\_ Así me gusta que llores y que tus penas sean mi gloria –le dijo al oído Ira.

Enfrascada en su tristeza por haber sido capturada en las últimas horas por la denuncia de un cliente que quería rebajar su delito, encontró a su pabellón en levantamiento. Tanto alboroto la dejaba en desolación por estar sumida en su propio dolor, ni siquiera relevó que fuera voz ajena a su congoja.

\_ A ver haz que tu culo cante, io lo tienes tan aliquebrado y nostálgico que ya se le olvidó su música! –exclamó la voz en gozo.

Metida en su rollo, Tai sollozó aún más, para confundir sus lágrimas con la gritería de la cárcel y un sonido de réquiem le salió del trasero sin que lo hubiera propuesto.

Ahí la voz de la violencia tuvo un ligero esbozo de despertar, pues por primera vez comprendió que todo mal paso tarde que temprano paga su condena. Más no fue claro el aviso, sólo un vislumbre de posibilidad de entendimiento, por ser Tai Chi un personaje que merecía toda su admiración. Tenía la maldad bien calada en las entrañas, y su tafariario la asociaba a las virtudes de la voz, de sacar ritmo y sonido a su elocuencia.

Una hora antes se habían producido dos enfrentamientos entre bandas de pandilleras en la cárcel de Seúl que dejaron diez reclusas muertas y más de ochenta heridas. Los incidentes más violentos fueron protagonizados por miembros de la Kur Hel, la más temida banda delincencial del país. Los cadáveres presentaban heridas de armas blancas y de fuego. Las malheridas fueron llevadas por los servicios de socorro al sanatorio del penal pero a otras se las condujo al hospital por tener cortadas de mayor envergadura. La voz tenía cita con el quirófano, sitio donde quería llegar pinchada y para ver la sangre que tanto le gustaba a la vista, al tacto y al olor.

## CAPÍTULO XII

### EL HOSPITAL

Ira Violación amaba la sangre por encima de cualquier panorama, y ya en el quirófano veía como a la piel se le excitaba a la vista del bisturí. Ya cuando la sangre empezaba a manar, tenía orgasmos seguidos que le hacían una sinfonía de gemidos en cuerpo. Estaba en fiesta de gala.

En consternación la familia de Idi Tsetsé no se explicaba el tamaño de la negligencia con su padre de 78 años. Les parecía increíble que eso les estuviera pasando y sobre todo a su anciano progenitor que era un hombre tan bondadoso, solidario y querido en el barrio por su bonhomía. Parecía injusto el calvario impuesto a su enfermedad. Debido a problemas de diabetes, sufría la necrosis del ochenta por ciento de los tejidos de una de sus piernas. Motivo de la causa de la atrofia de los músculos recto interno del muslo, del ligamento iliotibial, del nervio ciático, del bíceps crural y del músculo anconeo. Llevado de emergencia al Hospital de Entebe para amputarle la pierna derecha, pero en lugar de cortarle ese miembro, que fue ganado por la gangrena y apestaba horrible, le amputaron la pierna izquierda que estaba sana.

Cuando el octogenario se dio cuenta que su pierna sana, y no la enferma, era preparada para la intervención, en plena Sala de Operaciones, aún lúcido hizo notar a los médicos que estaban cometiendo un error, pues debían amputarle la otra pierna. Creyó estar viviendo una pesadilla de la que nadie lo podía sacar –ni siquiera su familia que en la sala de espera oraba por su vida –y la anestesia que le suministraron impidió que pudiera seguir reclamando al personal que lo intervenía. Dos enfermeras y dos doctores, además de la voz de la violencia quienes como fantasmas de un aquelarre fatal sólo querían

disfrutar de su sangre. Entonces se durmió. Cuando despertó se tocó con su mano y notó que tenía la pierna derecha, pero no la otra, la buena, con la que aún se podía mover de un lugar a otro. Angustiado, en grito, le preguntó a una enfermera qué pierna le habían amputado, y ella le respondió con la mayor tranquilidad, segura del bien alcanzado.

–Pues la izquierda. La que estaba demarcada.

El hombre entrado en años casi se muere de espanto. Gimió desesperado, en una mezcla de impotencia y furia. Llevado por la indignación destrozó las conexiones con las que le proveían suero y medicamento después de la operación. Llamó a alaridos a sus hijos para que lo socorrieran. Acto que obligó a los auxiliares a ponerle un calmante para detener su estado de alteración.

Cuando Neta, la hija mayor del enfermo, se enteró de lo ocurrido, no lo podía creer. Furiosa y en estado de shock, lo primero que hizo fue buscar a los responsables de tal atropello. Dos médicos recién graduados que hacían su pasantía en el turno de la media noche tuvieron que dar una explicación nada convincente. Se mandaban el uno al otro la pelota como si se tratara de menudo problema. Tomados en falta, involucraron al par de enfermeras que asistían al paciente. El escándalo obligó al nosocomio a separar de inmediato de sus funciones a los galenos, mientras se profundizaban las investigaciones del caso.

–Estos médicos son el colmo. No tienen el menor reparo en acabar con la vida del humano –declaró Neta a la prensa.

La cadena de información, el principal diario del país hizo un escándalo más por la necesidad de vender que por la consideración hacia el abuelo. Y los lectores se preguntaban cómo podían ocurrir errores tan crasos.

La voz se alegraba con la desgracia del casi octogenario. Lo observaba en lágrimas y eso le producía a ella, lágrimas de alborozo.

–¡Cómo no se van a dar cuenta que le estaban cortando la pierna sana! ¿Son médicos o son matarifes carniceros? Mi anciano padre ahora no sabe qué hacer. Tienen que amputarle la pierna gangrenada, si dejamos que aquí lo hagan, lo matarán. Eso no puede ser posible. ¿Quién responde por tanto descuido? –preguntaban con desespero las almas sensibles al tema.

Todas estas inquietudes se hacían presentes en la pantalla mental de Neta, la hija vocero de tal atrocidad.

La mafia blanca o el cuerpo médico, que sabe encubrir errores, le achacó el problema al exceso de trabajo, aduciendo un corte de luz súbito y dando como excusa la hora de la cirugía donde la capacidad humana de reacción pierde sus reflejos, mientras que a las afueras del nosocomio, familiares y amigos de la víctima destruían con piedras y palos las instalaciones y lunas de la entrada. A una sola voz reclamaban justicia y carcelería para los matasanos, que al ser notificados de la alharaca desatada emprendieron las de Villadiego, sin que hasta la fecha se sepa su paradero. Las malas leguas regaron el cuento que el mismo hospital había propiciado el escape para que no hubieran demandados y la culpa recayera sobre los fugitivos.

En completa felicidad, la voz luego de su recorrido por el Hospital de Seúl donde detuvo la dicha sobre cada presa en cortadas y agonías, se declaró con alevosía ser la máxima autoridad en crueldad. Se ufanaba de haber visto el dolor en dedos crispados, en cada lagrimeo y en el abandono del paciente entregado a la oscuridad de sus males. Cada vez que escuchaba un lamento, la voz satisfacía sus deseos al ver aún más el padecimiento de los enfermos. Placer inagotable, pues bien sabido es que cada habitación de un hospital en vela permanece el sufrimiento azuzando al recluso. La voz se instalaba en cada queja del paciente.



Un eco la llamó a ver el caso de Idi, por ser de esos que suelen armar ampollas. Y cuan satisfecha estaba por dentro la voz de la violencia cuando llenaba de tumores la vida.

–¡Qué raro lo sucedido! –exclamó un parroquiano agolpado a los muros del hospital.

–Ese par de galenos eran buenos profesionales porque les ha tocado sacarse la madre y que responsabilidad tienen si los ponen a trabajar de día y de noche para juntar un medio sueldo para alimentar a sus familias –replicó otro buen vecino.

–Será que al mejor cazador se le va la paloma –reviró otro en la conversación.

–Tienen razón al mejor panadero se le quema el pan.

–Qué cuidadosos van a ser si cometieron una animalada sin nombre –anotó otro manifestante pidiendo que los metieran a la guandoca.

–¡Qué se jodan todos ustedes! –exclamó la Voz en tono chillón.

Los intervinientes se interrogaron con el asombro en los ojos, sin saber de dónde provenía la afirmación mientras descargaba de sus vísceras ese olor fétido que ni ella misma empezaba a soportarse.

–¿Quién ronda por estos predios? –preguntó Neta asustada.

–Tantos muertos en este Hospital que andarán seguramente vagando por los corrillos, mejor vámonos, carajo, antes de que nos jalen de las patas –manifestó un muchacho de aspecto cansado.

–Será el alma del “cabeza de siete mondongos” que murió ayer del cólera –intervino un enfermero.

–Anda, ¿y por qué le decían así, ah? –preguntó otro joven de los del grupo.

–Era tan grande su cabeza, que cuando tenía dolor de cabeza, le dolía el cuerpo entero. Era más cabeza que cuerpo.

–Cuál “cabeza de siete mondongos” carajo. Soy la voz de la violencia –replicó con fastidio.

Los manifestantes se observaron en medio de una ráfaga de viento que hacía la situación aún más temerosa.

–Debe ser el espíritu de Idi furioso por la injusticia que cometieron.

–¿Cuál Idi ni que mierda? Soy exactamente la medida de la ferocidad en pasta, la barbarie en furor y ataque.

Y sin miramientos de ninguna clase estalló en estruendosa risotada, mientras se congraciaba con ella misma por sembrar el terror ante la reacción de los presentes que se arremolinaron en torno a Neta para protegerse de la brutalidad de la voz.

\_ Ya me sacié con ustedes, ahora voy a encontrar otro foco de atención y estrenar sensaciones más frescas. Ya las de ustedes me resultan trasnochadas. Los dejo manada de malparidos sin oficio para que sigan buscando pleitos y mientras logran devolverle a pierna a Idi, los dejo a la deriva –añadió tras una risotada que retumbó hasta en la calle.

Desde afuera, la maravilla de brutalidad divisó un cuarto de donde se desprendían gritos. Por curiosa y malnacida se acercó a ver de qué se trataba. Un moribundo peleaba con la muerte, un cáncer de páncreas le carcomía la entraña, y la muy bandida se sentía en el paraíso ante semejante espectáculo. Era placer infinito ponderar el calvario ajeno, sin intuir que el suyo como lección oculta estaría a la vuelta de la esquina, pero era importante para ella disfrutar el dolor del paciente que aún con morfina pegaba alaridos de espanto.

Nunca se había enfermado de nada, quizá una ronquera a su voz de taro cuando en algún partido de fútbol había exaltado el deleite que le producía el equipo perdedor, de resto no conoció fiebres sino pasiones por amor a la violencia, y ni un dolor de barriga para la maldita, sólo movimientos de aquí para allá como un ave en vuelo sin temor a los vientos ni al frío como tampoco al calor. Muy complacida con su suerte vivía desde el inicio del mundo con sus antenas bien puestas para hacerle al mal aún mayor mal. Qué satisfacción sentía la mal hallada voz, honrada por Lucifer.

Afirmaron ciertos chismes, y no se sabía de dónde sacaron tal aseveración, que su creación sucedió en el cielo en un descuido de Dios, el trueno rompió el equilibrio y engendró tal monstruo con un ángel caído, devorador de piedras y de víboras, convertido en sátiro con alas, vestido de cuernos y patas de animal salvaje: cosas extrañas que da la naturaleza cuando se propone experimentos. Endurecen el corazón de cualquiera y permiten la existencia del glotón de vidas. Ira mantenía el peso de una roca en el pecho en vez de ese órgano que palpita a la sensibilidad y al cambio. Ella desde siempre fue mala, sin poderse ver otra polaridad. Encerrada en sí misma como quien es dueño de la caverna se gozaba cada fechoría realizada con entusiasmo y celebración.

–Eso, agónico, muérete de una que de esta no te salvarás, pues ya las quimioterapias y las radiaciones además de las mutilaciones en tu cuerpo no te dejarán chance de más nada –le manifestó desde arriba.

–Calla ya –le advirtió el cura que se encontraba en el lecho del enfermo.

Ira Violación estaba exactamente a la altura del rostro del moribundo con sus muecas de malvada. El desahuciado aullaba en la habitación mientras un cura con los santos óleos le impartía la bendición, para que su alma pudiera llegar al cielo. La dinámica de la oración, aceleraba la despedida del agónico, que lo que más anhelaba era entrar por la puerta que lo conduciría a la salvación, mientras la voz merodeaba en torno a la cruz en su desafiante actitud de

victoria. En el umbral del santuario en donde se oculta el absoluto, no había sin embargo, explicación para esa puerta que se entreabría pero no dejaba ver el fulgor de lo desconocido. Aunque algunos que han experimentado la muerte dicen haber visto un túnel que los llevó frente a una Luz intensa, que los deslumbró. La ciencia no tiene respuesta a esa vivencia, pues lo del más allá se le escapa de las manos y de la razón.

–Otro que no se salva –objetó la Voz, al frotarse las manos frente al rostro del hombre de los hábitos.

– ¿Quién ronda por aquí? Le ordeno que se calle yaaaa y se repliegue hacia la noche nube de invierno.

–Yo, el mismo Lucifer que viene a llevarse a tu víctima, la esfinge híbrida, el toro alado que balancea en su mano de hombre una espada cuyos relámpagos alternados llevan a la imaginación humana de un error a otro y del despotismo de la luz al de las tinieblas.

–Vade retro Satanás, diablo inmundo. Tú no tienes parte ni suerte en la vida de este hombre, ni en mi existencia que le pertenece a Dios.

–¿Otra vez con el cuentico de Dios! –profirió la Voz en actitud impaciente.

–Llegaste tarde porque El Creador ya lo llevó a su reino –indicó el miembro de la Iglesia mientras en alto mostraba la cruz.

–A mí no me asustas con tus herramientas, sacerdote usurpador de las cosas temporales, autócrata de las conciencias, mercader de la fe. Tú perteneces a esa laya de religiosos exclusivistas que comen la carne de los pobres y beben la sangre del pueblo; todo lo ven plata y dicen: “Tomad mi unguento, que el de los otros es un veneno”.

–Fuera de aquí, escupitajo de blasfemias.

Mientras tanto el difunto en un último aliento abrió un ojo y alcanzó a vislumbrar la figura de la voz. Vio una larva inmundada, con forma asquerosa y con ojos en desvío, nariz achatada, de un color amarillento, y una boca de línea bien diminuta, con pelos en el aire, fibras como de caucho. Un verdadero esperpento de aspecto viscoso y escurridizo, nada similar a lo visto jamás ni imaginado en cuentos de horror.

–Repugnante y pavorosa, qué espeluznante eres –ululó el moribundo con una fuerza inesperada.

La voz que nunca se había sentido retratada se defendió.

–Nada de horrenda ni asquerosa, soy hermosa, porque la violencia es bella, gloriosa, pujante, valiente y hasta glamorosa en su andar.

–Eres espantosa, inconcebiblemente repulsiva.

Y con la vista puesta sobre el hombre de los votos, alcanzó a balbucear.

–Padre: es un demonio infernal, un ángel del mal, no deje que me lleve, no deje que me lleve, alcanzó a reiterar antes de expirar, despidiendo un vaho de luz en toda la habitación.

–¡Si El Todopoderoso conmigo, quién contra mí! –afirmó el reverendo Blas mientras se santiguaba.

–Si tienes tus herramientas, yo tengo las mías que resultan más potentes – aseveró como dueña de la verdad en una estridencia insoportable.

–Te reprendo y ato, espíritu infernal y en el Nombre del Altísimo, te echo fuera –manifestó el cura tratando de no caer en pavor por una escena que se salía fuera de lo común.

En carcajada de esténtor y en un olor nauseabundo se le puso enfrente en tono de reto.

–Me los voy a cargar a todos estos enfermos, y tendrás sudor en la frente dándole tu agüita bendita a cada uno. ¡Y una agua que sabré mear! –vociferó Ira en actitud horripilante.

–No te mofes, que el mal jamás podrá vencer al bien. Además, para tu decepción: él no ha muerto, se ha ido a mudar de traje. Este mundo es espectral, el verdadero nos espera detrás del velo.

– ¡Velo! Que atrevido eres si tú jamás has cruzado el filo de la muerte –repuso con atrevimiento.

Otra risotada más sonora hizo temblar hasta al cadáver, que se había ido a darse un baño en el olvido.

–Has visto cómo está el mundo, y me dices que el mal no puede vencer al bien. ¡Vaya ilusooooooooo! –pronunció arrastrando la “o ” que se le quedó prendida como aro en la jeta.

El eco de la vocal puso a trepidar los muros de la habitación, mientras la debilidad del techo dejó caer unos trozos de cal.

–Putra madre, me dolió –dijo la voz cuando recibió uno sobre la cabeza.

En un rincón empezó a sobársela y el padre que no veía su colocación puso la cruz en alto hacia los diferentes ángulos del cuarto.

–Viejo cabrón, deja de apuntarme con tu arma, que a esa la venzo yo pero ¡ay ay! si me dolió ese golpe en la cabeza. No me esperaba esto, pues siempre ando alerta.

–Ves que se te anuncian cambios de poder.

–¡Je, je, je! No ha nacido quien me arrebaté el trono. Soy dueña de mí misma.

–Hasta que el mundo se avispé y abra el ojo para concientizarse que con violencia no se puede vivir –anunció el padre de modo más conciliador.

En calma iba desgranando el rosario entre sus manos, mientras sus labios insinuaban una plegaria.

–La historia de las desgracias del mundo es la época de la lucha de los dioses, batalla que no ha acabado, porque el mundo cristiano adora todavía al Dios del diablo y teme al diablo de Dios. Y por eso esa concepción cojuda de la muerte –agigantó el tono la Voz.

–El escape final es la liquidación de las deudas de la solidaridad humana. Y aquí es donde surgen los que dicen que hay que obligar al monstruo a precipitarse al abismo y hacer como Edipo: recomenzar la guerra de Tebas.

–Y el exterminio de los hermanos enemigos. ¿Acaso Dios no se revela a la locura para confundir a la razón?

–Es como si dijeras que el sol se revela a la noche para confundir a la luz.

El diácono sentía que algo en su interior hablaba por él. La Voz se dio cuenta entonces que el cura no era piojo de chanco y ya más en cercanía como quien toma confianza lo merodeó.

–¿Tu crees que Dios es el gran silencio del infinito, que nada de lo que se diga lo representa tan bien como su silencio eterno? – preguntó la voz con su aire inquisidor.

–Bueno esa es sólo una frase, como lo es esa que dice que el diablo es la locura atribuida a Dios y que es Dios quien parece afirmarse malvado mediante un plenipotenciario surgido de la pesadilla de la locura humana –contestó el fraile de manera casi automática.

–O la que dice que el milagro es la locura atribuida a la naturaleza y que ésta no podría infringir la menor de sus leyes sin caer toda ella en la demencia –la voz en concordancia con el diálogo reviró mientras juguetona mordisqueó las perlas del rosario.

–Alto ahí, atrevida, con esto no se meta –advirtió en tono enfadado quitando el rosario de costado.

–Ya no te pongas bravito que estábamos hablando tan chévere.

Y soltó un perfume a incienso.

El padre husmeó la atmósfera, y contempló el lugar de dónde provenía el aroma.

–A ver, si usted es la voz de la violencia, y se sabe que todos los males que ocasiona, logran corromper, trastornar y embrutecer a los hombres, ¿con qué autoridad o derecho pretende hablar de Dios o de la naturaleza?

–La naturaleza sería imperfecta, e indigna de Dios, si fuera estacionaria. La vida es como una rueda que gira: cuando se llega a lo alto, es necesario volver abajo. Ese mismo tracto es el que hace que nada esté quieto y que toda acción cree una reacción. En ese maremágnum se configura mi naturaleza. La verdad, la razón, la justicia y la ley son rigurosamente despóticas y nadie se sustrae impunemente a su autoridad –concretó la voz.

–Hay un equilibrio providencial que me parece que viola usted, mi nada querida amiga –replicó el sacerdote haciendo una mueca de fastidio.

–No más que lo que viola tu Iglesia desde que en el Concilio de Trento declaró la infalibilidad del Papa y el celibato de los curas. ¿Y acaso no sabes que las fuerzas fatales de la naturaleza pueden volverse los auxiliares de la inteligencia humana y que la violencia puede ser algunas veces lícita? Y tus deseos



castrados no son sino tentaciones del diablo que permiten violaciones a niños, bajo el silencio la nave de San Pedro.

Y sin esperar respuesta se echó un gas sonoro que le cayó en pleno rostro al sacerdote.

–Ahora que se ponía interesante la conversación y más cabal, viene usted violentarme con tus desplantes. ¿Qué saca con eso?

–Así genero más violencia y me encuentro de pláceme. Sacarte de quicio es para mí golosina perfecta. De ellas me alimento... pero me voy hacia otros confines a ver si me pasa el maldito dolor de cabeza que me produjo la caída del techo, ni en el terremoto de Haití me sucedió algo igual.

–¿Y es que te precias de tener cabeza?

–Cabeza, piernas, cola, cuerpo como todos, lo único es que soy invisible e invencible para obtener mis propósitos –alegó.

Expresiva con su perfume de caca trasnochada que despidió para mostrar su poder, se ufanó.

–Y bien pensante si no cómo sostengo y manipulo diálogos con tantos estrategias que me los como de una a cuentos en la primera jugada.

–Cabeza de estafa es lo es, endriago de la naturaleza.

–Ve, sólo soy una excelente jugadora que se las gana toditas.

–Pero no por mucho tiempo más, iya lo verá!, aborto de la peor especie –moduló el hombre del cáliz.

–A callar se dijo, que aunque hayas hecho votos de castidad no se te permite manosear mi fama ni mi pundonor.

Revoloteando sobre la cabeza del sacerdote, le sigue botando hedores. El hombre de la sotana sacude el ambiente con su falda ancha.

–Si crees que me vas a amedrentar, estás bien equivocado. Y ahora ocúpate de tu muertico que ya va a pedir cacao... ino vaya ser que te saque los ojos por tenerlo tan abandonado!

– Además de todo eres cínica –argumentó la autoridad eclesiástica.

Salió tirando la puerta como quien deja al interlocutor con la palabra en la boca mientras una larga risotada se escuchó por el pasillo, el hombre de la fe se santiguó largamente mientras su mirada se perdía en buscar la luz del misterio.

Regresó hacia el difunto y curiosamente le vio una extraña sonrisa pintada en la boca, un rictus que no tuvo antes.

## CAPÍTULO XII

### EL COLEGIO

Con un chicón en la cabeza, la Voz aterrizó en un colegio de Londres donde varios muchachos en el recreo sometían a un joven de unos quince años al famoso proceso de "bullying".

–Bola de grasa, a ver, pelea si eres tan fuerte –le aupaban los compañeros en plan de torearlo.

Muchacho de gafas gruesas, dientes de conejo y ojos saltones, nada agraciado por la naturaleza pero era el mejor de la clase, aunque de una conducta sumamente extraña y retraída. Presa perfecta para que otros muchachos se la montaran o se dedicaran a molestarlo hasta el cansancio. Su padre era un ex militar que la mayoría de las noches se despertaba creyendo que un enemigo imaginario lo ahorcaba y su madre, una mujer chapada a la antigua, exageradamente lasciva y pernicioso, decía ser familia de Benjamín Briggs, Capitán del bergantín "Mary Celeste", de 280 toneladas, que el 27 de noviembre de 1872 zarpó del Puerto de Nueva York dispuesto a atravesar el océano Atlántico hasta llegar a Europa y misteriosamente desapareció con su tripulación, dejando el barco a la deriva y habitado por los ratones. (Cuando fue encontrado por la goleta "Dei Gratias", capitaneada por David Moorhouse, el timón giraba en desorden, la pipa del Capitán Briggs humeaba, una tetera conservaba el agua aún caliente y la cama del Capitán tenía la huella de haber sido usada recientemente, pero sus cuerpos no fueron encontrados jamás). La hermana mayor del muchacho, sufría de anorexia y una delgadez excesiva por su desgano alimenticio. Enfermedad que la estaba llevando a los umbrales de la muerte, mientras que a él la bulimia, que resumía su hambre irresistible, lo

conducía a continuos atracones de comida chatarra, que no podía, no obstante, evitar y que irremediablemente se transformaban en tejidos adiposos.

–Este cojudo es tan, pero tan gordo, que cuando viaja en avión, el avión tiene que ir por tierra –expresó uno de sus compañeros burlándose de su figura.

–Y su hermana la Wendy, tan flaca, que cuando está de perfil parece que ya se ha ido –bromeó otro.

–Flaca y mañosa. No necesita que le hagan radiografía. Todo se le ve a trasluz –adujo un tercero con saña, sin que nadie saliera a defenderla.

Lo cierto es que el resto los compañeros cuestionaban sus modelos y su conducta. A muchos les perturbaba su sapiencia. Había quienes lo creían muy aniñado para ser un Jefferson. Creyéndolo “niño bien”, lo juzgaban soberbio e intratable, y en su envidia por lo que era, lo imaginaban un Principito con traje púrpura y tiaras escarlatas, rodeado de trípodes de fuego, salenótopos y guirnaldas. Sin reparo y con osadía le hacían zancadillas a su paso. Y el pobre muchacho resultaba de jeta contra el planeta, con las narices siempre en sangre. Pero como decía Cervantes: “no hay recuerdo que el tiempo no borre ni pena que la muerte no acabe”, así que como dicen que el mundo es excelente, a condición de mirarlo sin reparar en minuciosidades, se dispuso a enfrentar a sus compañeros abusivos con una argucia intelectual. Sabía que a veces ser valiente o temerario es una manera de ser estúpido; sin embargo, corrió el riesgo de adquirir profesión de cobarde si los chiribitas embriagados de abuso continuaban ofendiéndolo. Claro que sus desplantes insinuaban un homenaje a la presunta superioridad moral que él creía tener sobre el resto, pero no podía permitirles que delante de la caterva lo desairaran de esa forma. Y como la ignorancia es coterránea de la venganza, y la palabra una ecuación que crea la inteligencia más elevada que hasta los menos preparados

sucumben por conmoción y se dejan llevar por sus efectos, furibundo un día más valentón que nunca les reclamó.

—¿Qué diablos les pasa estúpidos del cuerno? Me han agarrado de punto. No hay día que no se burlen de mí y hasta se dan el lujo de ofender en mi presencia a mi propia hermana. Pero hasta aquí nomás han llegado. Yo no les tengo miedo, cobardes. Y si quieren pelea, vayan viniendo, pero uno por uno y no en mancha como se suelen poner para desarmarme. Les advierto no jueguen con mi paciencia que tiene límites.

Sus amigos se miraron sorprendidos. Algo distinto estaba pasando: el gordo del rondín, el Toby, la bola de cebo, el número uno del salón, pateaba el tablero y se rebelaba contra el statu quo. Entonces todos comenzaron a afirmar que en realidad no era buena alhaja. Era estudioso, es cierto, pero tras su cara de muchacho sano, se escondía un mini truhán de pacotilla: John Weston enumeró con los dedos de su mano derecha cuantas veces, éste le había pegado sus mocos detrás de su camisa. O cómo cuando se quedó dormido en el salón de clase, le escribió en su uniforme: "A mamá le gusta la pirinola, la trola, la cacerola". Casi lo botan del colegio.

Charles O'tool recordó la ocasión que su rollizo amigo le vertió sobre su cabeza desde un árbol al que se había ex profesamente subido, orines de su abuela, recogidos con premeditación y alevosía, en el mismo instante que le decía a su hermana que la amaba. Al perro de propiedad de Joseph, le untó la cola con gasolina y sin piedad la prendió y luego le echó la culpa al jardinero. A Walter le pegó en el frontis de la Catedral de San Pablo, de Londres, las cartas de amor que su enamorada le había enviado; y a Charles, quien era hincha de Greta Garbo, la Mata Hari que inventó el beso con los labios abiertos en el cine, una foto que sabe Dios dónde encontró, en la que el hijo del tendero del barrio, con los pantalones abajo y en cuclillas, depositaba sus excrecencias gástricas en el jardín de su vecino Randall.

–Así te queríamos ver gordo, hijo de puta –intervino Bertrand Roubeth, el líder del grupo.

Éste no tenía nada contra el gordo. Muchas veces lo había defendido de la mofa de otros muchachos; hasta que con sus propios ojos vio como el canalla le depositaba, sin que existiera una causa aparente, una bolsa llena de excrementos de vaca en el buzón de su casa. Allí nomás le dijo: “Te jodiste gordo, hijo de tu madre. Nunca más volveré a defenderte”.

El adolescente se quedó frío, impávido, pero le quedaron arrestos, antes de correr, de acusar a Walter de ser el autor intelectual de lo que él en un papel tenía apuntado generar bajo el nombre de “Operación Caca”, para perturbar a todo el barrio.

Allí intervino la Voz para fomentar la ira. Los muchachos estaban decididos a lincharlo.

–Destrócenlo, aniquílenlo, rómpanle los huevos. Ese gordo no tiene perdón. Es una mierda y por ello ataca con algo de su especie.

La Voz, que parecía haber salido de la decrepitud de una garganta añosa, paralizó a los exacerbados agraviados por el gordo. Los inmovilizó, mientras éste creyendo haber sido salvado por el mismo demonio huía del descampado escenario. En ese mismo lugar, usando la técnica de la termoluminiscencia, para determinar con asombrosa exactitud la edad de un fósil cualquiera, había sido encontrada la huella dejada en una roca, de un arqueoptérix del Jurásico viejo de 150 millones de años; y cuentan que de noche podía verse ululantes fantasmas vestido a la moda victoriana como si fueran a un baile de disfraces. Se confundían, especialmente en luna llena, entre las sombras.

–¿Quiéeen eereeeee? –alcanzó a preguntar John Weston con un nudo en la garganta que le impedía pronunciar más palabras.

La Voz soltó entonces una macabra carcajada que puso los pelos de punta a los muchachos.

–Soy la Voz de la violencia, maricones.

–¿La Voz de la violencia? –pronunciaron al unísono.

–Si pajeros de pacotilla. Soy la voz de la violencia en todas sus manifestaciones, la que desde que Caín mató a su hermano pelotudo, ha causado los más sangrientos eventos de todos los siglos y hecho que mueran más de millones y millones de personas a consecuencia de las guerras. Y las que faltan porque mi labor no terminaahhhh! –gritó con una risa draculiana.

–No sabíamos que la violencia sea un ente viviente y con voz propia –expresó aterrizado Bertrand Roubeth.

–Pues ya lo saben pequeños hijueputicas, y sepan en calidad de primicia que preparo la III Guerra Mundial, que hará que ciudades como Nueva York, Nueva Orleans, Miami, Los Angeles, Buenos Aires, Río de Janeiro, Londres, Tokio, Shangai, Alejandría, Amsterdam, Estocolmo, Leningrado y muchas ciudades costeras como Barcelona, Marsella y Nápoles sean sepultadas por las olas.

–Explícanos –pidieron los muchachos con los ojos en cuadrilátero.

–Cuando las potencias se lancen una a la otra el equivalente de 15 mil millones de toneladas de TNT, el intenso calor fundirá los hielos polares que contienen 720 veces el agua atrapada en la atmósfera en forma de vapor y nubes. Entonces el nivel del mar se elevará sin tardar 60 metros.

–Mierda, habla en serio. Es la problemática que tocan todos los ecologistas, conedores del desastre que se avecina –cristalizó Bertrand.

–Crecerán las cuencas de los ríos más caudalosos del planeta: Mississippi, Nilo, Amazonas, Ganges y Yang–tse–kiang; pero eso no es todoooooo –anunció con la brusquedad de la “o” sostenida.

–¿Más todavía? –inquirió el de pelo rubio.

–La serie de estallidos proyectará al espacio 225 millones de toneladas de partículas de polvo, que impedirán la llegada de los rayos solares.

–Supongo que a ese polvo se sumará el humo de cientos de miles de incendios que se traducirán en gigantescos torbellinos formados por partículas infinitesimales de carbón –añadió Bertrand.

–¿Pero en dónde estás? que no se te ve –preguntó otro de los jóvenes del grupo.

–Y tampoco me verán porque soy esencia pura, y lo esencial es invisible a los ojos.

–Eso lo dicen los sabios de todos los tiempos, pero tú de sabia no debes tener ni la uña, porque la violencia lejos de ser un elemento de unión es de discordia –aseveró otro en tono docto.

–Dices bien, muchacho. Soy la voz de la inconformidad, de la desarmonía, de la desunión y de todo lo que lleve al desorden. En ese estado encuentro mi fuerza y mi razón de ser, soy hija putativa del caos.

Tosió para aclarar la voz y mostrarse con reacciones humanas.

–Y como les iba informando: como consecuencia de la permanencia de esas partículas en el espacio, la temperatura se desplomará de 20 a 40 grados centígrados. Fenómeno que conducirá a un frío polar o lo que se ha dado en llamar un invierno nuclear o noche prolongada. Y sus efectos climáticos y



biológicos serán desastrosos para la humanidad –declaró con seguridad en lo expuesto.

–¿Qué pasará entonces? –preguntaron los interpelados, olvidándose por completo del gordo que había emprendido la huida ante el terror que le había producido la presencia de esa voz con olor a muerte.

Embebecida por los efectos traumáticos que sus palabras iban produciendo en los muchachos, continuó su discurso como reina de la palabra.

–Dos millones de seres humanos perecerán por la radioactividad y el calor y dos mil millones y medio por el hambre y el frío. En cuestión de semanas morirá una gran parte de la vida acuática, la oscuridad impedirá a la flora realizar la fotosíntesis necesaria para su desarrollo, declinará la producción de plancton y desaparecerán los peces y plantas marinas, los cultivos y frutales. Los lagos y ríos se congelarán y no habrá agua potable para la gente.

–Eso es literalmente un caos de gigantescas proporciones –dijo Charles sobrecogido por la angustia.

–Cállate ya, pidió John, tapándose las orejas.

–Atrevido, no ha asomado la nariz quien me calle. Nací para alborotar el mundo y hacer de su camino el bienestar de la maldad.

John cogió un palo y como en juego de rugby trató de apalear a la voz desde varios ángulos.

–¿Qué te has creído?, pedacito de humanoide, que me vas a intimidar. No ha puesto pie en el planeta Tierra quien me hurte mi fuerza. Soy tsunami en potencia, destructora como ninguna fuerza y presente en la mente de todo ser, donde hago nido en su corazón, porque los hombres beben de mi recitura y de mi vitalidad a toda prueba.

Arrinconados por el temor, los jóvenes temblaban ante tales anuncios, mientras la voz seguía comentando los hechos.

–Y los compuestos químicos, que resulten de tantos estallidos, destruirán la capa de ozono y penetrarán en la tierra diversas radiaciones peligrosas venidas del cosmos. Serán destruidas las infraestructuras políticas y socioeconómicas, las fuentes de energía, alimentación y agua. No habrá posibilidades de atender a los miles de heridos y por culpa de la fetidez de los muertos que nadie tendrá tiempo de enterrar, proliferarán enfermedades y epidemias.

–Dios santo, eso es terrible –dijo Charles O’tool tragando saliva.

–Pero también es muy cierto que el país que lance la primera bomba sabe que también sufrirá daños irreparables –aseveró John.

–Nadie se quiere atrever a apretar conscientemente el botón que proyecte al espacio varios misiles cargados de artefactos nucleares, pero para eso estoy trabajando día y noche. Y daré un nuevo Hitler con otro rostro pero con un corazón parecido. Más no se olviden que actualmente existen en el mundo 345 poderosas plantas termo nucleares repartidas en 30 países, industrializados o en vía de desarrollo que ya vienen provocando trastornos genéticos irreversibles, pues poseen un potencial ionizante de larga duración. Cualquiera de ellas puede sufrir un accidente; y una explosión radiactiva se traducirá en filtraciones susceptibles de envenenar el ambiente. Hum, y a eso se agrega que actualmente existen en el hemisferio norte desde la instauración de la Guerra de las Galaxias, más de 100 mil bombas almacenadas.

–¿Tanto es el poder ionizante de esas plantas termo nucleares? –preguntó Charles con la quijada caída.

–El estroncio 90 conserva su peligrosidad durante 300 años, el plutonio 239 durante 240,000 años y el tecnecio 99 durante 2 millones de años. Doscientos cincuenta mil toneladas de desechos no considerados biodegradables, algunos

de los cuales resultaron de la fabricación de las bombas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki siguen guardados, pero son terriblemente radioactivos. Y yo trabajo para que esas más de 100 mil bombas almacenadas revienten el mundo el día menos pensado, con pavorosa facilidad y para mi placer extremo.

Quien la hubiera visto, hubiese observado en sus ojos chispeantes llamas de alegría.

–Pero tú que eres el mismo Satanás ¿por qué odias tanto a la humanidad?–se animó a preguntar Bertrand.

–Satanás me llega a las pelotas, pero aunque sé que compite conmigo en malignidad, no es mi Jefe.

–¿Quién es tu Jefe entonces? –pidió la respuesta John con la boca abierta.

–Yo no tengo ningún cojudo que sea mi Jefe, ni nadie podría ser mi patrón, porque mi naturaleza se nutre de la misma naturaleza viral autodestructiva, que hace que el hombre sea enemigo del hombre y que el humanismo sea una cagada en varios tomos. Es esa la que me hace cada día más briosa y certera en el enfoque. Pero no me echen toda la culpa, pues es el hombre, quien camina bajo mi batuta hacia su propia destrucción.

–¡Y no te incomoda estar en destrucción en permanencia!

–¡Y a ustedes, ¿acaso les fastidia estar propiciando la violencia con un muchacho como Toby? Mírense y verán cómo se la gozan... y yo de paso, también.

De repente la banda de muchachos se sintió atacada y pensaron que ellos eran gestores de un sentimiento adverso al mencionado cuando cuestionaron a esa voz sobre sus fines. Ella los puso en el rincón.

–¿De qué me hablan ustedes?, ven que tienen mi esencia bien colocada en vuestro cuerpo. Se aprovechan del más débil para saciar vuestros instintos.

Los "bullers" se miran entre sí. Se descubren saqueados en su interior como en "scaner" para observar sus emociones más primarias.

–Esas inclinaciones me relacionan con ustedes. De hecho me hicieron viajar de Entebe a Londres para nutrirme de vuestros empujes. Tengo que ir chequeando de lugar en lugar que se cumpla mi cometido, y bien realizado por medio de los escogidos.

En un suspiro colectivo se filtra un gemido.

–¡O sea que somos tus discípulos! –exclamaron a una sola voz.

En risa y mal olor avaló con un viento nauseabundo en el olfato de cada muchacho.

– Ya me tienen fastidiada con tanta preguntadera. Además me duele la cabeza y tengo cita en otro sitio, una voz me reclama.

– ¿Y de voz a voz se reconocen?–preguntó John.

–Ya les dije que me tienen aburrída con tanta interrogación. Nadie investigará mi esencia.

–Esencia de mierda –imprecó Charles.

–O será de "miel dada" porque de miel regalada ni de vaina –profirió en broma la voz que sabía tomar el pelo cuando quería.

– ¡Chistosita, no! –anotó John en sorna.

Se iban dirigiendo hacia el colegio para evitar que la hora del recreo terminará sin su presencia mientras seguían conversando con aquella que sólo tenía voz.

–Cada vez que alguien se coloca en mis zapatos, lo atrapo –vociferó mientras desprendía en la atmósfera la fetidez que desde el comienzo se le conoció.

–Eres una cerda, hueles a cagada, apestas a caño y la podredumbre es tu vestimenta –confirmó Bertrand seguro de sí aunque algo temeroso por su posición.

–Y por ello los dejo con el aire viciado para que sepan de mis olores y mis sabores, que no son propiamente de manjar sino de festín del hedor.

Ya Ira en la entrada del edificio, uno de ladrillos bien conocido por la arquitectura inglesa que de color rojo sabe, desde la puerta que se mecía en vaivén, los observó mientras se alejaba con su aire de “yo no fui”. Atónitos estaban los muchachos por lo absurdo de una escena que parecía sacada del manual de la imaginación más fantasiosa, donde lejos de contestar sus inquietudes se sembraban de mayor preocupación. Pero más sorprendidos permanecieron aún cuando la voz de la violencia en un arranque de travesura se regresó desde la puerta que sonaba en un ir y venir sin aceite, para arrancarle la cachucha azul que llevaba puesta John. Ante la sorpresa el joven pegó un grito del susto, y la muy atrevida se fue con la prenda entre las manos. Flotaba una gorra en el aire como un objeto volador identificado sin ser agarrado por algo visible. Algo que lucía fenomenal. La voz se divirtió en colocar de cabeza en cabeza el gorro con que jugaba a su antojo. Hasta que Bertrand se lo rapó.

–Vieja bruja, ino te saldrás con la tuya!

–Y tú menos –agregó en mofa mientras le pellizcaba y le mordía la oreja.

De un manotón, el muchacho atinó a coger una masa informe de textura viscosa. Le repugnó de tal manera que la soltó de inmediato.

–¡Qué asco! –protestó mientras se limpiaba las manos en el pantalón.

– Ven, granujas, que conmigo nadie puede. Siempre me salgo con la mía y nadie me atrapa. Me resbalo por cualquier rendija y me escurro entre los dedos de cualquier mano. Soy invencible –corroboró el concepto con soberbia.

–Serás invisible, pero no faltará quien te dé tu merecido –interrumpió John.

Recuperó su cachucha y se la puso para mostrarle a la voz que lo suyo era lo suyo. Ira Violación, ya pronta a volverse a ir se volteó hacia él.

–Tal vez me quieras dar un besito –mencionó con cinismo.

–¡Vieja descarada, pídeselo a tu madre! –exclamó con irónica solemnidad.

–La tuya será –reviró con su habitual carcajada de despedida.

Y salió lanzando besos al vacío con muack muack que parecía el sonido de un pato en celo mientras su característico olor de pedo se transformaba en aroma de eucalipto.

## CAPÍTULO XIII

### WENDY

Atropellada en su dignidad por el descalabro y turulata por el dolor de cabeza producido por el pedazo de techo que aún resonaba en su testa, y sin el largo aliento que le atisbamos durante su historial y sus desplazamientos, la voz ancló su paso en la habitación de Wendy, donde yacía su cuerpo casi inerte, conectado a varios tubos desde la tráquea hasta el brazo con suero en la vena. Ambas se miraron de frente. En su último aliento la inglesa hermana de Toby tuvo el poder de ver la sombra de esa voz, tan horripilante como ella misma, encogida en su cuerpo por falta de alimento y por un odio a sí misma reflejado en la peor autoestima. Se miraron en espejo, reflejo de ser bicharracos con hedor a carroña. Wendy y la voz eran la misma faz del coco. Se asustaron al verse la una frente a la otra.

–¡Bichooooo, que esperpento soy! –bramó la voz con su tono de pajarraco en revuelo cuya canto se ha quebrado en otras tierras.

Deformes las dos por el abigarramiento de la monstruosidad hecha célula en delgadez, en hilo de fierro, en aumento de la mueca de la desfiguración. La misma voz se asustó al descubrirse tan horrorosa. Y su olor se hizo aún más fétido mientras el olor de Wendy se unía en cacofonía con la manifestación de la violencia en cuerpo. El alma de Wendy, casi desaparecía de este plano. Sólo quedaban andrajos de esencia en diálogo abierto con el espectro frente a ella.

–¿Quién eres?–preguntó Wendy con hilacha de voz.

– Soy tú misma. Nunca me había fotografiado tan exacta. ¡Qué espanto!

– ¿Eres la muerte?–investigó Wendy más muerta que viva.

–No, cómo se te ocurre si estoy más viva que nunca haciendo trastadas a diestra y siniestra.

–Yo no soy mala –contestó la agónica en tono de reproche.

Su cuerpo en el lecho era una llaga completa, y el rostro con la palidez propia de quien pide pista para la partida.

–Y que te crees que atentar contra tu propia vida, no te llena de felonía. Esa es la primera que se conoce. Nadie que no se quiera puede dar bondad.

Permanecieron en silencio observándose. La imagen de la voz se hacía cada vez más nítida frente a los ojos en velo de Wendy. Horrorizada frente al cuadro de lo horrendo, meditó un tiempo sobre sus andanzas por la vida.

Cuando era niña, una deposición de gran tamaño le rasgó tremendamente el revestimiento del ano, causándole una fisura dolorosa durante la evacuación y la aparición de grandes cantidades de sangre de color rojo cereza en las heces y ni los laxantes suaves pudieron facilitar su curación. El estreñimiento intenso persistente la acompañó durante su adolescencia, agravado por la aparición de la enfermedad de Hirschsprung. Se caracteriza por la formación de una red de nervios deficientes en un estrecho intestino demasiado largo. Algunos médicos diagnosticaron que tenía una enterocolitis necrosante, porque sus intestinos sufrían continuas lesiones. Se inflamaban tanto que temían que sufrieran perforación. Se corría el riesgo de que la muchacha fuera afectada por una crucial peritonitis. Eso hizo que su vida se convirtiera en caos y dolor de cabeza en permanencia para sus padres y hermano, quien en vista de la atención prestada a Wendy, decidió armar su propia trinchera interna y convertirse siempre en una lumbrera en clase, sin calcular que esa misma virtud lo llevaría a la burla y al hostigamiento de sus compañeros de aula. Toby se sentía atrapado en el infierno y su hermanita en las garras del diablo, caldo de cultivo



para que la violencia hiciera nido en el corazón de ambos. Pero el malestar lejos de unirlos en sentimiento, los hacía culpabilizarse el uno al otro por la desgracia de cada cual. Ambos iban desbocados por la existencia con mala rienda y con ojos de odio en cada mirada.

El maremágnum del fracaso comenzó cuando por una errada maniobra médica, la placenta fue separada prematuramente de la pared del útero. La mujer en trabajo de parto perdió cantidad considerable de sangre y la bebé resultó afectada. Medio locos los progenitores suplicaron a los galenos que no dejaran morir a la cría.

–Doctor, sálvenla por favor –imploraba la madre adolorida mientras observaba los afanes en el quirófano.

–Haremos lo imposible –aseguraron tres doctores que hacían una coreografía con los elementos médicos.

Como era de esperarse la criatura nació demasiado debilucha. Con una crucial hipotensión arterial que la tuvo en shock durante días bajo una respiración deficiente, ayudada por un respirador artificial. Su anemia se agravó debido a que creció a una velocidad mayor que la de su producción de glóbulos rojos (que por la esferocitosis heredada de su tatarabuela algo casquivana y laxa). Como si fuera poco para la multiplicación de sus males, fue atacada por una agreste infección que le imprimió graves secuelas en el riñón. Además de una insuficiencia de ácido fólico que le produjo espina bífida. Tenía una atresia esofágica: su esófago no se conectaba con el estómago como lo normal. Se estrechaba y acababa en un callejón sin salida. La madre, Mary ya cerca a los 47 años, tuvo la sensación de haber traído al mundo a un monstruo. Y se preguntaba si no era el resultado de una preñez tardía.

–Puede ser –le contestaban los ginecólogos que tampoco se sentían dueños de la verdad ante la inquietud de la cuarentona.

—Mrs. Mary no se descarta que pueda ser un asunto congénito o de herencia, no se sabe a ciencia cierta, aunque ya con los adelantos científicos se podrán determinar las causas y corregirle al embrión sus defectos desde el útero.

Padre y madre se resignaron ante el hecho. Decidieron brindarle todo tipo de tratamiento a la niña en sus congostas, dejando de lado un poco las necesidades del hermano mayor, que por esa época ya tenía 6 años y una brillante inteligencia a nivel intelectual porque en cuanto a la inteligencia emocional dejaba mucho en tela de juicio.

Concentrados en las dolencias de Wendy asumieron a regañadientes la enfermedad de Hirschsprung (megacolon congénito) de su hija. El síntoma mostraba que una parte del intestino grueso no disponía de la red nerviosa que controla las contracciones rítmicas del intestino y permite el desplazamiento del contenido intestinal por su interior. Entonces la materia fecal en acumulo retrocedía, produciendo un grave estreñimiento e incontenibles vómitos. Temieron una complicación potencialmente mortal: la enterocolitis tóxica. Los especialistas tuvieron que abocar el extremo inferior de la parte normal del intestino a un orificio realizado en la pared abdominal llamado colostomía. Sólo cuando creció le pudieron extirpar dicha porción y la parte sana se conectó con el recto y el ano. Debido a los requerimientos de orden físico y emocional, un fuerte lazo psicológico comenzó a desarrollarse entre los padres y Wendy. Esa relación especial hacía que le dedicaran el mayor tiempo posible, truncado por los espacios en que tenía que ser internada en la unidad de cuidados intensivos. Sus enfermedades crónicas fueron progresivamente frustrando los sueños que tenían para ella, y obligaron a sus padres a un sistema de cuidados complicado además de oneroso. Siguió en el proceso lógico el aislamiento social y la presencia de un stress incontenible, que desbordaba en gritos hacia Toby, quien sin pena ni gloria recibía los golpes de la vida como algo natural. Ya acostumbrado a las carreras de sus padres, aprendió a aislarse en los libros, mientras su hermanita llena de malestares empezó con serios problemas de

comportamiento. Empeoraban con el paso del tiempo, accediendo a un temperamento innato a la hostilidad. Entonces los regaños surgieron como una constante para tratar de enderezar el rumbo de sus conductas de niña malcriada. Los regaños sin freno redujeron su autoestima para restarle el sentimiento de seguridad. Se tornó indecisa, rebelde y manipuladora. La emprendía contra su hermano, a quien veía sano y con magníficas calificaciones, mientras ella traía carnets en rojo y fricciones en el alma.

–Mira las notas de Toby –se le solía comparar, como lo saben hacer los padres con las torpezas propias de una falta de preparación pedagógica.

Esas observaciones iban cavando en la niña mayor resentimiento hacia ella misma y hacia los demás con un sólido sentimiento de soledad. Un comportamiento de honda agresión caló de raíz y sin control. Wendy enfrentaba dramáticos terrores nocturnos que en sudor le atravesaban el corazón. Despertaba con ansiedad y alaridos. En inconsolable pánico se debatía en pesadillas con monstruos y dragones en fuego que le escupían sus llamas.

– My love, don't fear we are here –era la respuesta de los padres, quienes acudían al consuelo con caricias y palabras que le endulzaban el oído.

Se ingeniaban todo tipo de propuestas para calmar a la jovencita desvelada. Improvisaban por no saber cómo actuar ante algo tan grueso que se les salía de las manos. Desbordados por un cuadro que se revestía de dramatismo, los progenitores también se hacían al desespero mientras de reojo, Toby observaba las reacciones de cada uno, formando una coraza en su interior.

Fue calvario grande estar atentos al proceso de crecimiento de Wendy, que no se asociaba a las magias de Peter Pan en cuento de hadas sino de piratas que usurpaban los sueños. Pesadilla tras pesadilla le llegó una pubertad seudo precoz, que la enfrentó a un nuevo dilema existencial: sus gonadotropinas se liberaron afectando sus órganos sexuales y su apariencia exterior se volvió más

a la imagen de una adulta. Le creció un ensortijado y suave bello axilar y púbico. Comenzó a tener períodos menstruales demasiado prematuros para su edad. Experimentó un desarrollo de los pechos, convertidos en volcán de burla en la clase. Sumada ya a las demás mofas que le ensordecían su patio interior, transformado en desierto de emociones. Las enterraba para no sentir mayor pena. Cambió su faz, lo único que tenía en medio buen estado y le apareció acné en su cara. Respuesta a la liberación precoz de hormonas, fenómeno anormal. Se debió a una alteración en la hipófisis, como un tumor que secreta hormonas, aunque algunos galenos sostenían que el problema no residía allí sino en el hipotálamo, la región del cerebro que controla la hipófisis. Para un mejor diagnóstico, los ginecólogos procedieron a la medición de sus valores hormonales en la sangre y radiografías de la mano y de la muñeca para estimar la madurez de sus huesos, ecografías de la pelvis y de las glándulas suprarrenales y una tomografía computarizada (TC), para descartar la presencia de tumores en las glándulas suprarrenales, el hipotálamo y la hipófisis.

Una vecina de apartamento, recién llegada al inmueble, nacida en el Norte de África, enterada de todos los problemas que la familia enfrentaba a causa de las enfermedades de Wendy, en el andén frente a sus respectivos apartamentos, detuvo a la madre para averiguar sobre los síntomas de la joven.

—¿Su hija tiene picazón alrededor del ano desde niña, dolor abdominal e insomnios; siente como si gusanos bloquearan su apéndice y del recto le salieran unos oxiuros negros y peludos. ¿Se despierta azotada por terrores nocturnos, al imaginar gorilas negros que la atacan sin piedad?

—Síiiii —retumbó un sí de la madre con una “i” en suspenso que produjo cierto alivio al verse comprendida por alguien ajeno a sus molestias.

La miró detenidamente como para entender por qué la mujer conocía el mal de su vástago.

–¿Cómo conoce tanto si eso es para nosotros un secreto de estado? –inquirió llena de curiosidad Mary que ya se hallaba allende de sus fuerzas.

–A usted le han hecho un trabajo de magia negra para matar a su hija.

–¿De magia negra? ¿Y para acabar a Wendy?

–Sí, los brujos que practican ese ejercicio la emprenden contra los más débiles, así están seguros del resultado de sus energías puestas al servicio del demonio.

–¿Y por qué contra mi hija? –averiguó espantada Mary.

Inglesa de nacimiento. De ancestros de la corte inglesa, Mary era hija de sirvientes de la nobleza. Era mujer de cierta hermosura en sus años de mocedad, por ello encontró en Gary el afecto, un ingeniero eléctrico que le propuso matrimonio e intentó darle mejor vida.

–Porque la desgracia de un crío genera mayor dolor a su madre –contestó la anciana vecina de mirada aguda.

Lo escuchado a Mary le estaba haciendo cierta lógica, pero se rehusaba en creer cuentos que no le eran familiares, distantes de una cultura que de maleficios sabía poco, aunque se conocen las brujas por otras leyendas de castillos y muros, otrora contado en narraciones de Escocia.

–Y en los próximos días su desenlace puede ser fatal, si no se toman algunas precauciones –afirmó la inquilina con turbante.

–Usted me habla en otro idioma. Los médicos diagnostican cosas muy complicadas y usted resume todo en un efecto de sortilegios –replicó la madre algo atónita.

Un remezón de dudas empezó a circular por su mente.

–Los médicos no saben a ciencia cierta lo que tiene. Van a tientas. Y lo que padece Wendy no es una pubertad precoz patológica, sino maldad puesta en el lomo.

–¿Y usted por qué conoce el nombre de mi hija? ¿Maldad puesta en ella? ¿Usted está desvariando? ¿No le está zumbando la moteta? –preguntó Mary, que quería guardar los pies sobre la tierra.

La africana entrada en años la toma del brazo como quien quiere brindar confianza, y le hizo hacer un paso hacia adelante para encaminarla hacia la entrada del inmueble de cuatro pisos frente a una alameda en flor.

–A los que les zumba bien feo es a usted y a su marido. No quiero discutir ni hacer de este asunto algo más latoso. Mi deseo es salvar a su hija de la muerte.

–¿Pero quién es usted? –le preguntó en asombro la madre removida por tanta información.

–Soy una psíquica que conoce ese tipo de fenómenos. Profeticé la caída de las Torres Gemelas y la Guerra de Irak, además de otros males que están por venir.

–¿Psíquica? ¿Me está usted diciendo que ve más allá del mundo físico y que se adelanta a los hechos?

La vecina respiró hondo para retomar el aliento de quien controla sus reacciones ante la ignorancia ajena.

–Exactamente. Y sus problemas no vienen desde ahora, sino desde tiempos de su tatarabuela.

–¡Mi tatarabuela! Por favor a esa déjemela en paz.

–Si esa que de buenas costumbres conocía poco y ensartaba la vagina en penes deudores. Toda una generación de compactados con el diablo que derivaron sus conductas en pactos demoníacos y en maldiciones que han creado muerte, zozobra y violencia, en por lo menos cuatro generaciones. La suya es la tercera y la de su hija la cuarta. ¿Me comprende?

La inglesa quiso correr de las garras de la inquilina de la puerta de enfrente, pero su curiosidad la detuvo.

–No le entiendo nada de nada. Usted me parece que está loca de remate, perdón que se lo diga.

–Bueno no esperaba que lo comprendiera. Esto es asunto de conocer otras realidades que no son evidentes. Pero para que vea que no soy jugo de mentira, voy a decirle algo que usted sola sabe.

A este punto de la conversación ya Mary estaba más que intrigada por conocer el reino de esos enigmas. Y con manoteo de mano ante la impaciencia le ruega que prosiga con un ademán sobre el viso de la mujer de tez más oscura.

–Usted es familiar de Benjamín Briggs, Capitán del bergantín “Mary Celeste”, de 280 toneladas, que el 27 de noviembre de 1872 zarpara del Puerto de Nueva York dispuesto a atravesar el océano Atlántico hasta llegar a Europa y misteriosamente desapareció con toda su tripulación, dejando el barco en abandono.

–¡Oh boy!, ¿Y cómo sabe usted eso? –indagó Mary bajo el paso incierto.

La africana le da el brazo para ayudarle a enderezar la pisada que aún tiembla dentro del zapato de Mary.

–Cuando fue encontrado por la goleta “Dei Gratias”, de David Moorhouse, el timón giraba en desorden, la pipa del Capitán Briggs humeaba, una tetera conservaba el agua aun caliente y la cama del Capitán la huella de haber sido usada recientemente, pero sus cuerpos no fueron encontrados jamás.

–Es cierto –anonadada Mary confirmó ayudada por un movimiento de cabeza hacia arriba y hacia abajo, al dejar entrever la afirmación no sólo de palabra sino de gesto.

La dama del turbante retomó el aliento para proseguir con su discurso, basado en un conocimiento con visos de sobrenatural.

–Pues ahora se lo voy a decir: todos desaparecieron al eclipsarse literalmente después de una ceremonia satánica. El diablo se los llevó a toditos al incumplir un Pacto que hizo con ellos.

–Pero yo sé que Benjamín Briggs, Capitán del bergantín “Mary Celeste” era un hombre creyente y temeroso de Dios –la interrumpió la madre de Wendy.

–En el dios del infierno dirás, pues manejaba un doble discurso: con su boca adoraba a Dios, pero su corazón estaba muy lejos de Él. Por ese motivo Satanás le cobró la factura y lo dejó en soledad.

En ese preciso instante, el lugar se llenó de un olor de pólvora quemada y sucesivos olores de gran virulencia nociva que ofendieron los olfatos de los transeúntes ya a buena distante de ambas mujeres.

–Brujería pura. Se lo digo con conocimiento preciso del fenómeno –alegó la psíquica.

– ¡Fooooo, mierda qué pestilencia! –frase que retumbó en boca de Mary.



–Cuál “brujería pura” ni qué ocho cuartos, carajo. Sólo soy yo, la voz de los sin voz, la flecha de punta gruesa de la agresión, la “Toro Macho” de la violencia asesina, el torpedo que mata, el origen de todas las crisis, la muy muy, la verga más grande de todas las que existen. La voz de la violencia desatada y más cuando me invocan desde el mal que me trae en esencia.

–¿La voz de la violencia?

En la acera las dos mujeres se unieron en la pregunta.

–Desatada. ¿Acaso son sordas, huevonas? Ya lo dijo Shakespeare: ser o no ser. Y soy la que soy y seguiré siendo.

–Más respeto, más respeto bola de infelicidades –le reviró la mulata de la tela graciosamente envuelta sobre la cabeza.

–Bola de mierda tu madre que era cabrona y tu padre un cornudo –contestó la voz con rabia.

Ante la avalancha de improperios la nigromántica prefirió quedarse callada. La voz, aunque invisible, mantenía la voz de autoridad que genera temor y terror. La madre de Wendy, recuperándose del susto, anotó con un aire de espanto.

–Voz, ¿escuchaste lo que sostiene, mi vecina? –inquirió como quien ya en perdición entra al mundo de la magia.

–¡Ah de que a tu hija le gusta el sexo como su madre! –bromeó la voz en cinismo desmesuradamente atrevido.

–Por favor, deja de tomarme el pelo que este problema me tiene más bien con los pelos de punta. Ella dice que mi Wendy viene siendo víctima de una maniobra satánica de magia negra que nos mantiene en esclavitud desde la generación de mi tatarabuela.

–¡Ah, de Molly, de tu tatarabuela puta! Y de, Francis, tu tatarabuelo bien cabrón. Tu bisabuelo, Louis, asaltante de bancos, tu bisabuela, Vivian, macumbera de las más dadas al licor y de tu abuelo. Sir Francis, maricón. ¡Qué bonita familia! ¡Inglesa de abolengos y de buena raza! –exclamó la voz con insolencia.

–Irreverente, no seas granuja, ¡cómo puedes decir que mi abuelo Francis Junior, que tuvo varias mujeres y muchos descendientes, era homosexual!

–Bah, eso era para esconder que le sudaba la espalda.

–¿Pero por qué sus pecados ancestrales le hacen tanto daño a las generaciones venideras? –se precipitó en inquirir Mary con las manos en temblor.

–Porque esa es la ley de la siembra y la cosecha. Opera a nivel generacional. O como la llaman en las leyes universales, ley de causa y efecto. El efecto es residual.

–Pero eso no es justo.

–No sé si será justo o no. Me llega a las verijas si lo es o no lo es. Sólo sé que los pecados de los parientes idos generan pactos de generación en generación. El enemigo de Dios, el diablo, tiene escondidos y custodiados en lugares de cautiverio que maneja a voluntad. Son esos pactos los que mantienen esclavas a millones de almas. Y se inspiran en toda la violencia que desato para generar desde otra dimensión aún más desastres, para el bienestar de mi acomodo y el bramido de mi voz.

En ese momento saca un sonido que chirrea, destemplador de oídos.

–¡Vaya olor y vaya rechinar! –interrumpió la mujer de poderes ultra sensoriales.

–Chut, o sea que tú, hija de la guayaba, tienes culpa en este “entierro” –reviró Mary con la mirada en punto de exclamación.

–“Entierro” es lo que hace tu loco marido cuando te mete la yuca y te la entierra todita. Debo decirte que ustedes mismos son los que me desatan con vuestras bajezas cuando se inventan fantasías extrañas donde me aparezco yo en goce, porque cuando te flagela el muy hombre yo tengo orgasmos seguiditos y muy intensos.

–Vieja bruja, no me interesan tus artificios del coño, vamos al grano: ¿mi hija se puede salvar?

–Pregúntale a la adivina. Yo lo único que te digo es que está con una pata en el sepulcro, muy grave.

Un golpe de viento levantó la falda de Mary y le tapó el rostro. Desesperada se sacude la tela para ocultar sus piernas nuevamente con el faldón.

–Este viento helado es un hecho –contestó la psíquica descubriendo en la voz el berrinche de la maldad.

En pose de concentración, intenta ver a la voz.

–¿Y dónde te has metido?

– En tus calzones, vieja hechicera, que te crees con poderes pero ves que a la hora de ubicarme, tus ojos no saben visualizarme. Yo me las conozco a todas. Se sienten en poder de la verdad que se les escapa como yo, pronunció con una risotada que le hizo detener el paso a los transeúntes.

–¿Qué me has dicho? No me has dicho nada –respondió la madre en desconsuelo aún batallaba por tener la falda a la altura de sus tobillos.

–Lo que ni tú ni la adivina saben es que, aparte de haber sido víctima de un terrible trabajo de magia negra que era para ti, tu engendro tiene un duelo con la infancia perdida, que le causó una anorexia, tan grave y duradera como su propia suerte.

–¿Trabajo de magia negra que era para mí? ¿Anorexia? Algo me decía que tenía esa cochinada pero me prohibía enfrentarme a esa verdad.

–No se tapa el sol con la mano, así como no permitiste que la tela de tu saya te cubriera el rostro. ¡Cojuda, qué gran pendeja eres!

–Mi hija sufrió una intensa pérdida de peso. Su deseo de ser delgada y atractiva la llevó a una ausencia total de apetito, aunque a la fuerza ingiere una cantidad excesiva de comida y se provoca el vómito. No considerando suficiente la agresión contra su cuerpo se administra laxantes y diuréticos en cantidad.

–Eso, de anoréxica pasa a bulímica que no es otra cosa sino la faz contraria de la enfermedad. Perturbación del alma como en el alcohólico o el drogadicto. Achaques que cuando están su fase final tienen lenta su frecuencia cardíaca, la presión arterial baja, como desciende la temperatura corporal y la depresión resulta en extremo peligrosa. Se le hinchan los tejidos por acumulación de líquidos y los cambios hormonales incluyen valores de estrógenos y hormonas tiroideas marcadamente reducidos y concentraciones aumentadas de cortisol. Wendy está gravemente desnutrida y eso viene afectando sus principales órganos.

–¿Morirá? –preguntó Mary en desgarro.

–Eso sólo está en manos del Altísimo –contestó asombrada por la respuesta pues no solía mencionar a la Máxima Energía como una fuerza todopoderosa.

Tembló entonces la voz porque sabía que Wendy era el reflejo de su propio padecimiento, la violencia como tal. Y se volvió a ver inmunda con ese dolor de cabeza que no se le desprendía del cuero cabelludo en desorden y parado hasta el techo. Por vez primera sentía síntomas humanos. La presencia de Wendy en reflejo le impregnó su esencia y todos los otros personajes con los que había convivido como Hortensia y Lina, Adrian Sinisterra, al que reconoció ser parte compulsiva de todas las guerras, las escritoras, Antonio y Celina, Alcira y Frida, Florence Dupuis; la terrible fatalidad de Haití, las mafias mejicanas de la droga, Bill en el manicomio con los demás dementes y el Hospital con aquel agónica que por vez primera la describió, le hicieron hecho mella y vio a Hitler con su bigote y la mano alzada en forma de saludo. Se estremeció con su propio hedor que lograba un paroxismo sin igual desde que había empezado a actuar desde la brutalidad del sentimiento, el gozo infinito ante el dolor del otro. Se ofendió al olerse tan mal. Sentía la podredumbre alcanzarle el cuello, como quien ahoga una voz.

—Huelo a peste —se dijo en silencio como si tomara conciencia de su asfixiante hedor.

Ya la voz con su capacidad de movilidad había dejado a Mary y a la vecina en conversación, más preocupada con la situación de la paciente que con las divagaciones de ambas mujeres en la calle. Arribó nuevamente al lecho de Wendy, quien vivía una situación límite: su corazón se había debilitado a tal extremo que ni ella misma lo sentía, expulsaba sangre por los poros. Deshidratada tenía tendencia al desmayo. Su sangre acidificada y con los valores del potasio fatalmente en descenso boqueaba un aliento que parecía perder entre las sábanas. Estaba ad portas de padecer una muerte súbita debido a la aparición de ritmos cardíacos anormales.

—Oye Wendy, yo también estoy remal, en pésimo estado. No me reconozco. La cabeza se me estalla y huelo a descomposición.

Wendy abrió los ojos en un último intento por conectarse con la existencia y vio algo que sólo otro moribundo en ojo humano había podido contemplar: la violencia yacía quieta agobiada por su propia oquedad y flatulencia en una especie de masa gelatinosa con deformidades en cada órgano, su fosforescente piel irradiaba una luz mortecina y su hedor resultaba tan insoportable que la misma voz se pellizcaba su propia nariz para que no le penetrara el olfato.

–Tú y yo desperdiciamos nuestra oportunidad de crecer, de hacernos a la bondad, de creer en el ser humano sin tanta oscuridad interior. Acabo de presenciar algo que no puedo describir.

–No me digas que te viste en el túnel como suelen decir los que han muerto.

–No, observé como en una película toda la secuencia de mi vida, y tuve acceso a reconocer mis fallas. En vez de aprender del revés, me rebelé.

–Y ahí estaba yo en todo ese proceso, sobándome la panza con tus tristezas. Me embriagó siempre el dolor del otro. Era mi sustento, mi alegría de vivir.

Suspendida en el aire la voz, ya descubierta en su esencia de esperpento, volaba con intranquilidad de rincón a rincón, tratando de espantar su propio mal olor.

–Para de moverte que me vas a marear más de lo que esto.

–Si me detengo, me desplomo –confirmó la voz en pestilencia.

–¿Y ahora qué sientes? –preguntó Wendy en lentitud.

–Que soy tú, con todos tus arrepentimientos. En lo denso no se vive bien. Los demonios atrapan y en la caverna donde estaba ni cuenta me daba de mis propios olores. He dado a mi pasión y a mi ceguera, todo lo que me apetecía;

por eso me ves huir camino al extravío, soportando la humillante desgracia de mi ignorancia, que resulta atrevida.

—¿Fuiste ignorante sin saberlo?

—Claro que lo sabía pero no conocía otro estado interior. Toda vasija se llena, menos el corazón; cuanto más recibe más grande se vuelve. Mi lengua fue más cortante que un alfanje y más venenosa que una víbora. Mi lenguaje, el del arrabal. Mis gestos de la peor calaña y mis sentimientos de bajeza. Con las guerras le quité a la humanidad el arte del discurso y puse la bayoneta en sus manos.

—¿Pero por qué, por qué?

—Porque me interesaba llevar al mundo al abismo de la confusión y endurecer el corazón del hombre, como le hicieron al faraón en Egipto. Me burlé de las plagas para verme en esencia y se las traje todas nuevamente a la humanidad.

—Sólo recurre a la violencia el que no consigue triunfar con la razón.

—Es que el mío fue siempre el lenguaje de las espinas, los machetes, la furia, de la desazón y del miedo —bramó con un olor nauseabundo.

La voz y Wendy permanecieron con la nariz tapada.

—No aguanto tu hedor.

—Ni yo tampoco —confesó la voz con una lágrima en su tejido viscoso y en un tono desconocido para ella hasta entonces.

—A ver y ¿cuál es ese lenguaje? ¿Me lo puedes decir? —preguntó Wendy en un esfuerzo sobrehumano de salir del estupor de la agonía.

—No, porque cumplo con el Código de los secretos.

– ¡Ahora vente a dártelas de santa! El escorpión muere gimiendo y termina mordiéndose su propia cola.

–Estoy harta de haber comido tantas colas que ya estoy ahíta, por ello me rebelo. Huelo a mierda y ya ni yo me resisto cuando hasta hace un momento me embelesaba con mi olor putrefacto.

– Claro si humillaste a tanta gente y causaste mucho dolor.

La voz en un gemido desconocido, en ritmo de humildad, que aprieta el corazón en jauría de sentimientos deja filtrar un aroma desconocido con perfume a cielo, a nubes frescas y naturaleza expuesta.

–¿Y ahora a qué huele? –Wendy preguntó con la mirada ya en ausencias.

–No sé a algo que no ubico –contestó la voz con sorprendente modestia.

–Debe ser a paz –dijo la agónica con etéreo dejo a vida.

El olor salía por todos los costados como un chorro de luz tenue. La voz se sintió envuelta por ella, mientras observaba a la sufriente.

\_ Aprendí, lamentablemente demasiado tarde, a revisar mis días por medio de ese fenómeno de solemnidad y sosiego al devolver como en un filme las escenas hacia atrás, y vi a reyes y dictadores en gobierno: quien quiere honor por vía de la humillación al otro, será humillado por vía de la justicia –contestó Wendy con ánimo de ultratumba.

–No te mueras, antes de entregarme el conocimiento, por favor –suplicó la voz atenta a cada palabra.

–¿Cuántos querrán por eso matarte, vengarse de ti? –repuso cerca al desenlace final la muchacha de ojo claro y pelo color sol.



Recapacitaba sobre sus propios males hacia el semejante y hacia ella misma en primer lugar.

–El gozo en el perdón es mayor que el placer en la venganza, acabo de hacerme a esa verdad en el proceso de cada situación –continuó Wendy en un rumiar tan personal.

–Con todo el mal y la opresión que infringí a los demás, no sabré cómo apagar ese fuego de ira en mi garganta. Siento una llamarada interior que me devora la entraña. Mi enojo exhumó todos los odios sepultados en la mente predispuesta a lo abyecto, a tanta crueldad.

– ¿Quién muerde al perro cuando el perro le muerde? Ahora que estamos en ciernes de morir, tanto tú como yo desde el esperpento que fuimos, es hora de entrar en moralejas, que si bien no fueron útiles en nuestras horas ni estábamos preparadas para entenderlas, algo bueno dejan a los que todavía creen que el mal es de buen gusto, de excelente tono y de humanos –aseveró Wendy con una voz que ya no parecía humana con tinte angelical.

Su rostro de amargura certera empezó a tomar la placidez de quien contacta con otra verdad, estrenada en un momento tan crucial.

–Entiendo ya quizá demasiado tarde que el síntoma de villanía es la putrefacción del alma, aquella que permite ver una felicidad pasajera en cada acto, sin colmar el sentido de vida como bien lo plantea la Cábala.

–¿Y ahora por qué hablas de Cábala?

–No lo sé, pero entiendo según mi cuerpo en pelos de gallina que es la forma de interpretar el Universo y las conductas del hombre ante la promesa de entrega al semejante... pues mira nada me llevo.

La voz ya completamente al desnudo con su fealdad expuesta, mira fijamente a Wendy.

–No dispaes el arma antes de asestar bien, pues el dardo no vuelve una vez lanzado. Le pido a la humanidad disculpas por haber sido lo peor, lo más ruin y putrefacto.

–Hay disculpas que son peores que la culpa y mira que las acciones pesan. Es el único equipaje con el que nos mudamos de este mundo –suspiró Wendy tratando de asirle la mano a la voz que se le resbala.

–Si me arrepiento, ¿podría buscar el perdón y la exaltación? –preguntó en tono dulce que sorprendió a ambas desde el lecho de muerte.

–Fácil arrepentirse cuando uno va a dar el salto mortal hacia lo desconocido. A lo mejor uno sí se topa con Dios y el juicio prometido, nadie ha vuelto para informar. Pero ya sin nada que perder, uno le apuesta a ganar –susurró la muriente con la voz cada vez más queda y sutil.

Tosió y en esa tos se sintió el remezón de las vísceras en despedida.

–Exaltar a los infames es menoscabar la dignidad humana. De repente a ti se te tiene que aplicar la ley del desierto.

–¿Del desierto?

–Los beduinos devuelven golpe por golpe. Un mal lo pagan con otro mal. Como eres una alforja de odio y de maldad, ¿cómo te tendríamos que pagar?

–Un enemigo despreciado puede llegar a ser un sarmiento florido o una espina venenosa.

– Eres esa espina venenosa, aunque ya con olor a aroma bendito.

–Entonces me he transformado –acotó la Voz sin darse por vencida, casi como quien canta un aleluya a su manera.

Ambas, con una ligera sonrisa esbozada frente a sus propios espectros se observaban con lástima. Wendy en su más pálido momento y la voz en una manifestación de monstruosidad que dibujó otra figura en la pared.

–¿Quién se proyectó en la pared? –averiguó Wendy con la ayuda de las manos y con una voz casi inaudible.

Sorprendida la voz, observa que a medida que se mueve, algo en la pared sucede. Es su propia sombra de mujer enana pero perfecta en sus formas, quien pinta en el color de la pantalla, hecha tabique de cal una silueta exactamente en proporción.

–Hay que decirle al prójimo que cuando encuentre lugar donde probar su espada, que no la pruebe en una roca. Debe reconocer ese atropello como debilidad moral –mencionó la voz mostrando un acomodo en su manera de obrar.

Cada vez más imperceptible el parlamento de Wendy, se ahoga en las sábanas.

–Definitivamente, antes de morir entendemos cosas que mantienen velo en lo cotidiano, ¿por qué será? Y sin necesidad de caer en moralismos baratos todo se hace claridad.

–¿Mencionaste que la violencia es la partera de la historia? Ella se encarga de poner ilusiones en ojos ajenos, esperanzas en la mentira, maldad en las posiciones del ser y expresa su voz, que era la mía, en destrucción y alevosía –añadió la voz en tono corregido y mejorado.

De repente Wendy atisbó un cambio en la figura, tomaba alas como un hada difuminada entre un halo.

–El parte de la Historia debe darnos otra visión de los acontecimientos. Fui más baja que la suela de zapatos arrastrando la mierda que se les pega a cada paso.

De repente la voz tomó de la mano a Wendy, ya una mano de piel y calor.

–El hombre se honra a sí mismo por lo que es, por lo que piensa y por lo que dice y hace, unificando pensamientos, acciones y discurso. ¿De qué te honras tú ahora que nos iremos juntas hacia el más allá al haber incumplido tanto con el más acá? –preguntó la voz bienhadada.

Wendy emitía sonidos que sólo la voz pudo interpretar como quien lee un pensamiento acompañado de un sonsonete.

–De haberte conocido y saber que lo que fui, jamás volvería a serlo. Creo que hasta última hora vale el arrepentimiento, palabra asociada al perdón que tan pocos conocen y practican. Quiero luz y más luz en este momento final, así lo pedía el gran Goethe, y sé que se le otorgó porque en su rostro al final había una sonrisa prendida al labio superior.

Invocada la luz, se hizo presente con fuerza de relámpago. Sus destellos coparon la vista de ambas, mientras se escuchaba un último aliento al unísono. Cada una se entrega al eterno reposo. La luz permaneció igual a ella misma mientras rodeaba con su esplendor los cuerpos inertes de ambos entes. Ya en bello cuerpo humano el de la violencia con sus rasgos femeninos y una inacabable sonrisa.

Un olor a anturios se plasmó en el aire, y un canto celestial cobijó la despedida. Afuera empezaban a brillar las estrellas en un diálogo entre sí sobre la polaridad que existe en todo, aún en la violencia que cuando se desnuda sale a relucir la paz, pulsando por existir bajo el atisbo de luna y sol.